EL ARTE Y LA DEMOCRACIA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Visiones de España.—F. Sempere y Compañía, Editores, Valencia.
Las nuevas tendencias literarias.—F. Sempere y Compañía, Editores, Valencia.
El porvenir de la América latina.—F. Sempere y Compañía, Editores, Valencia.
Paisajes parisienses.—Garnier Hermanos, Editores, París.
Crónicas del bulevar.—Garnier Hermanos, Editores, París.
La novela de las horas y de los días.—Garnier Hermanos, Editores, Paris.
Una tarde de otoño.—Garnier Hermanos, Editores, París.
Vendimias juveniles.—Garnier Hermanos, Editores, París.
Cuentos argentinos.—Garnier Hermanos, Editores, París.
La joven literatura hispanoamericana.—Armand Colin, Editor, París.
Enfermedades sociales.—Ramón Sopena, Editor, Barcelona.
Cuentos de la Pampa.—Rodríguez Serra, Editor, Madrid.
Burbujas de la vida.—Paúl Ollendorff, Editor, París.

TRADUCIDAS AL FRANCÉS

Contes de la Pampa.—Garnier Frères, Editeurs, Paris.
La jeune litterature hispano-americaine.—Sansot, Editeur, París.

TRADUCIDA AL ITALIANO

Raconti della Pàmpa (Biblioteca dei migliori et piú recenti romanzi estranieri).—Treves, Editori, Milano.

MANUEL UGARTE

El Arte y la Democracia

(PROSA DE LUCHA)



F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES
Calle del Palomar, núm. 10
VALENCIA

Esta Casa Editorial obtuvo Diploma de Honor y Medalla de Oro en la Exposición Regional de Valencia de 1909.

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp.ª—VALENCIA

A LOS LECTORES

Al reunir en un volumen estos artículos, conferencias, notas y estudios escritos y lanzados en plena lucha, creo realizar un acto útil. Enamorado de las letras, que son quizá mi razón de vida, pero enemigo del «literatismo», entiendo que en nuestras épocas tumultuosas y febriles el escritor no debe matar al ciudadano.

El hombre normal es un producto del equilibrio entre la sensibilidad y la razón. Decir «soy artista» para rehuir las responsabilidades y abstenerse de dar opinión en los remolinos de la existencia, es como declarar «soy astrónomo» para cruzarse de brazos en medio de un cataclismo.

Cada cual tiene el deber de pensar sobre los acontecimientos y de contribuir á dirigir las cosas; el banquero al mismo título que el maquinista, y el poeta al igual del artesano. Si cada uno de nosotros se alejase de la plaza pública alegando sus tareas especiales, ¿en manos de quiénes abandonaríamos el alma de la nación?

Hasta hace poco, los intelectuales se confinaron en la sombra, afectando cierto ingenuo desdén por todo lo que tocaba á los asuntos del Estado. Fué un orgullo que, visto de cerca, resultaba un despropósito. Porque si él se basaba en la convicción de una jerarquía ó en un desprecio hacia los profesionales, no tenía excusa que, pu-

diendo contribuir á transformar favorablemente las cosas y á levantar el nivel de las instituciones, se abstuvieran los que se pretendían más preparados para discutirlas.

Tanta obstinación dió nacimiento al prejuicio, difícil de destruir ahora, de que el condensador de belleza resulta inapto para toda otra actividad, dado que, egoísta por temperamento, se reconcentra en el goce de los placeres de la «élite»... Es innegable que el error ha de desvanecerse al fin. Porque á nadie se le oculta que el aristocratismo de que se jactaron los poetas menores no fué en realidad más que una insuficiencia ante lo múltiple, una timidez en los conflictos, un temor de perderse hablando. Los hombres sólidos dominan el conjunto, abren opinión sobre los más difíciles problemas y la emprenden con la vida—con toda la vida—como un luchador con un toro, tratando de doblar su fuerza y de volcarla.

«No hay felicidad sin una profunda idea del derecho», decía Daudet. Sólo una convicción, añadiríamos nosotros, un propósito definido, una combatividad generosa de sectario ó de poeta nos dan la sonrisa optimista y la tranquilidad segura que son indispensables para podernos decir los domadores del mar.

Como los audaces pescadores bretones que se lanzan lejos de las costas, empeñados en buscar el límite de las brumas, tenemos que salir en la juventud hacia el ideal, confiados más que en nuestras propias fuerzas en la justicia de nuestra causa. Que otros murmuren que nos exageramos la eficacia de la acción y que vamos á la derrota, como iban á la muerte, ingenuamente admirables, los coraceros de Waterlóo. ¿Quién nos lo afirmó? El porvenir es una colmena de lo desconocido. Ignoramos lo

que saldrá de él al acercarnos... Y después de todo, en la peor de las hipótesis, siempre habremos fortificado nuestra voluntad. La divisa del artista tiene que ser: sentir intensamente, pero sonreir por encima de los acontecimientos, tanto en la felicidad como en el desengaño.

Es innegable que conviene á la juventud cierta insensatez tranquila, domadora de imposibles. No nos será fácil atravesar á nado tados los mares, escalar todas las montañas, abrirnos paso en todas las selvas y darle un beso al sol, pero intentarlo es dejar testimonio de una fuerza moral que agiganta al hombre y le prepara para realizar después las más lejanas quimeras.

Por eso he querido reunir y publicar estos capítulos, que no son trozos literarios, pero que son jirones de la lucha social y de la vida intensa contemporánea. Otros libros descubrirán los paisajes interiores del artista. Éste no trae más que la sinceridad de un amigo de la democracia. Pero el autor lo cree seperior á los que ha publicado hasta ahora, dado que en ninguno de ellos hay páginas tan «vívidas».

Los amigos temerosos que nos aconsejan no salir del arte puro y los compañeros prudentes que viven de doctas equidistancias, van á encontrar ahora nueva ocasión de compadecer nuestra demencia.

Pero el volumen modesto será, á pesar de todo, una tentativa en favor de la democratización del arte y un acto de esperanza en el porvenir. Que sonrían los que duden... Sólo vencen los optimistas, porque sólo ellos traen la necesaria dosis de ensueño para neutralizar la costumbre y vivir la vida real.

M. U.

EL ARTE Y LA DEMOCRACIA

La conquista del centésimo

El desarrapado de tez pálida y cabellos desteñidos que aguarda bajo la lluvia, á la salida de los teatros, para abrir la portezuela del cupé á las damas que se remangan y sonríen; el hombre de barba canosa y ojos huecos que vaga alrededor de las *brasseries*, recogiendo colillas de cigarro, que se utilizan después; la niñita clorótica que ofrece ramilletes marchitos; la mujer que vocea *Le Soir*, con un hijo en brazos; el hambriento que á la entrada de las estaciones acecha los carruajes de los que llegan, para correr detrás, ayudar á descargar el baúl y ganarse una propina; el cantor ambulante, el vendedor de castañas y el vago, ¿qué son sino seres que cantan en París, á gritos ó á media voz, la maravillosa epopeya del centésimo?

Muy pocos conocen los subterráneos morales de la gran ciudad, que asombra á los transeuntes con su derroche de esplendor. En su deslumbramiento de turistas, los que llegan por primera vez, ni los sospechan siquiera. Es necesario que vaguemos muchas veces sin rumbo por las calles,

con las manos en los bolsillos, dándonos baños de vida, que nos arremanguemos y entremos de lleno en el arroyo, para darnos cuenta del limo sobre el cual reposan sus cimientos.

Como un cronista debe verlo y saberlo todo, yo sé, naturalmente, algo de esa vida brumosa y mísera, último círculo del infierno parisiense. Y son intimidades que resultan, en cierto modo, de actualidad.

Hoy hemos podido leer en los diarios de la mañana la noticia que traduzco casi literalmente, respetando hasta su redacción especial de *Pait-divers*, de tercera página:

«El comisario de policía del barrio de Menilmontant recibio ayer la noticia de que en la calle Oberkampf, número 10, en una casa habitada casi exclusivamente por traperos y vendedores ambulantes, se había suicidado cierto albañil conocido bajo el apodo de *Pie de Hierro*. Una vez en el lugar indicado, y después de derribar la puerta del tugurio maloliente que ocupaba la víctima, en un sexto piso, las autoridades comprobaron que se trataba de un cuádruple suicidio. El albañil, su mujer y sus dos hijos (uno de dos, y otro de cuatro años), yacían sobre las baldosas de la pequeña habitación. Por las averiguaciones subsiguientes se ha venido á saber que la causa del suceso es la miseria.»

Y el repórter hace punto para pasar á relatar otros hechos. Nosotros pensamos que la aventura justifica una crónica. Y vamos á guiar á los lectores á través de la ciudad, donde han muerto las risas.



Es la hora en que empiezan á encenderse los faroles y en que las calles se llenan de una mu-

chedumbre fatigada que regresa de la labor y se escurre pesadamente hacia los barrios lejanos.

En una travesía estrecha y sucia, de arrabal, imaginaos un zaguán con verja que se desliza entre dos muros altos hasta un segundo portón, á cuya entrada hay un sucucho de zapatero que es, á la vez, mercado y portería. Por ahí penetramos en un patio de forma irregular, á cuyo fondo duermen tristemente, con las varas caídas, algunos de esos carritos de mano que sirven en París á las verduleras para empujar, de un barrio á otro, su mercancía. Sobre el patio florece una confusión de ventanas desiguales y superpuestas, unas á la altura de un quinto piso, otras muy bajas. A la izquierda, en una cueva semejante á la del portero, está instalado un vendedor de trastos usados, á cuya puerta se hacinan en desorden los hierros enmohecidos, las sillas cojas y los colchones tísicos y manchados que ya conocen la reventa. A la derecha, se abre un agujero de sombra, por donde desaparece nuestro guía, invitándonos á seguirle.

Damos cuatro pasos en la noche, orientados por la voz, y tropezamos en un primer peldaño. Entonces empieza una ascensión lúgubre por la escalera de caracol, estrecha y lamentable, llena de cáscaras y desperdicios. Nos sostenemos en el pasamanos para no caer. En cada tramo, por las puertas mal cerradas, vemos el interior de las viviendas mezquinas. Obreros que han dejado los útiles sobre la mesa, y meditan, con la cabeza entre las manos, de codos, á la luz de la lámpara; grupos de niños desnudos y enclenques que juegan con cierto aire grave, como si presintieran la vida; mujeres flacas que se encorvan sobre la máquina de coser, y ancianos absortos, que parecen sobrevivirse, tales como son las visiones que des-

cubrimos mientras giramos y giramos por la escalera funeral, iluminada en la cima por una única lámpara de petróleo que sólo alcanza á verter una claridad borrosa á partir del tercer piso. Oímos la canción desigual de un borracho, el llanto desconsolador de un adolescente, y precedidos por la portera, que nos anuncia dónde podemos tropezar, llegamos, al fin, á un sexto piso de techo tan bajo, que lo rozamos con el sombrero.

Es la guardilla que habitó el pobre *Pie de Hierro* con los suyos. Hace apenas dos horas que los empleados de la municipalidad se llevaron los cadáveres, y aun queda en la pieza no sé qué olor siniestro de muerte fresca. Nos descubrimos y examinamos la habitación. Es un estrechísimo desván en el que sólo se ve una cama de hierro donde dormían todos, una mesa mugrienta donde comían cuando había que comer, dos cajones que servían probablemente de sillas, una vela encajada en una botella rota, algunos viejos útiles de cocina... y el brasero libertador.

—No eran malas gentes—me dice la portera, ejerciendo de posteridad y dictando su fallo sobre los hombres—; mientras tuvieron trabajo, vivieron en paz y se hicieron estimar de los vecinos. Cuando llegó la mala estación, él se encontró sin tener que hacer; pero la mujer siguió luchando y pudieron sostenerse todavía. Por desgracia sobrevino un accidente. Ella cayó enferma y no pudo levantarse. Entonces fué el derrumbe. Se entramparon en los negocios de los alrededores, dejaron de pagar el alquiler, enviaron á los niños á pedir limosna, se entregaron al alcohol, y se despertaron en el cementerio...

—...¿Y la Asistencia pública, las sociedades de socorros, la caridad oficial ó privada?

—Las sociedades de socorros sólo atienden á los recomendados, y en este caso nada podían hacer. Esas señoras contestaron, con mucha razón, que *Pie de Hierro* era un revolucionario y que había otros pobres más dignos de ser socorridos. La Asistencia pública, sí, le ayudó. Intervino el consejero municipal del distrito y le votaron dos socorros: uno de cinco francos y otro de diez. Pero con eso sólo pudieron vivir una semana. La Asistencia pública no podía tampoco hacer más; tiene que atender á tanta gente...

Bajamos en silencio la escalera y cuando nos encontramos en el patio, la buena mujer me indicó, en el fondo, debajo de los carritos de las verduleras, la figura de un muchacho que dormía.

—Es un desgraciado que, no pudiendo hacerse admitir en el asilo nocturno de la circunscripción, porque no hay sitio vacante, me ha pedido que le permita pasar ahí la noche. Su padre murió en esta misma casa y me recomendó que velara por él. Yo hago lo que puedo...

Y tras un saludo volví á pasar por el zaguán y me encontré en la calle.



Hay asilos de cuatro categorías: pagos, donde por cinco sueldos se obtiene una taza de caldo y el derecho de pasar la noche en una gran sala común bordeada de banquetas; oficiales, como los que la Asistencia pública ha fundado en cada distrito y donde sólo son admitidos, cuando hay lugar, los indigentes que reunen ciertas condiciones; privados, como los que las sociedades religiosas sostienen en determinados barrios, y completamente públicos, como los ribazos del Sena, donde

se amontonan, desde el anochecer, á la sombra de los puentes, los grupos de harapientos insumisos que vagan de día por la ciudad, á la caza del pan duro.

A *Pie de Hierro* no le quedaba con qué pagarse el lujo de la primera; le hubieran hecho esperar mucho para concederle una beca en la segunda, y ya le habían rechazado de la tercera. Sólo la cuarta categoría, la cama al aire libre, estaba abierta para él. Quizá no tenía vocación de *cheminan*. Y prefirió saludar cortésmente á todos y alejarse de la vida, con la cabeza baja, como un jugador que sale del garito donde lo ha perdido todo.

Pero más difícil aún que el problema del lecho, resulta el de la alimentación. Las «sopas populares», pequeños almacenes debidos á la iniciativa comunal, donde mediante diez centésimos se toma una taza de caldo con un trozo de carne, sopas populares tantas veces descritas, á cuya puerta se estacionan dos veces en la jornada, con el amanecer y con el crepúsculo, largas hileras de menesterosos que van entrando gradualmente con una moneda de cobre en la mano, están reservadas á lo que podríamos llamar la aristocracia de los pobres, á aquellos que pueden disponer de la fracción de franco indispensable. Pero hay muchos que carecen hasta de esa mínima suma y tienen que aguardar las sobras que se reparten de noche á la puerta de algunas fondas, que solicitar *bonos* de pan en las alcaldías, ó que hurgar al amanecer en los cajones de basura.

Es en tales momentos cuando las ropas y hasta los últimos enseres qne hay en el camaranchón pasan, en cambio de algunos cobres, á los sombrías negocios de compraventa, ó van al mercado especial que se realiza una vez por semana en el

lejano suburbio. Nada más risible y doloroso á la vez que esa almoneda miserable. En el suelo, á lo largo de la acera, sobre trapos desgarrados, sostenidos en las puntas por pedazos de plomo, se extiende un emocionante carnaval de «desperdicios aprovechables». Llaves viejas, cerraduras enmohecidas, platos rotos, paquetes de diarios, respaldos de sillas, corbatas deshilachadas, botines desparejos, peines, botones, medias remendadas, agujas de bordar, candeleros, sartenes, puños postizos, pipas, vasos, tenazas, correas, perchas, chalecos, ramilletes de bodas, medallas, acordeones, abecedarios, espejitos de tres sueldos, fotografías, cepillos, cucharas de albañil, gorros y tenedores revueltos y desvencijados, polvorientos y miserables, nos refieren, con la emocionante elocuencia de las cosas, la vida, los contratiempos y las penurias de millares de familias desamparadas que se han ido desprendiendo de los recuerdos queridos y de los objetos indispensables y lo han volcado al fin todo en la hoguera para poder vivir un día más.

Allí se aprovisionan otros que han vuelto á trabajar y se proveen de nuevo. Con pocos francos se podría adquirir la mitad del mercado. Pero ellos defienden la compra con la aspereza y la terquedad de los que saben el valor del medio céntimo.

Los que almuerzan de pie ante el mostrador del *bistro* con una taza de café y un panecillo, no pueden desdeñar una moneda de cobre. Si entramos en una de esas *gargottes* de los bulevares exteriores, donde por cinco sueldos se sirve un plato, un pan y una botella, si visitamos algunas de las posadas inverosímiles de la calle de Flandre, donde se da alojamiento por dos, si vemos cenar

á un hombre con un cartucho de patatas fritas, comprendemos que se puede vivir con muy poco dinero, pero comprendemos también que es indispensable ese poco de dinero para vivir. La cantidad es reducidísima, y sin embargo, ¡cuántas dificultades para obtenerla! No son pocos los campeones que sucumben en la portentosa conquista del centésimo.

Es verdad que para defender el derecho á la vida, se hace gala de ingenio como en un juego de salón.

Quién inventa con cuatro cartones de desecho un juguete sumario, de mecánica casera, que venderá después á los niños, á la salida del colegio; quién descubre que en tal lugar de la población se resbalan en los días de lluvia los caballos y se estaciona al acecho para ayudar á levantarlos y recibir el *pourboire;* quién se sienta en los bancos que bordean las avenidas, fingiéndose forastero para declararse robado, lamentarse á grandes voces y hacerse reembolsar por un transeunte bonachón la pequeña suma que no ha perdido; quién recorre la terraza de los cafés haciendo caricaturas con el gesto de los contemporáneos célebres para provocar con la sonrisa la recompensa; quién vende lápices á la puerta de la bolsa ó de los liceos; quién se ofrece para vigilar la bicicleta mientras entramos en un almacén; quién aguarda á la salida de los jardines públicos para limpiar los botines cubiertos de polvo; quién hace juegos malabares ó muestra animales amaestrados en los patios de las casas, para enternecer á los vecinos y ganarse una limosna ó un escobazo del portero...

La mendicidad está prohibida y hay que encontrar medio de practicarla sin violar las disposiciones municipales. Los gendarmes observan.

Cuidado con interrumpir la digestión de los transeuntes. Sólo se puede implorar la caridad divirtiendo, engañando y dejando creer á los felices que todos lo son tanto como ellos.



Después de las diez de la noche, el barrio de los mercados presenta un aspecto singular. A él acude toda la población doliente y toda la resaca social de la luminosa villa. La carga y la descarga de los víveres que llegan de todos los departamentos de Francia, aunque está monopolizada casi por un cuerpo especial de empleados á sueldo, ofrece á los desocupados ocasiones de ganarse alguna cosa.

Por las aceras anchas que blanquea la luz artificial, arrastran pesadamente sus contornos encorvados los silenciosos grupos. Son hombres vestidos de harapos y mujeres de edad indecisa que tienen los ojos tristes como camino de cementerio. Se pasean con las manos metidas en los bolsillos y la cabeza baja, confiados en que después de las doce, cuando llegue la hora de la actividad febril, se les admitirá en algún trabajo. Y parecen fuerzas desterradas de la ciudad, seres puestos al margen de la vida, voluntades que la fatalidad combate y desalienta.

Mientras tanto los *marchands de vin* se llenan de otro elemento más insubordinado y levantisco. Alcohólicos inveterados, pilluelos de baja ralea, malhechores hoscos y mujeres repulsivas forman grupos alborotados y maldicientes que discuten alrededor de las mesas manchadas, haciendo flamear en la atmósfera pesada del figón no sé qué extraña banderola de desequilibrio y de crimen.

Es el despeñadero por donde se precipitan los desesperados. Pero la inmensa mayoría sufre y aguarda...

Con el amanecer parece que la ciudad cobra vida, que es como un pecho que se levanta con la respiración, como una personalidad que lo percibe, que lo asimila todo y que solloza angustiada ante una desgracia misteriosa y terrible que sólo ella tiene lágrimas para llorar. Esa desgracia es el nuevo día que se abre ante la dolorosa impotencia de tantas gentes. ¿Cómo salvar la cuesta de las veinticuatro horas? Cada jornada es una nueva aventura. Cada hombre un campeón que la emprende á brazo partido con el fantasma de las tinieblas.

Sólo sé de un hombre que, en situación semejante, no se lamenta de su destino...

Fué una noche, al atravesar una plaza, en un barrio excéntrico. El hombre descansaba sobre un banco, y un rayo de luna lo bañaba. Vestía un traje deshilachado y sucio, pero su fisonomía era tan serena y tan noble, que atraía.

—¿Qué te falta?—le dije, como si nos conociéramos de mucho tiempo atrás y continuáramos una conversación.

El hombre se irguió, me miró con sus ojos azules llenos de ideal y...

—No me falta nada—repuso—porque tengo la conciencia tranquila.

Pero ese hombre se llama Jesucristo, y sólo lo he visto en sueños.

Las ideas del siglo

Señoras, señores, compañeros:

De más está que diga cuánto me satisface ver reunidas aquí á personas de opiniones tan diversas. Es una prueba de que empezamos á comprender que los hombres pueden pensar de distinto modo sin tener que volverse la espalda. Y me regocijo doblemente de ello, porque en las luchas pacíficas del porvenir, en los torneos de razón en que vamos á entrar, no serán nuestras armas las del odio, sino las de la mansedumbre y la bondad.

Después de una larga ausencia, he vuelto al continente en que nací, sin pretensiones, sin huecas vanidades, como un hijo aventurero y curioso que regresa al hogar y refiere á la familia, reunida alrededor de la lámpara, lo que ha visto y ha sentido en sus largas peregrinaciones por el mundo y lo que cree haber podido adivinar en los horizontes del porvenir. No traigo pretensiones de conferenciante, ni de orador; no soy más que un simple hombre de buena voluntad que ha leído, que ha comparado, que ha sabido quizá comprender algunas de las cosas que ha visto y que, con

toda sinceridad, viene á decir lo que él cree ser la verdad.

Esta conferencia no será, pues, una exposición dogmática llena de afirmaciones decisivas, sino una simple conversación familiar, en la cual trataré de decir con claridad y sin vanas fórmulas retóricas mi opinión sobre algunos de los problemas que hoy agitan la conciencia universal. Mis palabras, mesuradas y corteses, no podrán herir la convicción de nadie. Diré mis ideas sin inútiles intransigencias, sin impetuosidades contraproducentes, seguro de que sólo la tranquila afirmación de la verdad, el obstinado esfuerzo de las ideas, conseguirán vencer los obstáculos, más de costumbre que de convicción, que impiden el florecimiento de una sociedad más justa.

Pero así como me dispongo á emplear todas las precauciones y á poner en juego todos los recursos para evitar el choque directo con los que piensan de otro modo, así como anuncio que combatiré con deferencia y cortesía, sin recurrir á palabras hirientes, la tesis contraria, confieso también que, seguro de mi razón, penetrado de la justicia de lo que sostengo, no esconderé nada, no dejaré nada por decir y presentaré en conjunto todo mi pensamiento sobre la cuestión, sin hipócritas atenuaciones y sin eufemismos ridículos, convencido de que hasta los mismos adversarios preferirán esta franqueza á la emboscada que les podría tender un hábil juglar de paradojas.

La verdad debe alzarse fría, serena é inconmovible en medio de todos los apetitos y todas las solicitaciones, como algo ajeno al odio, á la vergüenza, á la ambición y al miedo.

Y como el mejor medio de conciliarse la voluntad de un auditorio es no desearlo demasiado,

abandonemos los preámbulos y entremos lealmente en materia.

***

Las sociedades no son una cosa estancada y perenne que subsiste y se prolonga sin transición á través de los tiempos. Son, por el contrario, un organismo movible, en perpetua evolución, en eterna gestación de vida. ¿Cómo hemos de pretender que una agrupación de hombres se modifique en una forma determinada, cuando todo en la Naturaleza palpita y se mueve? Si los árboles, los mares y hasta los continentes se ven transformados y revueltos por modificaciones y conmociones; si todo cuanto existe sobre el planeta, hasta el planeta mismo, es una reunión de átomos que se transforman sin tregua; si sólo hay vida á condición de que haya movimiento, ¿cómo hemos de pretender que los hombres, que son los reyes del universo, los productos más vivientes, por así decirlo, de su vida, deban permanecer inmóviles en medio de la general renovación, atados á las fórmulas de sus antepasados y condenados á volver á vivir y á seguir viviendo eternamente lo que ya vivieron otros?

La ley que condenara á la especie á esa inacción, á esa muerte espiritual, sería una ley injusta entre todas.

Pero esa ley no existe.

Mil y mil pruebas nos da la historia de que las sociedades se transforman sin descanso. Consideremos el camino recorrido desde las primeras tribus salvajes y nómadas que se arrastraron sobre la tierra, hasta los hombres de hoy. El feudalismo, la teocracia, la monarquía constitucional y

la república, no son más que las etapas de un gran espíritu en marcha hacia la luz, que se va arrancando gradualmente grandes jirones de animalidad, trabajando por el deseo de la perfección.

Pero ¿para qué recorrer el sumario de la historia?

Cada uno de esos momentos ha sido un estado transitorio que ha dado nacimiento á formas nuevas. Detrás de cada una de esas situaciones y, por así decirlo, detrás de cada uno de esos gestos de la especie, se formaban ó se acumulaban gestos inéditos que debían realizarse después. ¿Cómo suponer que hoy hemos llegado á la meta? ¿Cómo afirmar que no existe ni puede existir nada más allá de lo que vemos? ¿Cómo pensar que nos hallamos en la cúspide de la historia, que no nos queda nada por descubrir, que somos perfectos y que toda nueva tentativa de mejoramiento es un ensueño imposible? Con la misma lógica hubiéramos podido detener á la prole en cada una de las etapas que hemos indicado; con la misma argumentación hubiéramos podido negar el adelanto y el esfuerzo de veinte siglos.

En todas las épocas y en todas las regiones han existido hombres tímidos ó perezosos que se han declarado satisfechos del resultado obtenido, han tratado de hacer de su cansancio la ley común, han pretendido marcar el límite de la audacia humana, y han tratado de poner ante las muchedumbres una barrera de imposibles. Todos los que pretendian ir más allá, eran considerados como dementes. De dementes fueron motejados los que bajo el feudalismo soñaban la monarquía constitucional, de dementes fueron acusados los que bajo la monarquía constitucional entreveían la república.

...Pero la humanidad trae en sus flancos tanta savia acumulada, tanto vigor invencible, que siempre ha rebasado por sobre los límites que pretendían imponerle y ha continuado, tenaz é imperturbable, su maravillosa ascensión. Si la ascensión hubiera concluído, estaríamos ya en las cumbres en que no existe el mal. Pero queda aún mucho por hacer...

La sociedad en que vivimos es esencialmente imperfecta. Y fuerza es empuñar de nuevo el báculo y reanudar la ascensión por los caminos obscuros y desiguales de la montaña abrupta en cuya cresta luminosa creemos entrever la Justicia.

*
* *

Nadie se atreverá á sostener que vivimos en el mejor de los mundos; nadie se arriesgará á afirmar que todo está perfectamente dispuesto. Por el contrario, todos convienen en que nuestra organización deja que desear. Porque á menos de tener un corazón de bronce, ningún hombre puede mirar con desdén el dolor de sus semejantes.

Cuando nos dicen que hay seres que, mediante un salario miserable, trabajan doce horas en las entrañas de la tierra y agonizan y sufren, para extraer el carbón que pone en movimiento nuestras máquinas y alimenta el vientre rojo de nuestras cocinas; cuando sabemos que el hambre, vencedora de todos los escrúpulos, obliga á una legión de madres infelices á abandonar á su prole, á dejar de alimentar personalmente á sus propios hijos, para ir á engordar con su sangre á los hijos de los favorecidos por la suerte; cuando sabemos que la inmensa mayoría de los hombres vive, su-

fre, trabaja, da la savia toda de su cuerpo y de su espíritu, para que una pequeña minoría pueda gozar y triunfar en la abundancia; cuando comprendemos que mil atávicas supersticiones filosóficas, políticas y sociales retienen á la casi totalidad de los seres humanos en un estado inferior, atados á cosas cuyo valor es convencional y ficticio, rellenos de vanidades, de odios, de desconfianzas y de ambiciones absurdas; cuando evidenciamos que en pleno siglo XX hay todavía gentes que perecen de hambre y de frío, mujeres desamparadas y afligidas que van á la cárcel por haber robado un pan para alimentar á sus pequeños, y niños abandonados y llorosos que vagan sin hogar, á la ventura, solicitados por todas las tentaciones del crimen; cuando palpamos el montón de miseria, de lodo, de lágrimas y de injusticia que ha amontonado en torno nuestro el egoísmo colectivo, es imposible contener un grito de indignación y dejar de formular una protesta.

No, no; la sociedad no estará bien organizada mientras haya gentes que sufran, carezcan de lo indispensable y vendan su vigor por un mendrugo; la sociedad no estará bien organizada mientras existan todas las trabas que hoy impiden el libre desenvolvimiento del ser humano, mientras la mujer sea una esclava y el obrero una bestia de labor; la sociedad no estará bien organizada mientras junto á la privación de los unos se alce la abundancia de los otros; la sociedad no estará bien organizada mientras unos sufran para que otros gocen, mientras unos ayunen para que otros se atosiguen de manjares, mientras las gentes estén divididas en dos clases: una que vive para consumir y otra para producir, una que vive para divertirse y otra para trabajar, una que no crea

nada y disfruta de todo y una que lo crea todo y no disfruta de nada.



Cada época trae una mentalidad, que es el producto compuesto, la resultante prevista, de las realizaciones alcanzadas y las aspiraciones nuevas. Entre lo consumado, entre lo que todos aceptan, y lo hipotético, lo que algunos imaginan, se forma una zona neutral de ideas, alimentada por las concesiones de los retardatarios y las timideces ó las habilidades de los amigos de la evolución. No es la reacción ni es la evolución. Es el punto de equilibrio momentáneo de la balanza social. Es la media luz, el lugar de *entente* que dice el límite de lo que la resistencia puede abandonar y de lo que el ataque puede pretender. Esta zona en litigio va cambiando de derecha á izquierda, á medida que la civilización gana terreno y la ciencia se difunde. La del siglo XVI no es la misma que la del siglo XVIII. Tratemos de saber cuál es la de hoy.

Nadie negará que hay un conjunto de ideas, de aspiraciones, de hábitos y de certidumbres, que difundidas en los libros, en la vida privada, en las conversaciones y en las conciencias, acaban por formar lo que podríamos llamar la atmósfera del siglo. Y nadie negará que lo que hoy respiramos es el deseo de solidaridad y de justicia.

Hace cincuenta años, nadie hubiera creído posibles muchas de las leyes de protección obrera, muchas de las medidas de solidaridad social que han votado algunos parlamentos de Europa. Las ideas del siglo se imponen cada vez con mayor vigor, como la resultante obligada, como el *abou-*

tissement final de nuestras agitaciones y nuestras luchas. La sociedad presente, por prisionera que sea de su egoísmo, por atada que esté á sus prevenciones, tiene que ir aceptando los ángulos más salientes de la doctrina nueva.

Pero ¿qué es la doctrina nueva? ¿Cuáles son las ideas del siglo? ¿Cómo se definen las perspectivas de la época?

Ya hemos dejado atrás el humanitarismo, la caridad, y todos los derivados y paliativos imaginados para prolongar un estado de cosas á todas luces injusto. Nuestra generación, enamorada de la exactitud, hija de la ciencia, y admiradora del método, no puede resignarse á repetir abstracciones y á seguir jugando con las palabras. Los lirismos y las frases multicolores pudieron ser eficaces en una época de transición, en un período de incertidumbre, cuando apenas se dibujaban las grandes líneas de la mentalidad de hoy. Actualmente sólo marcan una era preparatoria, un prólogo de la propaganda, prólogo un tanto declamatorio y superficial, debemos confesarlo. Y de toda esa espuma fácil, de toda esa verbosidad comunicativa, no queda más que el recuerdo confuso de una gran anarquía intelectual, de una portentosa desorientación de los hombres.

Pero á esos tanteos ha sucedido un empuje vigoroso que sabe de dónde arranca y adónde va, un método de evolución que es el producto y la obra de una escuela sociológica que, como un gran río que recibe millares de afluentes, se ha ido hinchando y robusteciendo con el esfuerzo intelectual de muchos hombres que han estudiado la composición de las sociedades y han extraído su esencia.

Los socialistas de hoy no son enfermos de sen-

sibilidad, no son dementes generosos, no son iluminados y profetas que predican un ensueño que está en contradicción con la vida, sino hombres sanos, vigorosos y normales que han estudiado y leído mucho, que han desentrañado el mecanismo de las acciones humanas y conocen los remedios que corresponden á los males que nos aquejan.

No puede extrañarnos que, como el primer astrónomo que descubrió el movimiento de la tierra, como el primer marino que imaginó un nuevo mundo, como el primer médico que sostuvo la circulación de la sangre, encuentren en el ambiente estancado una resistencia que sólo lograrán vencer con perseverancia, continuando sin tregua la afirmación de su verdad.

Es natural que tropiecen con la hostilidad del medio, porque sus doctrinas traen el germen de una renovación social, porque sus esfuerzos libertadores, á pesar de la generosidad y la imparcialidad que los anima, parecen herir de frente las prerrogativas de un grupo de hombres y lastimar los intereses de una casta.

Pero todo cambio en la organización de las naciones ha traído consigo una crisis que, si ha perjudicado á algunos, ha favorecido y ha llenado las aspiraciones de la inmensa mayoría.

Y admitiendo que no fuera posible transformar el mundo sin violencia para algunos, valiera más que sacrificásemos el exceso de felicidad de los menos, en beneficio del necesario mejoramiento de la situación de los más.

Pero el socialismo no es una doctrina de odio y de represalias, no es la insurrección vengativa y sangrienta, no es el incendio y la matanza, como algunos enemigos de mala fe lo han insinuado, abusando de la credulidad general.

El socialismo es, por el contrario, la vuelta á la sociedad normal y sana, la sustitución del desorden actual por un régimen de solidaridad, el fin de las feroces guerras individuales en que nos agotamos y la refundición de la vida en beneficio de todos.

Porque el socialismo no pretende invertir los factores de hoy y establecer una dominación al revés, sino equilibrar y nivelar á los hombres, en cuanto lo permiten las diferencias en las aptitudes. Y á sangre fría, sin apasionamientos de ningún género, con la sola preocupación de la verdad, nosotros pretendemos que el socialismo haría la felicidad, no sólo de aquellos de cuyo trabajo vivimos hoy, sino también de toda la especie, sin distinción de rango, porque de tal suerte está ligado el hombre con el medio, que sólo puede estar libre y gozoso á condición de que todos lo estén en torno suyo.

El socialismo no es el despojo, no es el infantil reparto que nos reprochan algunos. Es un cambio en el sistema de vida, una modificación en la máquina social, que puede operarse quizá sin violencia, gradualmente, por las etapas casi insensibles de la evolución.

La transformación de la sociedad capitalista en sociedad colectivista ó comunista, y la abolición de la guerra y el salariado, no pueden asustar ya á nadie. Todos los hombres de buena fe y sano corazón se muestran inclinados á ello. Á cada instante oigo decir en torno mío: «Pero yo también soy socialista sin saberlo, porque yo también deseo mejorar la suerte de los trabajadores; yo también soy socialista sin saberlo, porque yo también deseo el fin de las guerras; yo también soy socialista sin saberlo, porque yo también hago

votos por que haya menos desigualdad entre las fortunas; yo también soy socialista sin saberlo, porque yo también espero para la humanidad mejores destinos.»

Pero si la aspiración es casi general, ¿qué es lo que origina la resistencia al socialismo? ¿Cuál es la causa de la oposición que se le hace? La causa es, ante todo, la pereza, que nos lleva á acurrucarnos en lo que existe, para evitar la tortura de seguir pensando.

La causa es también la pusilanimidad del hombre, el temor que le inspira toda forma nueva.

La causa es por fin y sobre todo la errónea convicción que tienen los humanos de que es imposible realizar los sueños en la vida.

Y ese error es el que ha paralizado el empuje de la especie, es la valla que nos ha impedido saltar hasta el imposible y realizar todas las quimeras, porque las quimeras sólo son verdades en gestación—botones de porvenir—rayos que todavía no ha conseguido dominar el hombre...

Nada es imposible para un ser cuya energía inteligente ha captado las fuerzas desconocidas ha dominado la cólera de los mares, ha horadado las entrañas del planeta y ha extendido su imperio sobre la creación.

Cuando algunos irresolutos nos dicen: «El hombre es imperfecto, la Naturaleza ha creado las desigualdades, el socialismo es un bello sueño, pero es un sueño imposible», nosotros afirmamos que esos hombres faltan á su misión noble y grandiosa.

Porque el hombre no debe sentirse intimidado ante ninguno de los problemas que se le presentan. ¿De qué nos serviría haber leído á Rousseau, Voltaire y Diderot, si cuando nos encontramos

ante algo difícil, no sabemos decir: examinemos?

El hombre es un ser que se mejorará sin tregua, que marchará de escalón en escalón hacia la luz, que se despojará todos los días de un atavismo, que dará á su cerebro cada vez mayor alcance, que avanzará, que triunfará, que se hará al fin extrahumano, y que, en la cima de las cúspides, de pie sobre los límites, devorado todavía por sus ansias de perfección, soñará nuevas campañas para elevarse hasta el infinito. Nadie puede poner trabas á su desenvolvimiento. Es una fuerza incontrarrestable que va arrollando todo cuanto se opone á su ascensión, que va erigiéndose en dominadora de cuanto la rodea, y que, dueña del tiempo y del espacio, en los lejanos triunfos de la especie, en las remotas realizaciones del ideal, se apoderará de la creación y la convertirá en su esclava... «¡El socialismo es un imposible!», dicen los tímidos.

Nosotros esperamos poder probar:

1.º Que el socialismo es posible.

2.º Que es necesario.

Y dejando de lado otros poderosos argumentos de orden metafísico ó económico, nos limitaremos á basarnos en lo existente, á aprovechar las razones ó los ejemplos que nos ofrece la misma vida de hoy.



Si el socialismo no fuese posible, no lo encontraríamos ya en germen en la sociedad actual. ¿Qué son las cooperativas, qué las sociedades anónimas, qué los ferrocarriles del Estado, qué los *trusts*, sino aplicaciones parciales de la doctrina que defendemos?

¿Y qué son las leyes dictadas recientemente en Europa, leyes que limitan las horas de trabajo, leyes que aseguran en parte la vejez del obrero, leyes que crean cajas de retiros, leyes que ponen trabas á la suprema omnipotencia de los patronos, sino comienzos y embriones de socialismo?

Poco á poco, y de una manera insensible, la clase dominante va abandonando su vieja concepción individualista de «libertad de trabajo» y empieza á reconocer al Estado el derecho de inmiscuirse en las relaciones entre capitalistas y asalariados, el derecho de reglamentar las condiciones de la producción.

Cada una de esas medidas es una restricción al derecho de propiedad, tal como lo entendían aquellos rígidos economistas del siglo pasado, para quienes el Estado debía cruzarse de brazos y dejar hacer, olvidando que el contrato del trabajo no es en resolución un contrato libre, puesto que el obrero lo firma bajo la presión del hambre, urgido á menudo por la voz lastimera de sus pequeños que necesitan alimentarse. Después de estudiar el funcionamiento del servicio de correos, de los ferrocarriles nacionales, de ciertos monopolios que existen en algunas naciones de Europa, es imposible negar que el socialismo tiene ya átomos y núcleos en la sociedad presente, y después de considerar y pesar los decretos de algunos gobiernos, las medidas de determinados parlamentos, el espíritu todo de la legislación contemporánea, resulta pueril negar que esos átomos y esos núcleos tienden á desarrollarse y á invadir todo el sistema.

¿Qué nos impediría, en verdad, extender el monopolio que hoy ejerce el Estado sobre todas las comunicaciones postales y telegráficas y algu-

nas ferrocarrileras, á otras esferas de la actividad nacional?

Si la sal es monopolio del Estado en algunos países de Europa, ¿por qué no pueden serlo también el azúcar, el pan, y otros productos de universal consumo? La libertad de comercio, tal como la entendieron los economistas de que hablábamos, sufre tanto con la prohibición de hacer comercio individual con un producto, como con la prohibición de hacerlo con varios. Si ya se ha admitido que ningún particular puede en ciertas regiones manufacturar ó expender tabaco, tenemos el derecho de pensar que esa medida puede hacerse extensa á otras industrias. Si ya se ha sancionado que los ferrocarriles, los correos y los telégrafos pueden ser propiedad de la nación, tenemos el derecho de decir que también pueden serlo las minas, los molinos y las fábricas. Y si todos admiten que esas industrias esenciales para la marcha de la colectividad no necesitan para su perfecto funcionamiento el acicate de la competencia, tenemos el derecho de afirmar que tampoco lo necesitan las otras.

El servicio de correos no está mal organizado. Aunque no existiera la prohibición del Estado, ninguna empresa particular conseguiría establecer otro capaz de competir con él. Sin embargo, el servicio de correos es un servicio comunista. Es propiedad de todos y no es propiedad de ninguno. El capitalista ha desaparecido de él, y sólo queda el esfuerzo solidario de la colectividad, manifestado por medio de los mandatarios del pueblo, es decir, del Estado.

¿Cómo no puede ser posible, repito, convertir en servicios nacionales, de manera análoga al correo, muchas de las industrias individuales que

se practican hoy desordenadamente en perjuicio de todos? Para darnos una idea aproximada de la diferencia que puede haber entre el pan, la carne, etcétera, vendidos por particulares, y esos mismos productos administrados por la colectividad organizada, imaginemos los servicios postales en manos de una ó varias empresas capitalistas. ¿Nos ofrecerían la seguridad, la estabilidad en los precios y la regularidad en las comunicaciones, que nos garantiza el gobierno central?

Pero los enemigos del socialismo afirman que estos monopolios de correos, telégrafos, ferrocarriles, etc.—monopolios que actualmente aprueban sin reserva alguna, y que hasta defenderían si los supieran en peligro—, son nocivos, impracticables y atentatorios á la libertad así que se aplican á otras industrias.

¿Por qué?

Esos razonadores reñidos con la lógica nos recuerdan la aventura de cierto señor que se curaba, con un medicamento de su invención, los granos que le salían en el lado derecho de la cara, pero que se indignaba ante la idea de aplicar la misma medicina á los que le salían en el lado izquierdo.

Tengamos una sonrisa para esas ingenuidades y tratemos de ser lógicos con nosotros mismos.

¿Quién se atreverá á afirmar que es indispensable que el capital sea individual para que prospere una empresa? Mil hechos vendrían á desmentirle, si así lo hiciera.

Los trabajos públicos, cada vez más importantes, los caminos, los puentes, los canales, los astilleros y muchas fábricas de armas, están ahí, para afirmar que una industria, un trabajo, un esfuerzo cualquiera, puede ser coronado por el éxito,

aunque no sea propiedad y obra de un capitalista.

Por el contrario, parece evidente que será más perfecto y útil, cuando se haga sin interés de ganancia, con el sólo fin de llenar una necesidad común, que cuando la necesidad común sirva de pretexto para satisfacer la sed de lucro de un particular ambicioso.

Este prejuicio de que el capitalista es indispensable, es uno de los más difíciles de desarraigar, pero será desarraigado también al fin, como los otros, porque ninguna inteligencia sana puede negarse á admitir la razón, cuando ésta se presenta con una claridad que no deja lugar á duda.

Si se nos presenta que un arado, contando el precio de la materia prima, el interés proporcionado á lo que se pagó por los útiles que sirvieron para su fabricación, lo que se empleó en instalar la fábrica, el precio de la mano de obra y el transporte á la ciudad en que se vende, cuesta 50 pesos, ¿por qué razón hemos de pagar por él 150? ¿Para que el capitalista ó los accionistas tengan carruaje? ¿Para que el depositario ó el intermediario viva en la holganza? Si esa fábrica fuese nacional y vendiese ella misma sus productos, si el comprador no tuviese que pagar ni el interés al capitalista, ni la comisión al vendedor, tendríamos el arado por la tercera parte del precio. Y no sólo conseguiríamos abaratar así el artículo, sino también mejorar las condiciones de vida del obrero, estableciendo una especie de balanza y dando al trabajador el precio íntegro de su trabajo, como se práctica, en cierto modo, en esa admirable manufactura de vidrios de Albí que, fundada hace algunos años á raíz de una huelga, está hoy en pleno florecimiento.

Lo cierto es que, como ya nos sentimos capa-

ces de organizar socialmente la producción, nadie podrá impedir que se nacionalice el capital.

Si hay precedentes en la organización nacional de los servicios públicos, los hay también en la expropiación de las fortunas. ¿Qué son sino expropiaciones parciales esos impuestos extraordinarios que imponen los gobiernos en tiempos de guerra? Si la nación, en un momento de peligro, se cree con derecho á pedir á los pudientes una contribución suplementaria para defender una parte del territorio, en la guerra social de todos los días, ¿no tendremos también derecho nosotros á pedir á aquellos que tienen más de lo necesario una parte de lo que les sobra, para defender el cuerpo mismo de la nación, la clase laboriosa que le da vida?

El impuesto sobre la renta, que no es el socialismo integral, pero que es una etapa que lo prepara, puede ser aplicado desde este instante sin que sufra la colectividad ningún tropiezo.

Porque aunque somos hombres de revolución por nuestros propósitos, es necesario que seamos, si queremos merecer la confianza general, hombres de Estado por nuestra previsión y nuestra prudencia. Lejos de librarnos á la imaginación y de tomar nuestros deseos por realidades, debemos estudiar las condiciones del medio, y no proponer, ni prohijar, más que aquellas medidas que de antemano sabemos realizables.

Y el impuesto progresivo sobre la renta, que limitaría las fortunas y reglamentaría las herencias, que no es más que un comienzo de restitución á la nación de los bienes que á ella le pertenecen, se nos presenta hoy como una medida práctica, que ningún economista serio puede tachar de fantasía.

Y si el impuesto progresivo sobre la renta, tal y como lo predican hoy los partidos avanzados de Europa, es una de esas medidas que hacen antesalas, que luchan antes de vencer, pero que todos reconocen realizable, ¿cómo no ha de ser posible, una vez aceptada por los parlamentos, robustecerla, darle mayor alcance, llevarla á su máximum de desarrollo, y convertirla, de ley de limitación, en verdadera ley de expropiación serena y grande, capaz de dar pie á la realización metódica de un régimen igualitario y justo, digno de la futura perfección del hombre?

El *trust* es ya un colectivismo fragmentario y oligárquico: ensanchémoslo y tendremos el socialismo. El impuesto sobre la renta es una expropiación tímida y parcial: sistematicémosla y tendremos el colectivismo. ¿Por qué no ha de ser posible hacer en beneficio de todos lo que se hace en beneficio de algunos? ¿Por qué no ha de ser posible agravar el impuesto, hasta reducir la fortuna á sus límites naturales?

La Naturaleza produce lo suficiente para llenar las necesidades de todos. Si hay quienes agonizan en la miseria, no es porque falte con qué alimentarlos, sino porque una criminal retención de los productos en manos de una minoría de traficantes así lo determina, sino porque hay hombres que, más por inconsciencia que por maldad, trafican con el hambre de sus semejantes.

¿Cómo sostener aún que el socialismo no es posible?

¿Por qué no es posible?

¿Por qué atenta al dogma sagrado de la propiedad?

Pero ¿qué es propiedad? Propiedad fueron los vasallos para el noble, propiedad es el esclavo

para el negrero, propiedad es la Rusia para el zar. Y aun limitándonos á la propiedad más difundida hoy, que es la de la tierra, á la propiedad que los códigos defienden con triple valla de prohibiciones, basta preguntarnos cuál fué su origen, para convencernos de que es tan injusta como las demás.

¿Qué otra cosa se opone al socialismo? ¿La legalidad establecida? Pero ¿qué es la legalidad establecida, sino la violencia sistematizada, sino el producto momentáneamente estable de una revolución transitoria?

Lo que pudo hacer creer á algunos hombres de buena fe que el socialismo es imposible, fué la idea pueril de que nos proponemos pasar de la sociedad actual á una sociedad perfecta, sin etapas y sin transición, mediante una portentosa transformación de teatro. Pero cuando oyen confesar que la revolución social se consumará gradualmente, humanamente, sin maravillas, esa prevención se disipa, y caen todos al fin en la cuenta de que aquellos pretendidos soñadores ilusos son simples hombres prácticos, que si ven un poco más allá del momento actual, no pierden por eso la noción de las realidades.

Pero ¿para qué obstinarse en destruir una á una todas las objeciones que se nos hacen, cuando en el fondo de todas ellas encontramos el mismo sofisma y el mismo error voluntario, con el cual tratan nuestros enemigos de indisponernos con ese público sincero y bien intencionado, que, si conociera la doctrina, estaría en masa con nosotros?

Si el socialismo no fuese posible, el gobierno francés no hubiera llamado á un socialista á formar parte en uua combinación ministerial, que

duró mucho más de lo que algunos preveían; si el socialismo no fuese posible, no sería hoy un socialista como Jaurés vicepresidente de la Cámara de Diputados en Francia; si el socialismo no fuese posible, no hubieran alcanzado los socialistas alemanes cerca de tres millones de votos en las últimas elecciones; si el socialismo no fuese posible, ni Zola, ni Ferri, ni Lombroso, ni De Amicis, ni Tolstoi, ni Anatole France lo defenderían en sus obras... Pero ¿cómo no ha de ser posible el bien? ¿Cómo no ha de ser posible la justicia?

Sería calumniar á la humanidad, juzgarla atada para siempre á la maldad y al crimen.



Pero el socialismo no sólo es posible, es necesario.

Esa clase social que no ha hecho más que cambiar de nombre en la historia y que se llamó sierva primero, después plebeya, y por fin proletaria, comienza á salir de su letargo, y se agita, y bulle, amenazando con una de esas conmociones que se tragan á veces toda una sociedad.

¿Qué obstinación incomprensible puede empujar á los poderosos á irritar y á llevar al paroxismo con su indiferencia las rebeliones de los desheredados? ¿Tienen, acaso, algún interés en provocar levantamientos cuya importancia es imposible calcular, cuyo desenlace es muy difícil predecir, cuyas consecuencias serían desastrosas? ¿Están seguros, por ventura, de que esa clase, pasiva y resignada, no se arremolinará un día y no los ahogará á todos en la justa inundación de sus cóleras? ¿Qué sería de esta bamboleante organización social, si las clases laboriosas cedieran á sus

rencores acumulados y se lanzaran al fin sobre las minorías privilegiadas, como un aluvión de fuerzas ebrias?...

O lo que es más simple, más humano y más inminente que nada, ¿qué sería de los privilegiados, si esa multitud de asalariados que pone en movimiento todos los resortes de nuestra vida, que acciona nuestras fábricas y nuestros ferrocarriles, que siembra nuestros campos, que da vida, fuego y calor á todo lo que nos rodea, se cruzara simultáneamente de brazos y los dejara inmóviles y atontados, en medio de las ciudades yertas y los campos mudos, probándoles con su abstención que todo depende de ella y que vivimos de su savia?

La prudencia más elemental aconseja á los dueños de la situación evitar los choques directos, hacer concesiones y entrar en la corriente del socialismo. Porque el socialismo es como una gran nube, todavía imprecisa, que puede anunciar una lluvia bienhechora ó una pavorosa tempestad. Todo depende de la resistencia que encuentre en la atmósfera. No sean temerarios y no desencadenen ellos mismos la tragedia en que deben perecer.

Ese peligro está mucho más cerca de lo que algunos creen. Nuestra sociedad no puede moverse dentro de las viejas fórmulas. Todo anuncia que hemos llegado á una de esas encrucijadas de la historia en que surge un gran remolino de vida nueva y en que la sociedad cambia de estructura. Las colectividades mudan de piel. El planeta parece estar preparado para cambiar el aspecto de su superficie. ¿Bastará nuestro silencio obstinado y nuestra fingida indiferencia, para detener esa evolución, para poner trabas á la realización de un

fenómeno físico, cuyo secreto está en las entrañas de la Naturaleza, en perpetuo trabajo de renovación, en eterna gestación de vida?

Los hombres de hoy, obligados más de una vez á ahogar sus ascos en las cargas á la bayoneta de la gloria, comprenden que ha llegado el momento de tomar posición, de decidirse. Poco importan los sacrificios, poco importa el desprestigio pasajero que cae sobre el que, en medio del acatamiento común, del adormecimiento general, de la universal apatía, rompe con los prejuicios de su educación y de su clase y se alza, en plena luz de verdad, para investigar el horizonte y ver hacia qué punto se puede conducir la barca de la humanidad, la barca desamparada y rota, dirigida por pilotos ciegos, que marchan contra la corriente, y oponen á la tempestad invencible la proa frágil con una inconsciencia singular.

¡Oh! prudentes conservadores, ¡cuán revolucionarios sois á pesar vuestro! ¡Con qué sostenida obstinación os empeñáis en robustecer y dar volumen al mar que debe sumergiros! Sois los mejores apóstoles de las ideas nuevas, los más eficaces defensores de la transformación inevitable, porque sólo vuestra terquedad, sólo vuestra hostilidad contra la democracia, han podido dar incremento en tan pocos años al movimiento evolucionista. Sin vosotros, la obra sólo hubiera fructificado más tarde. La habéis hecho madurar á cintarazos de injusticia. Y cada vez que un nuevo atropello se añade á la serie de los ya cometidos, cada vez que hincáis con más fuerza las espuelas en los flancos del potro que creéis haber dominado para siempre, acercáis más y más el instante en que la bestia maltratada sacudirá su infortunio. No os quejéis después de las consecuencias

de la caída. Nadie puede prever cómo se consuman las sacudidas de la histeria. De lo que pueda ocurrir seréis los únicos responsables. El acatamiento tiene sus límites, y cuando rompe las vallas no hay nada que pueda detener el ímpetu de los torrentes.

La verdadera prudencia consiste en darse cuenta de las cosas. Cerrar los ojos no es evitar el peligro. Un socialismo escalonado puede evitar á las colectividades la confusión y el pánico de una sacudida. El socialismo es el eje del siglo, porque sólo él está á igual distancia del egoísmo de los que poseen y de los arrebatos inflexivos de los que desean.

El socialismo es necesario, porque sólo él nos puede dar el equilibrio internacional, la paz interior y la felicidad colectiva. Y además de los males que puede evitarnos, nos puede proporcionar muy grandes goces.

Porque todos hemos sentido alguna vez una tristeza infinita ante los rebaños miserables que salen de las fábricas, todos hemos sufrido ante el dolor de los demás y todos hemos deseado curar las llagas y remediar las tristezas. No hay hombres fundamentalmente malos. Cada cual tiene su resplandor en el alma...

Pero estos son argumentos humanitarios, y yo creo que los hombres, llegados á su mayor edad, no deben ser conducidos por el sentimiento, sino por la razón.

El socialismo es necesario, porque es el único medio de contrarrestar la influencia de los *trusts*. Llegará dentro de poco un momento en que todos los pequeños capitales, y hasta los medianos, serán absorbidos por esos monstruos devoradores de oro; llegará un instante, dada la creciente con-

densación que observamos en todas las industrias, en que las inmensas fábricas acabarán con la pequeña producción y con los manufactureros modestos. Para defenderse de esa centralización, de esa unificación de las fuerzas del país en manos de sindicatos omnipotentes, será indispensable recurrir á las fórmulas colectivistas y oponer al *trust* de los particulares el *trust* del Estado. El capitalismo es un monstruo que se devorará á sí mismo. Muchos de los que hoy lo defienden todavía, serán mañana sus víctimas. Las grandes fortunas se alimentan á expensas de las pequeñas. Y llegará un día en que esa portentosa acumulación de capitales, paralizará la acción de los gobiernos. Entonces, los rutinarios hombres de Estado que hoy nos motejan de ilusos, tendrán que recurrir al socialismo para defender á la nación de la tiranía de un grupo de hombres.

El socialismo es necesario, además, porque es como la resultante y el término de la historia. «Del comunismo político, que es el sufragio universal, tenemos que pasar al comunismo económico, que es el socialismo», decía Jaurés en un artículo célebre. La evolución tiende á llevar el poder, la fuerza, el gobierno, en una palabra, de los menos á los más, de las aristocracias á las democracias, cada vez más amplias y más abiertas. Y siendo hoy el dinero una manera de aristocracia, está dentro de las previsiones de la historia que ella empiece á extenderse de la minoría á la mayoría, del pequeño número de poseedores al número mayor de olvidados y miserables.

El socialismo es necesario, en fin, porque es el triunfo de la vida.



Es indispensable iniciar en América lo que se llama en Alemania una *real politik*, es decir, una política de reformas inmediatas y tangibles. Después de precisar en cierto modo el pensamiento actual de esa democracia que dominará en las ciudades apacibles del porvenir, después de estudiar el organismo social y darnos cuenta de sus necesidades y de sus tendencias dominantes, fuerza será entrar de lleno en un terreno de evolución, de avance hacia una posible felicidad común.

Si todos convienen en que nuestra organización es deficiente, ¿cómo motejar de amigo del desorden á todo aquel que trata de empujar una reforma ó de facilitar un cambio que, en su sentir, debe redundar en beneficio de todos? Que no se diga que al constatar ciertas corrientes y ciertas aspiraciones modernas, tenemos el propósito de provocar la discordia. No fomentamos peligros, los constatamos. Nadie hará llover diciendo que llueve. Es porque comprendemos que ha llegado el momento de obrar, de salir de la apatía que nos mata, por lo que nos permitimos apuntar ciertas ideas y romper con determinados convencionalismos, que sólo han servido para adormecer nuestra acción durante largos años.

Hay que tener la audacia de afrontar todas las situaciones. ¿Qué importan las injurias? Si un hombre no sabe sobrellevarlas con desdén, no es digno del triunfo. Y además, se lucha por ideas, por doctrinas, por concepciones. Sólo los golpes que dan sobre esas concepciones, esas doctrinas y esas ideas, pueden entristecernos. Los que dan sobre el hombre, no pueden inquietarnos. ¿Qué importa que el brazo caiga destrozado y sangriento, si se ha salvado la obra?

Si los hombres que han consumado hasta

ahora las revoluciones necesitaban ambiciones, los que consumarán las de mañana necesitarán virtudes.

La política útil no será una política de declamaciones y de gritos roncos, pero tampoco será una política de inmovilidad y de atraso. A igual distancia de las incitaciones á la revuelta y de los crueles conservatismos, existe un terreno matizado, que es el que conviene á nuestro esfuerzo.

Es evidente que hay que acabar con el estado de guerra que hoy reina entre los hombres.

Vivimos en una sociedad donde hasta el aire se vende.

Porque, ¿qué son sino una venta esos impuestos vergonzosos que gravan en ciertas regiones las puertas y ventanas y sólo permiten á los ricos el lujo de respirar á plenos pulmones?

Hay que transformar el régimen, ó mejor dicho, hay que realizar todas las promesas que el régimen hizo concebir, porque el lema de la República: Libertad, Igualdad, Fraternidad, contiene todo el programa del socialismo.

Por otra parte, tenemos que evitar el culto á los prejuicios. Hemos acabado con los reyes, pero no con los fantasmas de que los reyes se servían para contenernos. Seguimos teniendo miedo de muchas cosas. Luchemos contra todo lo que significa atraso, obscurantismo, superstición.

Nuestras ideas no pueden asombrar á nadie. Ya Zenón y Platón en la antigüedad habían honrado el trabajo, despreciado la voluptuosidad, predicado la comunidad de bienes, combatido los fanatismos, abolido las patrias y defendido la fraternidad universal.

De todo esto, tratemos de hacer entrar en la vida actual lo que la vida actual está preparada

para recibir. No exageremos la dosis, pero no pequemos tampoco por timidez. Hagamos una campaña de reformas, ya que no es posible hacer una campaña de soluciones. Tratemos de modificar y atenuar, ya que no es posible transformar y resolver. Pero marchemos con paso firme, y no nos dejemos intimidar por nada.

Los partidos políticos no tienen, en su mayor parte, por ahora—y no es quizá culpa de ellos, sino del ambiente—, ni programa, ni principios, ni razón de ser. Son simples agrupaciones heterogéneas, en que las simpatías personales suplen á todos los razonamientos.

Sólo el partido socialista puede declarar de dónde viene y adónde va. Por eso debe ser el partido de los jóvenes. Que cada cual diga, como D'Annunzio, encarándose con los dueños de la situación: «Ustedes son la inmovilidad y la muerte—el pueblo es la vida...—yo me voy con la vida.»

Porque juventud y porvenir son sinónimos en nuestro pensamiento. Ambas palabras representan lo irrealizado, la esperanza, la poesía. Ambas significan un empuje que está en contradicción con lo existente. Creer en la perfectibilidad humana, es una manera de ser joven. Tengamos confianza en nuestro propio esfuerzo. Y guardemos la convicción de que los tiempos futuros nos reservan felicidades morales verdaderas.

En el desvanecimiento de los odios, en el deshielo del mal, cuando sobre la tierra redimida y libertada por el sol rojo de nuestros triunfos, comiencen á destacarse sobre horizontes en flor los minaretes ideales de las ciudades apacibles y tentadoras; cuando el hombre, aligerado de sus prejuicios seculares, de sus egoísmos torvos, y

sus enfermizas desconfianzas, pasee los ojos en redor y comprenda al fin la lección de la Naturaleza; cuando dentro de cada uno de nosotros broten jardines de simpatía hacia todo lo que vive, y sea la mirada cariño, la palabra ternura y el gesto fraternidad; cuando todo lo que palpita vibre en el ritmo de la armonía universal, entonces, recién entonces, empezará á realizarse el porvenir.

Pero mientras llegan esos tiempos de luz, tratemos de practicar la Justicia y la Mansedumbre, esas dos alas del hombre que nos permiten salvar los límites de la vida y entrar en la eternidad.

Seamos socialistas.

El Congreso Socialista Internacional

Amsterdán

Cuando la ciudad de los canales, de los callejones tristes y de las niñas rubias se vió inundada por la gran ola cosmopolita, que venía de todos los puntos del universo, con trajes raros, nuevas costumbres y gestos vibrantes; cuando en los cafés, en las plazas y en las aceras aparecían los grupos resueltos y las delegaciones de los países vecinos ó distantes acudían á la cita revolucionaria; cuando la vida sobria y parsimoniosa de la ciudad de Flandes se vió interrumpida y alterada por esa inyección de seres extraños que, hoscos, pensativos y sonrientes, traían como un relámpago de infinito, como un presentimiento de porvenires, como un escalofrío de locura ó de presciencia, las gentes recatadas y medrosas hicieron una mueca de desagrado, pronunciaron un *goeden nacht* más enérgico y se agazaparon con delicia, como tortuga bajo el caparazón, en sus ideas meticulosas y aseadas.

Amsterdán es una ciudad de buenas almas metódicas. La barba hirsuta de Cipriani, el sombrero de Ker Hardié, la melena de Guesde, y las corbatas desparejas é indóciles de Jaurés, tenían que levantar en Damrak ó en Kalverstrat un gran

rumor de comentarios. La despreocupación es aquí un defecto grave. Nadie se viste bien, pero nadie se viste mal tampoco. Ocurre lo que con los pensamientos. Los que más se consumen son aquellos que pasan inadvertidos.

*
* *

Las sesiones del Congreso han sido, durante los primeros días, estériles, como las de todos los congresos. En la confusión de delegados venidos de todas partes, en el atropello de reclamaciones y de exigencias, es difícil realizar obra útil. Se hizo necesario trabajar en las comisiones para significar los asuntos y adaptarlos á la discusión en asamblea general.

Lo que más dió que hablar fué, naturalmente, la cuestión de la táctica, la eterna cuestión de la táctica, que reaparece todos los años, como un fantasma, para aumentar las divisiones; ya nos sabemos de memoria lo que han podido decir sobre el asunto Guesde, Jaurés, Bebel, Vandervelde y Kautsky. Hace mucho tiempo que el socialismo internacional no se ocupa de otra cosa... Pero ha sido un torneo encantador para la *galerie.*

El caso nacional de la participación de los socialistas franceses en el gobierno, se ha discutido y fallado internacionalmente. Anseele, el célebre fundador de las grandes cooperativas belgas, lo hizo notar en un discurso un tanto agresivo. El Japón, la Bulgaria, la Hungría, el gran ducado de Luxemburgo y hasta Rusia, han dado su opinión sobre un caso que, según él, no pueden apreciar realmente, porque su situación política y su estado social es muy diferente del de Francia. Sin embargo, dentro del socialismo, las cosas no pue-

den ocurrir de otro modo, y es bueno que sea así, porque, de lo contrario, no habría manera de mantener la unidad universal del partido.

La Argentina dió su opinión también, y contribuyó con su voto al resultado final. Quien escribe estas líneas en plena batalla, en la inquietud y el vértigo de unas jornadas olvidables, tiene el honor de representarla en el Congreso. Cuando se votó en la comisión, hizo la declaración siguiente:

«El partido socialista argentino, pequeña unidad dentro del proletariado universal, no se reconoce el derecho de juzgar á sus precursores y de condenar la acción de una parte del proletariado francés. Además no quiere hacerlo. Tiene empeño en evitar todo lo que pudiera contribuir á transplantar la división á América. En esta lucha de tendencias, que no se ha hecho sentir seriamente entre nosotros, no estamos ni con éstos ni con aquéllos. Por eso no votaremos ninguna moción que contenga una censura. Los socialistas pueden diferir en la opinión sobre las diferentes tendencias, pero no deben agravar sus discordias frente á la sociedad capitalista, que aumenta diariamente el número y la gravedad de sus cohechos.»

El Congreso resolvió el asunto con un criterio más radical. Y la minoría se ha sometido, con esa disciplina que es el secreto de la fuerza. Pero se nos antoja que, al obrar así, nuestros compañeros han cedido á esa debilidad bien humana de delimitar la verdad y aprisionarla en fórmulas. No han hecho gala de un criterio muy amplio. Y no han querido recordar que la táctica ha sufrido muchas modificaciones desde los primeros congresos hasta nuestros días. ¿Quién responde del porvenir?

***

Estas grandes asambleas internacionales sirven, más que para resolver los asuntos, para acercar á los hombres. Y ya es mucho. Reunir á gentes nacidas en todas las comarcas del globo, hacerlas fraternizar durante una semana, agitar el espíritu internacianal y remover las fibras de todas las democracias, es cosa que merece algunos sacrificios. De ahí que, á pesar de la inevitable algarabía y de la consiguiente falta de prosecución en los trabajos, convenga multiplicar estas reuniones.

Desde la mesa de la Argentina, donde estoy con mi compañero de delegación, el diputado italiano Rondani, veo pasar á muchos hombres á quienes conocia de reputación, sin haberme acercado á ellos nunca: Pablo Iglesias, con su frente obstinada y sus ojos de monje antiguo; Pressensé, con sus patillas grises, su palabra vertiginosa y su gesto monótono; Kautsky, flaco, amarillo y miope, pero mentalmente invencible; Katayama, fisonomía típica de asiático; Ferri, meridional en los gestos y en el traje; Vandervelde, sereno é interiormente irónico; Hyndman, indiferente y jovial; Plekhanoff, adusto, como si llevase sobre los hombros toda la tiranía de las Rusias; Gerault-Richard, satisfecho, con su barba rubia peinada; Adler, incrédulo, ático y al propio tiempo convincente; Zetkin, entusiasta; Smit, correcto; Briand, nervioso, y Jaurés, manso, deferente y tímido, como un *bonhomme compagnard,* extraviado en una academia. Todos tienen la fisonomía de su carácter. Todos traen el alma á flor de ojos. Si Guesde parece un rapsoda-profeta, Ker Hardic un minero y Vaillant un profesor de matemáticas, es porque la fisonomía transparenta las preferencias interiores. Cada cual lleva en la frente, como prendido con

un alfiler, el nombre de la modalidad que le caracteriza.

Sobre todo, Roubanovitch, con quien he conversado largamente antes de que comenzara la sesión, jefe del partido *terrorista* ruso, arrastra consigo una leyenda misteriosa y fantástica. Se dice que es el instigador de todos los asesinatos políticos que se vienen consumando desde hace tiempo en el imperio del zar. Su vida inquieta, autoriza todas las suposiciones. Vive en París, en la calle Lhomond, pero hace viajes frecuentes y desaparece á menudo de una manera inesperada, sin que sus propios compañeros puedan explicarse el motivo.

De estatura regular, fornido y ágil, tiene la fisonomía clásica de los conspiradores rusos. Cabellera desordenada, barba negra en punta, labios espesos, nariz gruesa, ojos vivísimos que amenazan detrás de los lentes, todo denuncia en él al revolucionario audaz. Algunos periódicos le han atribuído una participación directa en el atentado de que fué víctima el ministro Plehve. El mismo se complace en dejarlo suponer.

Pero hay que tener en cuenta la poca seriedad de ciertas hojas y las debilidades de la mayoría de los hombres... Gerault Richard, me decía en cierta ocasión, hablando de la agitación en Rusia:

—Cuando un carruaje aplasta la cola á un perro en las calles de San Petersburgo, Roubanovitch recorre en París las redacciones de los periódicos: enjugándose la frente y diciendo: «Yo lo he ordenado.» Todo ello no es quizá más que un *bon mot* del director de *La Petite Republique*. Pero contribuye á precisar el perfil de la silueta.

***

Aun no ha terminado la última sesión, pero ya podemos juzgar, en síntesis, la obra del Congreso, Desde luego, cabe declarar que es relativamente considerable. Se ha fijado y delimitado cómo y en qué circunstancias puede ser útil la huelga general. Se ha dilucidado la interesante cuestión de los *trusts*. Se ha resuelto, aunque de una manera transitoria é insuficiente, el problema de la táctica. Y en cuanto se refiere á la política colonial, se han hecho declaraciones categóricas que destruyen el mal efecto producido por la Memoria del diputado holandés Van Kos.

Troélstra, que preside, está radioso. El Congreso ha tenido un éxito que no esperaban sus organizadores. Holanda ha salido bien de la prueba. Dentro de pocas horas, los congresistas se separarán, llevando un recuerdo grato de la hospitalidad recibida.

Algunos han venido á la sesión con sus maletas. Entre ellos Katayama, el delegado japonés.

—¿Parte usted para el Japón?—le pregunta un periodista.

Katayama le mira con asombro y se cruza de brazos.

—¿Cree usted que un socialista puede vivir en el Japón mientras dure la guerra?—responde.

—¿Y por qué no?

—Porque lo despedazarían los patriotas.

El periodista, sentencioso y paternal, hace una mueca. Se comprende que tiene algo que decir y busca la forma menos hiriente para expresarlo.

—Pero ¿el socialismo no es allá un partido legal, reconocido por la ley?

—Lejos de eso—responde Katayama ingenuamente—, dependemos del capricho de la autori-

dad, y aun en tiempos normales, tenemos que vivir en la sombra.

—Así me explico—concluye entonces sonriendo el corresponsal—que se nieguen ustedes á todo acercamiento con los partidos liberales ausentes.

Pero sobre el rumor de las conversaciones flota una voz grave. Una delegada polonesa, de pie, entona el himno de los trabajadores. En la gran sala tumultuosa serpentea un escalofrío ideal, y todos callamos...

Literatura de droguería

A pesar de la muerte del decadentismo, quedan aún en la atmósfera los gérmenes malos que nacieron de aquel movimiento artificial. Nadie se atreve á adoptar el nombre de la escuela, pero, voluntaria ó involuntariamente, muchos jóvenes mantienen dentro de su alma el estado enfermizo y la predisposición á lo maravilloso que fué la distintiva del grupo enamorado de exotismos geográficos y morales. En ciertos centros se continúa sacrificando la verdad á una pretendida belleza hecha de desequilibrio... Se podría decir que al perpetuar la concepción con menos franqueza, pero con igual daño para el arte verdadero, los sobrevivientes de la antigua manera de ver dormitan en un decadentismo vergonzante. Y como esa actitud entre recatada y diestra es quizá más peligrosa, conviene volver sobre el asunto, aprovechando la oportunidad que nos ofrece el reciente artículo de un «desertor» que, al hacer la historia del movimiento artístico del siglo pasado, ha referido sus impresiones en una revista francesa.

En España se ha formado en estos últimos tiempos una curiosa agrupación de «decandenti-

zantes», y como de América vino en cierto modo el mal, á un americano le corresponde la tarea de contribuir á combatirlo. Durante varios años, los demoníacos, los místicos, los perversos, todos los desequilibrados de la literatura, formaron un conventículo de delincuentes que pretendió imponerse á la salud y á la juventud del mundo nuevo. Apenas queda hoy memoria de tan lamentables fantasías. Pero ellas arrancaron muy justos sarcasmos á algunos escritores de Madrid, que no imaginaban por aquel tiempo que el mal podía comunicarse después á la madre patria.

Dadas las lentas é inevitables transformaciones del arte y del idioma, la literatura tiene que renovarse como la vida, y nuestro siglo complejo y febril exige cierta flexibilidad de lenguaje, cierta rapidez de expresión y cierta sinceridad de emociones que acabará por forzar los moldes de la gramática y las fórmulas artificiosas de la composición. De más está decir que no somos partidarios del clasicismo ni de la conservación de todo lo existente. Pero la rebelión en nosotros no se traduce en ímpetu, sino en razonamiento. No queremos salir de una *insinceridad* para caer en otra.

Si los estetas que se obstinan aún en asombrar á los transeuntes, dicen inspirarse en la reciente literatura francesa, es porque confían en no tener que demostrarlo. Desde luego, no imitan ni á Verlaine ni á Mallarmé, cuya delicadeza y cuya influencia sobre todos son innegables, sino á sus *pasticheurs,* á los del coro, á los que reemplazaron la sinceridad, morbosa, pero indiscutible, de los jefes, con la multiplicación de los ajenjos y el color de las vocales. Además, Verlaine y Mallarmé fueron «reciente literatura» hace un

cuarto de siglo. Los pensamientos y las modas no deben tardar tanto en atravesar los Pirineos, porque sería dar razón á los que afirman que cuando hasta Víctor Hugo había dejado en Francia de ser romántico, empezamos á discutir nosotros cautelosamente la nueva fórmula del arte difunto.

La verdad es que el decadentismo y el simbolismo han sido reemplazados en París como tendencia de última hora por lo que se ha dado en llamar el arte social. No discuto las excelencias ó los defectos de esta novísima orientación (aborrezco las *chapelles* y conservo siempre mi completa libertad de espíritu); pero constato que todo el vigor de la juventud, que todo el desborde de savia de las nuevas generaciones parece determinar una vuelta á la Naturaleza. Lo que hoy nos mueve es un gran deseo de verdad, de justicia, de arte supremo. Desdeñamos las pacotillas de la literatura de superficie, las palabrerías brillantes, los huecos párrafos y los «preciosismos» de los que hicieron aristocracia con las letras y creyeron ser exquisitos porque fueron indescifrables. Producto de una *juventud joven*, la reciente literatura tiende á ser clara, substanciosa, serena, atrevida en las concepciones é inspirada en grandes ideales de generosidad.

De Nietzsche, que fué la sanción filosófica del decadentismo, no quiere conservar más que lo que él tiene de aprovechable, en lo que se refiere á la estética. Si existe, como dijo el autor de *Así hablaba Zaratustra*, un «arte de las almas feas», que otros adhieren á su evangelio, nosotros pensamos que servirse del buril de sol para exteriorizar las llagas interiores, hacer la apología del mal, incitar al vicio y difundir ideas disolventes,

es olvidar que el artista es un alado conductor de humanidades. Su misión es guiar á los hombres por la selva misteriosa, camino del bien, hasta las cumbres bañadas por el sol. Parodiando la frase de Nietzsche, se puede decir que sólo existe un arte durable: el de las almas limpias....

En mi entender, estas cosas nunca se repiten demasiado. Si tuviera que aconsejar á un amigo, le diría: «El porvenir no será de los que más proyecten, sino de los que más hagan. Luchemos por hacer entrar en la vida nuestras concepciones. Trabajemos en transformar lo que nos rodea. Tengamos el valor de realizar lo que escribimos, de pensar con los brazos. El «superhombre» es un espejismo de nuestro orgullo. Seamos altos y robustos trabajadores del ideal, pero no dejemos de ser hombres llanos y sinceros. En vez de tener el patriotismo del «yo», tengamos el patriotismo de la especie. Luchemos en nombre de todos y para bien de todos. Y no imitemos al insecto pueril, que porque ha trepado sobre una espiga se cree dueño de la creación.»

Las esperanzas de los rezagados no parecen cumplirse. La literatura de droguería no arraigará nunca en España. Un país en que, cuando vamos á pedir un favor, el personaje importante, aunque sea el presidente del Consejo, nos dice: «Venga de ahí», no puede darse una fisonomía artificial ensayando nerviosidades que no encuadran con su carácter. Lo que conviene al alma española es sinceridad y claridad. Todo lo demás es «literatura», como decía Verlaine.

El modernismo que consiste en resucitar lo viejo y la revolución que predica el individualismo y la indiferencia social, son simples flores de incongruencia. Como las épocas han cambiado para

la literatura, conviene hacer un llamado fraternal á la razón. Los escritores no pueden obstinarse en ser un fenómeno al margen de la vida, un objeto de anticuario ó un pájaro aturdido, encargado de distraer los ocios de los demás. Tienen que empezar á ser al fin ciudadanos que luchan, que viven, que tienen convicciones como los otros. Su arte cobrará así mayor amplitud y será más humano. Porque una doctrina es una roca en medio del mar: sobre ella plegamos las alas para investigar el horizonte. Mientras que la incertidumbre, resultado de varias creencias que se combaten, es un estado de fatiga que nos impone aleteos nerviosos y febriles para no rodar al abismo. Abrigar convicciones, es hasta gozar de mayor libertad. Porque si los que tienen techo emprenden las excursiones más aventuradas, seguros como están de poder volver, ¿ocurre lo mismo á los que se sienten solos en el mundo y vacilan en la encrucijada, amedrentados por la profundidad de la noche? Lejos de los alquimistas y los anacoretas, la conciencia del artista quiere su puesto al sol. El creador de belleza, sin despojarse de sus vestiduras de ensueño, puede pagar su tributo al ideal en pleno Forum. Tenemos que ser algo más que los eternos proyectistas de la prole. Nuestro esfuerzo ha de tender á vencer los imposibles, á crear belleza en acción, á imponer nuestro ideal en la vida. Y así trabajaremos para el porvenir. Porque si lo raro puede retener un instante la atención de los ahitos, sólo lo justo perdura.

En vez de encerrarnos en torres de marfil, hagamos navegar nuestras barcas de ensueño por la vida tumultuosa y sin límites. La belleza durable no es más que un producto de la inteligente sinceridad. Nada tan efímero dentro del arte como

las «actitudes». «Los únicos grandes hombres —escribía recientemente un notable crítico francés—son los que rectifican el error de la multitud y á las ideas directoras viejas sustituyen un ideal de vida nuevo, practicable y realizable.»

El catecismo de todo jornalero de la gloria debiera ser el que apuntaba no ha mucho Octavio Mirbeau hablando del famoso pintor Pissarro: «Se ha hecho del papel social del artista una concepción ancha y sana, que le ha preservado siempre de la manía del particularismo y de la divinización, manía que mata á la mayor parte de los hinchados de orgullo. No cree que el pintor sea un ser de esencia supraterrestre que esté por encima de sus conciudadanos. Piensa que *está en la humanidad* al mismo título que el poeta, el agricultor, el médico, el herrero, el químico, el obrero que teje, el que serrucha, el que da forma al cobre... Para él, el pintor, no realiza una misión esotérica ó de lujo; concurre como todos los que hacen algo útil ó algo bello á la obra de armonía general, que consiste en expresar el universo según las aptitudes individuales.» Son palabras serenas y profundas que nos dejan entrever el porvenir y nos muestran la vanidad de la literatura de droguería.

La última novela de Blasco Ibáñez [1]

Ya me he ocupado en otra circunstancia del célebre novelista valenciano y he tenido oportunidad de decir mi aprecio sincero, mi agradecimiento de artista y de demócrata, por su asombrosa floración, llena de vida, de sinceridad y de fuerza. Esos libros sólidos y altruístas me arrancaron, hace algún tiempo, un aplauso sin reticencias, que á algunos les supo mal, pero que renuevo ahora con la misma ingenuidad consciente, porque creo que ningún contemporáneo ha realizado en España la obra saludable y altísima que hace honor á ese gran poeta de la prosa que se llama Blasco Ibáñez.

Un hábil cortesano de la crítica encontraría medio de aprobar—y de adular quizá—sin pronunciar palabras definitivas; conservando esa aparente imparcialidad temerosa que permite quedar bien con todos, menos consigo mismo. Yo entiendo que lo mejor de los hombres es el ímpetu espontáneo, y no he vacilado nunca en entregarme á él, aun en aquellos momentos en que desde lejos he medido las consecuencias enojosas.

---

(1) Este artículo se escribió al publicar el señor Blasco Ibáñez su novela *El Intruso*. Posteriormente el novelista valenciano ha publicado varias obras.—*(Nota de los editores.)*

No es este el caso, ni con mucho; que aplaudir á un noble artista sólo refleja honor sobre el que aplaude... Ya es tiempo de olvidar esos pobres egoísmos que nos hacen volver la cara ante la obra de los maestros, de los colegas, de los rivales. En las épocas en que entramos, los escritores no pueden seguir haciéndose una guerra de comerciantes de ultramarinos. Puesto que nuestro ideal no es el propio encumbramiento, sino la belleza y la justicia, sepamos celebrarlas en los demás como en nosotros, que hay más satisfacción en tributar un elogio bien ganado que en recibir uno injusto.

La última novela de Blasco Ibáñez, es el libro más representativo y más *social* que se ha publicado en España desde hace mucho tiempo. A la manera de Zola, con quien compite, refleja el autor toda una sociedad, toda una vida. Y si como obra literaria tiene *El Intruso* los más altos méritos, como libro de lucha y de sociología vale una revolución. Esa literatura de ideas, de principios, de consecuencias, que está consumando hoy en Francia una gran transformación mental, no ha sido casi *sentida* del otro lado de los Pirineos.

En España persiste aún la añeja concepción del arte por el arte, y ello es de lamentar, porque en nuestro siglo, hermosa y tumultuosamente igualitario, la letra impresa, más que un lujo de los favorecidos por la suerte, ha de ser la mano luminosa que indica el camino de las reparaciones. Blasco Ibáñez lo ha entendido así, y ese deseo da aureola á su volumen.

En nuestra naciente literatura sudamericana, la orientación se ha definido ya. Sicardi, con sus novelas durables; Darío, con sus cantos á Roosevelt; Carrillo, con sus prosas dignas de Houssaye ó de Scholl; Ingegnieros, con sus bellos estudios

de patología; Vargas Vila, con sus novelas vibrantes; Lugones, con sus versos grandiosos; Sánchez y Payró, con sus dramas que fundan un teatro; Rojas, con sus rimas bravas; Chocano, con sus ímpetus; Ghiraldo, con sus apóstrofes; Echagüe Olivera y Becker, con su fina apreciación; el que estas líneas escribe, con su labor tenaz, y tantos otros que no cito, pero que todos conocen, han dado nacimiento á un arte de ventanas abiertas, de verdades estentóreas, que ha tenido una prolongación singular sobre los hechos y ha dado origen á una formidable ebullición de la democracia. Porque el arte sólo se concibe hoy así. Espada florecida de arabescos, pero espada con filo.

Sobre este punto acabo de hacer una *enquête* entre los escritores jóvenes de Francia, y casi todos me han contestado, como Saint Georges de Bouhélier, que la «nueva generación está enamorada de vida activa, ardiente, popular y social.» Lejos de retirarse del tumulto, los que tienen una pluma, tienden á mezclarse á él. Por esa razón, porque se ha adelantado á lo que vendrá, creo que la obra de Blasco Ibáñez será más celebrada aún dentro de cincuenta ó cien años que ahora.

Se adivina que los hombres que dominarán el porvenir serán aquellos que ofrezcan más sinceridad y más vigor ingenuo. Convicción, firmeza, frescura en las sensaciones: he ahí las cualidades que serán imprescindibles para ejercer una influencia en las épocas futuras. Los «artificiales» están destinados á ser víctimas de su propia doblez. Porque por un prodigio inconcebible, estamos llevando la vida á una situación maravillosamente moderna y prometedora: de hoy más, para vencer, será indispensable ser bueno.

Sobre la guerra

Como no se habla más que de la guerra, todos los extranjeros que llegan á París traen estas preguntas entre los labios:

—¿Por qué razón son los franceses tan ciegamente partidarios de los rusos? ¿Qué tradiciones, ó qué dificultades desconocidas separan á Francia del Japón? El entusiasmo con que se aclama todo lo moscovita, y la hostilidad con que se recibe todo lo japonés, ¿es fruto de un cálculo diplomático ó de una simpatía real?

Desde luego, la alianza entra por mucho en el asunto. Toda una prensa entusiasta y meridional viene cantando, desde hace tiempo, los méritos y las ventajas de la amistad con Rusia. El pueblo ha acabado por creer que de esa amistad depende el porvenir del país.

Por otra parte, dígase lo que se diga, y á pesar de la acción coutraria del gobierno actual, subsiste aquí un espíritu reaccionario y conservador que se inclina al imperio tradicional, y no á monarquía moderna y adelantada.

Son dos razones.

Pero más que de la alianza y que de las ana-

logías de carácter, más que del nacionalismo y que de los intereses económicos, deriva este *emballement* de una quimera.

La culpa la tiene don Quijote.

—¿Don Quijote?

Formularemos la explicación.

El ingenioso hidalgo, aunque manchego, ha dejado sus mejores discípulos junto al Sena. El francés, tan razonador, tan filósofo y tan amigo de las certidumbres, es un niño inquieto así que oye una música militar. Además, sus atavismos le empujan. Durante la Revolución fué el gran desfacedor de entuertos internacionales. Esa política ha hecho gala siempre de un lirismo simpático. Su historia está llena de gallardías.

Cuando estalló la guerra del Transvaal, *don Quichotte*—porque ya no es don Quijote, sino *don Quichotte,* á la francesa—estuvo á punto de salir á buscar nuevas aventuras. Felizmente pudo más el buen sentido. Y el heroico iluminado se quedó en su mansión, releyendo los polvorientos libros de caballería. Pero está de más decir que se quedó de mala gana, gruñendo, retorciéndose el mostacho y murmurando entre dientes...

Ahora, con motivo de la guerra rusojaponesa, Francia ha caído en una nueva crisis, quizá más grave que la anterior. Las noticias de los fracasos sufridos por la armada rusa exasperan la inquietud generosa y guerrera del pueblo. La masa desearía intervenir. *Le vieux gauloil tâte son epée.* «No ayudar á los rusos, sería faltar á la palabra», dice. La atmósfera está espesa de ese espíritu caballeresco que ha engendrado tantas tonterías. Y los pocos que reflexionan, se ven en apuros para contener tan marciales como peligrosos ímpetus.

Otros pueblos, son calculadores y egoístas;

Francia es infantilmente ingenua. No se lo reprochamos. Por el contrario, nuestro temperamento nos hace simpatizar con ella, aunque nuestra razón nos dice que es á los otros á quienes debemos imitar. Entre Sancho y don Quijote, nos quedamos con don Quijote. Aunque, mirándolo bien, ¿puede vivir el personaje de Cervantes en el siglo XX?

Sin contar con que se nos presente otro problema. ¿A quién le asiste la razón en el litigio, al oso ruso, ó al leopardo japonés?... Ante tales incertidumbres, pensamos que lo más digno del célebre caballero sería, en buena lógica, hacer llevar las cabalgaduras á la caballeriza, pedir un aposento, y endilgarle á Sancho un buen discurso sobre la sinrazón y la injusticia de la guerra.

***

Pero no es sólo el quijotismo lo que ha provocado esta situación. *Les affaires sont les affaires*, como en el drama á la moda.

Los enormes capitales invertidos en la deuda rusa, los empréstitos y otros asuntos monetarios, quieren que la gente de este país, haga especiales votos por la victoria de los ejércitos de Nicolás II. Cuando uno de nuestros deudores tiene un pleito con otro particular, deseamos, naturalmente, que lo gane, para asegurarnos así el pago del amistoso préstamo. No deja de ser lamentable que queden pospuestas las cosas de la justicia á las del interés... Pero no está en nuestras manos modificar los hechos. Y vale más herir las susceptibilidades mostrándolos como son, que contribuir á perpetuarlos, disimulando su sentido.

Lo cierto es que en todas las conversaciones aparecen como una ansiedad de jugador que sigue el movimiento de los naipes.

Sobre todo, en el mundo de los negocios. Entre los grupos delirantes que vocean en la Bolsa, suele pasar, al atardecer, un rápido escalofrío. Es la visión de una Rusia humillada, conducida de derrota en derrota hasta los límites, obligada á capitular, á someterse y á agazaparse en los hielos; es la fuga desordenada de las legiones del zar, que se dispersan atónitas, abandonando en el llano sus ambiciones, sus derechos y sus banderas; es la previsión roja de terribles levantamientos que devastan el país, lo desmigajan y lo agrietan, hasta consumar el desastre; es, en fin, la pesadilla fúnebre de los millones confiados á la galera desmantelada, cuyos remeros, lívidos, alzan los brazos y los crispan, en una imprecación contra las tormentas... Pero muy pronto vuelve á brillar el sol, renace la placidez... y se negocia, con más ó menos dificultades, un nuevo empréstito.

En el fondo, los especuladores no abandonan su confianza. Se han rodeado de tales precauciones, que nunca podrán perder una suma apreciable. Lo único que parecen prever es un ligero pánico, que siempre les permitirá salir ilesos. Es sabido que en esas circunstancias, como en los incendios de los teatros, los únicos que peligran son los débiles. Cuando todos huyen cerrando bruscamente las puertas, siempre hay un perro lastimado en la cola.



—¿Es usted *ruso* ó *japonés?*

Resultaba un juego de salón entretenido. Según la respuesta se clasifica al hombre. Y quien conoce al hombre adivina la respuesta.

Pero hay algunos que se meten las manos en los bolsillos, esconden una sonrisa irónica, y contestan con aparente timidez:

—Yo, señora, tengo que confesar que soy partidario de la paz.

—Muy bien—se le responde—; aquí todos no somos como usted, pero eso no nos impide mamanifestar las simpatías.

—Permitidme—replica el disidente—; quizá me equivoco; pero temo que si el apasionamiento disculpa á los que riñen, no disculpa á los que apuestan desde afuera.

Sin embargo, muy pocos se resisten á tomar partido. La costumbre nos lleva á elegir entre lo existente, y no á perseguir lo que verdaderamente deseamos. Hasta ahora hemos vivido de «menos mal». Así se explica la lentitud de la marcha...

—Yo soy partidario de los rusos, porque defienden la civilización—declara un tradicionalista.

—Yo de los japoneses, porque representan el progreso—arguye un liberal.

—¿La civilización y el progreso, serán, como legalidad, lo que triunfe?—pregunta un filósofo.

—Las batallas se ganan con cerebros—murmura convencido un idealista.

—Faltaban cañones—suspira angustiado un militar.

—Los pueblos nuevos...—comienza un orador entusiasmado...

Todos tienen algo que decir y nadie resuelve nada con lo que dice... Es una selva espesa de palabras. Aquí resuena un eco grave: «Rusia tiene

innegables derechos sobre Corea.» Allá uno irritado: «Mayores derechos tiene el Japón.» Más lejos un grito irónico: «¿Pero Corea no tiene pretensiones sobre Corea?» Y en todas partes el clamor ancestral: «¡Viva la victoria!»

Babel de ambiciones y de apasionamientos, el ambiente creado por la guerra es demasiado enervante para que nos sea dado juzgar las cosas con la necesaria tranquilidad. Pero á pesar de todo, me ha parecido útil recoger algunos perfiles, y referir, en una crónica breve, algo de lo que se conversa.

El arte de hoy

SEÑORAS, SEÑORES:

Estas fiestas son para el arte como un día de primavera en la monotonía gris de los inviernos. En ciudades dormidas para la belleza, en países en formación cuyas energías todas están acaparadas por la producción y por la fiebre de la vida comercial, nada es más hermoso que ver surgir un rayo de sol y apercibir una claridad de aurora.

No condenamos la actividad de la producción y el empuje industrial, que es la distintiva de las agrupaciones modernas; antes bien, creemos que como el arte es un resultante progreso, sólo puede florecer en los países adelantados.

Lejos de nosotros la vieja concepción arcaica, que hacía de él una antítesis de la vida y una originalidad arqueológica. Hoy creemos que la poesía no es una mujer maniática que huye de la esferescencia común y se refugia en los museos, sino una ingenua y sana fuerza joven que es contemporánea de toda la existencia. Los artistas, lejos de aislarse como antes en ridículas torres de cartón, comienzan á descender al llano, á codearse con nosotros, á participar de nuestra vida.

Pero por más que traten de conciliar esas dos

fuerzas que se llaman la realidad y el ensueño, no lo consiguen todavía completamente, sobre todo en nuestro país, donde las preocupaciones materiales parecen acaparar, por ahora, la atención de todos.

Por eso es por lo que nos regocijan estas manifestaciones, en que la belleza vuelve á ocupar su sitio de honor entre los hombres. Porque la vida no es sólo afán de lucro, sed de riqueza y de bienestar material; ella nos reserva también muchas satisfacciones morales que, combinadas con las otras, forman ese conjunto matizado de sombra y de luz, de fuerza y de gracia, de realidad y de quimera, que se enlaza y se escalona en todas las gradaciones de la efervescencia humana.

En la vida no hay colores completamente definidos ni verdades absolutas. Los gestos decisivos sólo pudieron existir dentro de la hermosa inverosimilitud de los teatros. Un artista que pretenda hacer abstracción de la vida real, que se encastille en su aislamiento, que se emborrache de imaginación y que afecte cerrar los ojos ante el tropel que pasa, se condenará fatalmente á estar en contradicción consigo mismo, porque el hombre depende del medio y es imposible romper con lo que nos rodea.

Pero más difícil que vivir el ensueño sin la vida nos parece aún vivir la vida sin el ensueño.

El más empecinado especulador, el más frío capitalista, el industrial más utilitario, sienten de tiempo en tiempo la necesidad imperiosa de recrear sus ojos en una obra de arte, de oir los períodos de un discurso, de recorrer las páginas de un libro. Nadie se atreve á negar la necesidad del arte. Unos lo consideran como adorno, otros como fin. Unos se sirven de él para recrearse, otros lo

convierten en su preocupación única. Pero todos están de acuerdo para afirmar que en la vida tiene que coexistir el espíritu práctico y el ansia de ideal, esas dos síntesis ó resultantes del hombre, como en el hombre mismo coexisten la preocupación del bienestar inmediato que nos hace perdurar, y el empuje confuso y arrebatado hacia el infinito que nos pone alas en la mente y nos diluye en el universo.

Se ha dicho que el arte empieza á descender hoy de las cimas y á penetrar todas las cosas. Algunos ven en ello una disminución.

Nosotros creemos que es un síntoma de que los cerebros se ensanchan y de que hay mayor número de hombres que empiezan á vivir la plena vida. Por eso no debemos mirar con desdén las aplicaciones del arte á los objetos corrientes. La belleza y el buen gusto no pueden seguir siendo eternamente un anexo al lujo de los ricos. De acuerdo con el empuje democrático que lo difunde y lo generaliza todo, el arte baja de sus antiguas torres, entra en la existencia, se infiltra en sus manifestaciones y empieza á ocupar su verdadero puesto en medio de nosotros.

Su fin es embellecer la vida, y al mezclarse en los detalles de los objetos que nos rodean, está de acuerdo con su misión. Poco importa que esas aplicaciones industriales sean combatidas por los rezagados que sueñan en particularizaciones y absolutismos. Dejémosle dormir su sueño estéril. Hacer entrar el arte en la vida, es como dejar entrar al sol por la ventana. Abramos todas las ventanas de nuestro espíritu. Ningún placer mayor que el que puede ofrecernos la intelectualidad. El arte sano y vigoroso, es un complemento, un pedestal y una bandera.

La sociedad *Estímulo de Bellas Artes* ha realizado entre nosotros una obra tan meritoria, tan alta y tan digna de encomio, que cuantos elogios se le puedan hacer parecerían pálidos é insuficientes.

No era tarea fácil crear en una ciudad en formación, donde falta el tiempo y la vocación por el estudio, un refugio y un centro para el ideal olvidado. Las luchas de las primeras épocas han debido ser portentosas. Los iniciadores han debido estar más de una vez á punto de renunciar á la lucha y abandonar la iniciativa. Pero les empujaba un propósito tan noble, que realizaron el imposible. La buena causa triunfó por su propia virtud, por su excelencia misma. Y después de algunos años, tenemos la satisfacción de asistir hoy á estas hermosas fiestas anuales que son la recompensa al trabajo y á la inteligencia.

Hay en Buenos Aires un grupo de hombres que, por su talento, su perseverancia y su desinterés, merecen ocupar un lugar en el corazón de todos los amigos de la belleza. En medio de la hostilidad, la indiferencia ó la incredulidad de las mayorías, han trabajado sin reposo y han vencido. Sus nombres, que no citaré, porque están en todas las bocas, forman lo que mañana, en las inevitables justicias del porvenir, será la lista de oro de nuestro arte naciente. Gloria á ellos, que han sabido ver por encima del achatamiento contemporáneo; gloria á ellos que, movidos por un propósito altruísta, han levantado las bases de nuestro arte futuro. Para ellos pido ahora como recompensa—porque los artistas se contentan con poco y son divinos ingenuos, nobles ilusos, que dan á los jardines más importancia que á las casas bancarias—, para ellos pido ahora, en esta

asamblea, compuesta también de artistas ó de aficionados al arte, el homenaje merecido. ¡Un aplauso en honor de los trabajadores del ideal!

Días pasados visitaba yo en compañía de algunos de ellos esa admirable colmena, que es la *Sociedad Estímulo de Bellas Artes*. El edificio del *Bon Marché* y la puerta que da entrada á esa noble escuela de belleza, no dejan sospechar la actividad intelectual que hay en las vastas salas, que resultan estrechas para los centenares de estudiantes animosos que, bajo la luz amarilla, atados á la labor, trabajan y se esfuerzan por arrancar al modelo la realidad de las formas, por dar al rasgo la precisión de la vida, por robarle á la Naturaleza sus secretos. El recién llegado se impresiona y calla ante tan hermoso conjunto, que evoca no sé qué pensamientos que ennoblecen al hombre. Parece que sobre esos cuerpos inclinados, pasa, en la altura, una silueta blanca de mujer imposible, envuelta en túnica de ensueño, que, con un dedo sobre los labios, como si impusiera silencio al aire, deja caer flores invisibles sobre los cerebros y sobre los corazones. Aquella juventud es como una cosecha. Las salas son campos donde germina el porvenir. Y cuando el visitante abandona ese medio, cuando sale de ese laboratorio intelectual, se siente oprimido por una sensación indefinible... Recuerdo que esa noche, al despedirnos, estreché la mano á Eduardo Sivori, sin encontrar qué decir.

Jóvenes estudiantes:

Compañeros de ideal:

Mi conferencia no puede ser larga ni docta, porque es sincera. Lejos de mí los consejos pretenciosos y las exhortaciones al estudio. Vosotros sabéis lo que conviene hacer, porque lleváis la

vocación en los ojos. Permitidme solamente que os refiera una historia sencilla que yo no sé si me han contado en sueños.

En un país lejano, del cual se habían olvidado las geografías, en un bello país sin historia, donde las gentes vivían de vida real, y no de recuerdos como vivimos nosotros, moraba un hombre sano y fuerte como un roble, alegre como un despertar y soñador como el silencio.

El hombre tenía una granja, un campo de trigo y un pájaro azul que cantaba desde el amanecer, con un canto tan suave y á la vez tan poderoso, que se hacía oir de todos los habitantes de la planicie. Nadie pasaba por el lugar sin decir su admiración por los gorjeos de aquella ave divina. Los mismos campesinos se recreaban escuchándola. Y como el sol bañaba las tierras, la temperatura era propicia y la cosecha abundante; la región olvidada por las geografías era por aquel tiempo la más feliz de todas.

Pero ninguna felicidad es eterna, y aun los países de ensueño están abiertos al mal. Un campesino creyó descubrir cierta vez que el ave consumía demasiado trigo, desenterraba las semillas de los campos y distraía á los labradores de su tarea.

Este hombre transmitió su opinión á otro, éste á un tercero, y se formó una corriente hostil contra el cantor admirado. El interés mezquino hizo olvidar los gorjeos deliciosos. La hostilidad creció y fué unánime. Los agricultores afirmaron que, de seguir así, se arruinarían todos. Y á pesar de las protestas de algún soñador, se entendieron con un traficante que se llevó al pájaro azul hacia otras tierras.

Se creía que los beneficios serían así mayores. Suponían que, suprimida la causa de diversión,

las gentes trabajarían más. Imaginaban que llegarían á tener mejor idea de sí mismos haciendo desaparecer al cantor... Pero el Ideal se venga de muy diversos modos. Desde que desterraron al pájaro azul, ni el sol baña las tierras, ni la temperatura fué propicia, ni la cosecha resultó abundante. Las gentes palidecieron y se tornaron agrias y descontentadizas. La región cambió de aspecto, y todos comenzaron á caer en la cuenta de que era el pájaro azul el que la había hecho feliz, el que le había dado su abundancia y sus goces.

Desgraciadamente ya era tarde, el pájaro azul estaba muy lejos, y aquellos hombres rudos, privados de la felicidad por su propia torpeza, tuvieron que resignarse á entrar en la historia y figurar en las geografías.

No olvidemos que el arte es el pájaro azul de la humanidad. En vez de serle hostil, alimentémoslo con rosas.

La inmigración

Muy estimado señor director y amigo:

Acabo de leer en *El País* de Buenos Aires del 19 de Septiembre un suelto afectuoso, aunque discrepante, en el que se comenta con disgusto mi actitud en el Congreso Socialista de Amsterdán, y como no quiero que un diario que estimo, donde he colaborado, y que ha tenido siempre para mí las más amistosas atenciones, caiga en la tentación de juzgarme capaz de decir más de lo que guste, me apresuro á escribir estas líneas, que, por otra parte, me procuran el placer de visitar de nuevo las columnas donde tantos artículos míos se publicaron, y de fraternizar otra vez con los antiguos compañeros.

No he llevado, como se dice, «demasiado lejos mi tendencia progresista», ni he caído en error presentando á la Argentina como país atrasado, en el cual la vida del trabajador es penosa por falta de libertad y de protección del Estado». He dicho simplemente, lo que nace y se deduce de mis convicciones socialistas.

Sin desear herir á ninguno de nuestros partidos políticos, fuerza me es recordar que hasta ahora las luchas entre nosotros han sido de sim-

patías personales, de influencias, de patriotismos concéntricos, que van desde el individuo hasta la región. Es una concepción de la vida que no comparto, pero que puede, en muchos casos, ser sincera. De ahí que la combata con mesura, aunque sin dejar de afirmar claramente la mía, que es diametralmente contraria.

Ahora bien; para los que ajustamos nuestra vida á principios sancionados de antemano, no caben actitudes de sorpresa. Con anticipación se puede decir cómo procederemos en cualquier situación. A menos de romper con nuestro ideal y colocarnos voluntariamente fuera de nuestro programa, estamos á ello obligados para ser lógicos con nosotros mismos. Si le hubieran preguntado á cualquier socialista: «¿Cómo encarará Ugarte en Amsterdán el problema de la emigración artificial?», es indudable que hubiera contestado: «Se declarará contra ella.» Dadas mis opiniones, afirmadas tantas veces, dada la doctrina filosófica que sostengo, lo que hubiera podido sorprender es que no pensara así. Además, mi partido había resuelto el asunto de esa forma, y yo no era en Amsterdán más que su modesto portavoz.

Nosotros queremos que los intereses personales ó colectivos estén subordinados á la justicia, y no que la justicia sea una sanción de los intereses personales ó colectivos. En el caso en que nuestra conveniencia individual ó la del grupo social ó nacional á que pertenecemos esté en contradicción con lo que *debe ser,* ó resulte nociva ó peligrosa para otro hombre ó grupo de hombres, pensamos que conviene sacrificarnos, hacer recular nuestro egoísmo y dar razón á los que la tienen, posponiendo nuestras aspiraciones y nuestro orgullo al derecho y al humanitarismo.

Así como, nacido en el seno de una clase que disfruta de todos los privilegios y domina á los demás, me he dado cuenta en un momento de mi vida, de la guerra social que nos consume, de la injusticia que nos rodea, del crimen colectivo de la clase dominante, y he dicho, rompiendo con todo lo que me podía retener: «Yo no me quiero manchar las manos, me voy con las víctimas»; así como educado en un medio, si no de fanatismo, por lo menos de acatamiento á las ideas corrientes, me he convencido á tiempo del error en que todos estaban—error sincero, es necesario confesarlo—, y á riesgo de desgarrar el alma de los míos, he roto con las leyendas, he levantado bandera de razón y he exclamado: «Yo no repito fórmulas anticuadas, quiero que triunfe la verdad, aunque me lastime»; así también, apegado como el que más á mi terruño y á mis paisajes familiares, amante del país en que nací y ligado á sus destinos, cuando he comprendido que, en un problema que no ataca ni con mucho su vitalidad y su porvenir, estaban sus intereses en contradicción con los de la mayoría de los hombres, no he vacilado en vencer mis preferencias, acallar mis egoísmos y decir: «Sálvense ante todo la justicia y los intereses de la humanidad.»

Pero el asunto no es tan grave como se cree, y no hay razón para calificar mi actitud de antipatriótica.

En esto de la inmigración todos repiten afirmaciones tradicionales, que muy pocos discuten en su conciencia.

El estribillo es: «El país necesita ser poblado, hay que atraer á los emigrantes.» Yo me permitiré preguntar qué es lo que entendemos, al hablar así, por «el país».

Bien sabemos que «el país», por antonomasia, es la representación de la colectividad, el pedazo de planeta y de humanidad en sus relaciones con los otros pedazos. Y no negamos que su importancia y su influencia serían en este sentido tanto mayores, cuanto mayor fuese el número de sus habitantes.

Pero hay otro «país» más tangible, más importante aún, que es el de «adentro». Y en este caso, el «país», ¿es la minoría de industriales ó ganaderos que podrán, dada la abundancia, reclutar sus obreros á un precio inferior, ó las multitudes cuyo trabajo mal retribuído lo será peor aún, si, sin dosificar la inmigración según el crecimiento paulatino del conjunto, nos empeñamos en seguir aspirando artificialmente todo cuanto huelga en Europa?

Entiéndase bien nuestro pensamiento. Nosotros somos partidarios de abrir las puertas de par en par á todos los hombres de todos los países y de todas las razas. Sólo que esos hombres han de venir por iniciativa propia, seducidos por certidumbres favorables y no por inexactitudes y exageraciones de los interesados en exportarlos.

Tengo para mí que sólo la inmigración espontánea, la que viene atraída por leyes más conciliantes, costumbres más francas, vida menos dura, libertad menos restringida, aire más puro y mayores comodidades en la existencia, es la que puede beneficiar realmente á un Estado. La inmigración de agencias especiales, de emisarios retribuídos y de promesas falsas, es un procedimiento ineficaz, anticuado y censurable. Por eso lo he combatido en el congreso de Amsterdán, como lo combatiré siempre con incansable energía.

Pero hechas estas declaraciones esenciales, séame permitido restablecer los hechos en lo que respecta al reproche de haber «presentado á la Argentina como un país atrasado, en el cual la vida del trabajador es penosa por falta de libertad y de protección del Estado». El caso particular de la Argentina no ha estado un solo instante en disensión. Si su delegado fué elegido miembro informante de la comisión encargada de estudiar el asunto, ello se debe á una deferencia que nos honra á todos. Pero nuestros debates, nuestro proyecto de resolución y mi informe, encaraban el asunto de la emigración desde un punto de vista universal.

Ello se aplica igualmente á la emigración italiana al Sur de Francia y de Austria, á la emigración alemana á los Estados Unidos, á la situación de los polacos en Rusia y de los belgas en el Pas-de-Calais, á la emigración china y á todos los casos ó circunstancias en que una fracción de pueblo traspasa la frontera por ir á habitar otros territorios. La Argentina es innegablemente un gran país de inmigración, pero no es ni el único, ni el más importante. Los Estados Unidos, Australia y hasta algunas colonias como Argelia, sin contar los otros Estados de la América del Sur, le disputan el privilegio de atraer y recibir el sobrante de población de determinadas naciones. De suerte que en la comisión de la emigración, donde había delegados de Alemania, Bélgica, Francia, Inglaterra, Estados Unidos, Suiza, Noruega, Australia, Italia, Servia, Rusia, etc. etc., se discutió el problema en conjunto y se redactó un proyecto de resolución internacional, aplicable á las diversas naciones y á los diferentes casos. Se trata de fenómenos generales que se constatan en todos

los países y que en todos revisten los mismos caracteres. Por eso me parece arriesgado calificar de antipatriótica una actitud que puede ser buena ó mala, pero que es independiente de las nacionalidades y que se aplica á todas ellas. Si se tratara de una resolución especial dirigida contra la Argentina, la palabra podría en cierto modo explicarse. Pero en el caso que nos ocupa me parece, por lo menos, injustificada.

Sea dicho todo esto sin ninguna animosidad contra el comentador amable que escribió el suelto, quizá con la precipitación con que se escribe todo en la vorágine de las redacciones.

El *compte rendu* deficiente de *L'Humanité*, pudo inducirle en error, y no sería juicioso cargarle con todas las culpas. Por lo demás, la vida nos enseña que sobre cien errores, noventa y nueve son involuntarios. ¿Cómo no ha de serlo este, nacido en un periódico cuya simpatía amistosa no puedo poner en duda?

Publicada la rectificación y cerrado el paréntesis, no me queda más que agradecer afectuosamente al señor director de *El País* su hospitalidad y la buena ocasión que me ha ofrecido de reiterarle las seguridades de mi consideración afectuosa.

La lucha de clases y el humanitarismo

Al doctor Adolfo Saldías, vicegobernador de la provincia de Buenos Aires.

Muy distinguido doctor y querido amigo:

Leo su carta fresca y brillante, como suya, y admiro la flexibilidad de su inteligencia, abierta á todo lo que palpita y lo que vive. Sin embargo, no estoy de acuerdo con usted en todos los puntos, y aunque no cabe una tentativa de polémica en las cuatro líneas de una respuesta amistosa, quiero precisar mi manera de ver en lo que se refiere á la lucha de clases, que es la base y la razón de ser de nuestro partido.

Como Magnaud, usted ha sabido dictar fallos generosos y revolucionarios por su mansedumbre; como todos los hombres que no han hecho del egoísmo el pedestal de su vida, usted se siente inclinado á atenuar la injusticia de las desigualdades de fortuna y á imaginar nuevas fórmulas de concordia social.

Pero esa tendencia, honrosa y digna de todo aplauso, no es más que una variante del humanitarismo de Hugo.

Nosotros vamos mucho más lejos.

No nos contentamos con atacar los males más

visibles; descubrimos las fuentes y tratamos de llevar la equidad igualitaria hasta los orígenes.

Como socialistas, creemos que, si no hay antagonismo entre el capital y el trabajo, porque son dos cosas que se completan, lo hay, y muy grave, entre la clase social que produce la riqueza y la clase social que de ella disfruta. De ahí que entendamos que comprobar ciertos conflictos no es sembrar la discordia y dividir á la sociedad en dos campos intransigentes, sino *situar* el problema, hacerlo tangible y empujarlo hacia soluciones prácticas.

Bien sabe usted que el odio está desterrado de nuestro ideal. Nuestro propósito es implantar entre los hombres la solidaridad y la concordia, poner punto á la guerra civil de todas las horas, reconciliar á la prole y dar á cada cual, dentro de una sociedad refundida, la mayor suma de felicidad y libertad posibles.

No ignoro que, según algunos, en el estado presente, nuestro ideal apaciguador, toma, en ciertos casos, un matiz guerrero. Para los tímidos, la huelga misma es un acto de coerción. Sin embargo, no es difícil descubrir que esa crispación transitoria de las energías proletarias, esa *mise en demeure* ocasional de los explotados, no es más que una consecuencia lógica, una sanción legítima de la tiranía sistemática é incansable que ejercen los favorecidos por la suerte.

La brusca cesación del trabajo no es un ardid del obrero para imponer una voluntad más ó menos justificada, sino un recurso para atenuar ó contener momentáneamente la imposición diaria y envilecedora de que es víctima. Cruzarse de brazos no es atacar. Al desertar los talleres, el obrero no provoca; responde á la provocación del que le

emplea, retirándose con dignidad de la casa. Y es de advertir que al hacerlo, no llama en su ayuda, como los patronos, á los batallones de gendarmes.

El ideal armonizador del socialismo no se desmiente en ninguna circunstancia. Condenamos la guerra, la pena de muerte y en general todo abuso de la fuerza. Perseguimos una coordinación más sabia de las voluntades. Somos pacifistas, colectiva y personalmente. Pero de ahí á soportar la injusticia sin protesta, media un abismo. Decir que los obreros que se resisten á la tiranía patronal y hacen una huelga tumultuosa y rompen algunos vidrios provocan la discordia en la sociedad, es como afirmar que delinque el reo al defenderse cuando le arrastran á la guillotina.

Al crispar los puños y afirmarse para no avanzar, no hace el desgraciado más que movimientos perfectamente humanos y legítimos. La provocación constante, la verdadera excitación á la guerra civil, está en la insolente tranquilidad con que los potentados se atiborran de riquezas, mientras los productores de esa riqueza llevan una vida obscura de privaciones. Ellos son los que suscitan agrios antagonismos en la sociedad y los que hacen fatal é ineludible esa lucha de clases que durará hasta que, por la fuerza combinada de las cosas, se vean los capitalistas obligados á desarmar y á fundirse en una nueva humanidad sin privilegios.

Ya ve usted, mi querido doctor, como no nos aplicamos á dividir la sociedad, sino á unificarla sobre una base de justicia. No somos empresarios de guerra civil, como dicen algunos, sino buenos filósofos altruístas, empeñados en hacer de nuestra pobre jaula de fieras un universo habitable. Usted, que es bueno y que es perspicaz, no ha podido dejar de sospecharlo.

La colonización francesa en Argelia

Los asuntos de Marruecos prestan actualidad á cuanto se refiere á las colonias que los diferentes Estados poseen en África. Desde hace mucho tiempo Inglaterra, Alemania, Francia, Italia, España y Bélgica, tratan de asegurarse para el porvenir el más vasto dominio posible en esas tierras abiertas á la ambición de todos. Es una lucha que se prolongará hasta que quede repartido el continente. Cada nación aspira á ejercer una influencia proporcionada á su importancia en Europa. Algunos lo consideran indispensable, y aseguran que una de las condiciones de la paz europea es el equilibrio colonial. Es menester, según ellos, dar salida al exceso de producción industrial. Y todo contribuye á hacer creer que la tendencia imperialista se acentuará progresivamente. Por eso es curioso estudiar cómo ha realizado Francia, dentro del territorio sometido á su jurisdicción, ese ideal de conquista, cuáles son las mejoras que ha realizado y en qué forma ejerce su dominación sobre el país y sobre los habitantes.

Para justificar su acción en esas regiones, los Estados europeos arguyen siempre la necesidad

de poner orden en el desbarajuste de tan dilatadas tierras y ganar á la civilización millones de hombres primitivos que no saben aprovechar los presentes de la Naturaleza. Todos los conquistadores se han escudado en parecido razonamiento. Veamos cómo ha explicado tales doctrinas la nación que representa en Europa el pensamiento más avanzado del siglo. Nosotros creemos que la colonización francesa de Argelia está en contradicción con el espíritu democrático del país.

Desde el año 1830, en que el general Damremont comenzó la conquista, hasta la época actual, la dominación francesa en Africa se ha extendido considerablemente y ha alcanzado un prestigio indiscutible. Sean cuales fueren nuestras ideas sobre la legitimidad de la conquista y sobre el derecho que puede tener un país á imponer á otro su protectorado, fuerza es reconocer la habilidad con que Francia ha sabido conservar, aun en medio de sus desastres de 1870, la posesión de su mejor colonia. Con una tenacidad incansable ha perseguido su obra de expansión y ha llevado su empuje sin desfallecimiento, venciendo todas las resistencias y sublevaciones con que los dueños del territorio pretendían ponerle trabas. Pero después de reconocer la excelencia de este esfuerzo sostenido de voluntad, tenemos que señalar también sus yerros.



La población de Argelia puede ser descompuesta en seis grupos: los kabilas, los árabes, los judíos, los franceses y los extranjeros de origen europeo que se han establecido en el país, entre los cuales se cuentan muchísimos españoles.

Los kabilas son los que, por ocupar la región desde hace mayor número de años, pueden ser considerados como los verdaderos dueños de la Argelia. Rechazados por invasiones sucesivas, han acabado por refugiarse en las montañas. Tienen un carácter tan independiente y tan altivo, que los turcos no consiguieron someterlos nunca. Los franceses sólo lo lograron en 1857 y gracias á las artes del mariscal Rendon. La organización de sus tribus es democrática y tiene por base la comuna. Son gentes sobrias, laboriosas, hospitalarias y de inteligencia vivaz. Rechazan la poligamia y la mujer goza entre ellos de gran consideración.

Los árabes, los moros y los *koulouz'lis*, cuyas costumbres son más bien aristocráticas, pueden ser reunidos en un solo grupo. Los primeros son los únicos que forman un núcleo considerable. El moro *(hadar)* se refugió en su mayoría, á raíz de la ocupación, en Marruecos y en Egipto. El *koulouz'li*, hijo de turco y mujer mora, siguió su suerte. Lo que queda de estas tres variedades forma, por así decirlo, una sola. Son musulmanes un tanto perezosos, pero nobles y llenos de vigor. Los viajeros que les han atribuído un carácter servil y falso, han caído en un error lamentable, que se explica quizá por la superficialidad de sus observaciones. No puede ser inferior una raza que ha dado hombres como Abd-el-Kader, de quien decía el mariscal Soult (1843) que era «uno de los tres grandes hombres de su tiempo». Basta leer la carta que en Abril de 1839 dirigía ese jefe árabe al rey de Francia, para comprender la rectitud y la altura de miras que conservó aun en medio de los quebrantos de la guerra. El francés no demostró la misma generosidad en el tratado de Tánger, concluído con el emperador de Ma-

rruecos. Fewillade, en su libro *L'Algerie française*, pone de manifiesto los buenos instintos del árabe y explica muchas de las aberraciones que el europeo le reprocha. En realidad, el árabe, sobre todo el de origen aristocrático *(djuad* ó *chorfa)*, es un tipo noble y altivo que, á pesar de la tiranía en que mantiene á la mujer, y de la concepción social caduca en que se obstina, merece todo nuestro respeto.

Los negros, que después de la abolición de la esclavitud (1848), tienden á desaparecer de Argelia, forman actualmente un grupo insignificante y sin cohesión.

Los judíos, en cambio, constituyen uno de los núcleos más poderosos de la colonia. Descendientes, en su mayor parte, de los que emigraron de España en el siglo XIV y de los que los turcos mantuvieron después en tan cruel servidumbre, siguen componiendo hoy, á pesar de la ley de 1871, que les concede el derecho de su naturalización, una casta, más que por su propia voluntad, por los prejuicios del resto de los habitantes. Sin embargo, la influencia que ejercen sobre la vida de la colonia no es tan decisiva como algunos suponen. Las persecuciones que sufrieron hace cinco años, durante la dictadura moral del señor Drumont, les debilitaron mucho. Ahora comienzan á recuperar algo de lo que perdieron, ayudados por la nueva política liberal que impera en Francia. Pero así y todo, continúan agobiados bajo el desprecio de los europeos y de los musulmanes. Un autor francés decía hablando de ellos en un libro publicado hace pocos meses: «No cultivan la tierra, pero se la apropian por medio de préstamos usurarios, y la hacen explotar después por el árabe desposeído.» Confieso que no he visto nada

que corrobore esta afirmación. El judío argelino, sinuoso como toda raza tiranizada, engaña algunas veces; pero no es posible hacerle un crimen de esa astucia que es el único medio de que dispone para contrarrestar la hostilidad general.

El francés sufre, al establecerse en la colonia, la influencia del ambiente. Su carácter se modifica y se torna autoritario y brusco. Desde mi llegada á Orán he presenciado hechos que lo demuestran. Un empleado de aduanas expulsó ante mí á puñetazos á un cargador indígena que entró al barco á ofrecer sus servicios á los viajeros. Otro indígena fué amenazado minutos después por un gendarme que le dijo textualmente: *Si tu ne t'en vas pas d' ici je te ferai donner coups de fouet.* Quiero suponer que estos son actos individuales, que ignora la administración superior. Pero ellos dejan sospechar en el colonizador un estado de ánimo agresivo. En el debate ocasionado por el levantamiento de Margaritte, debate que se ventila ahora ante los tribunales de Montpellier, un abogado, el señor L'Admiral, ha dicho lo siguiente: «Después de la conquista, ese pueblo desposeído se encuentra en la miseria; en vez de atenuar las diferencias que existen entre las dos razas, nosotros las hemos aumentado.» Y es la confesión de un patriota. Claro está que si la comparamos con la dominación inglesa en la India, la dominación francesa en Argelia resulta un beneficio. Pero hay que tener en cuenta la situación política de cada país. Una nación que en el orden interno conserve ideas autoritarias, tiene que proyectar naturalmente esas mismas ideas sobre sus colonias. Pero Francia, cuyos ideales son diferentes, tendría el deber de hacer extensivo su estado social á los pueblos que se acogen á su bandera.

Los extranjeros de origen europeo que se han establecido en Argelia son, en la inmensa mayoría, españoles é italianos. Hay, cerca de Mostaganen, una colonia alemana llamada *Stidia*, de la cual se ocupaba el general Varloud en un artículo reciente. Pero es un hecho aislado, sin ramificaciones. Con estos extranjeros se renueva en Argelia el fenómeno que se observa en algunas comarcas de la América del Sur y en los Estados Unidos. Al cabo de una generación son ciudadanos del país, aunque conserven su lengua maternal y sus peculiaridades nacionales. En las calles de Argel he visto hablar á algunos soldados zuavos franceses en dialecto valenciano. En las últimas agitaciones electorales más de un candidato á la diputación lanzó sus proclamas en tres lenguas: francés, italiano y español. Este cosmopolitismo es en cierto modo peligroso para la dominación francesa, porque esos hombres que nada tienen del espíritu de la metrópoli no pueden alimentar por ella ninguna simpatía. Y en caso de que se precisara alguna vez la idea ya flotante de una emancipación posible, serían los primeros en aceptarla.



Estos seis grupos, kabilas, árabes, negros, judíos, franceses y extranjeros emigrados, forman una amalgama curiosa. Según las últimas estadísticas hay en Argelia 355.661 franceses, 48.101 israelitas, 211.107 españoles é italianos, 17.000 marroquíes y 3.797.769 indígenas. Son las cifras oficiales del censo de 1896. La proporción no puede haber cambiado considerablemente en nueve años. Estos números nos muestran dos cosas: la infe-

rioridad numérica de los franceses ante los indígenas, que son dos veces más numerosos, y la relativa importancia del grupo de extranjeros emigrados.

Los 3.798.769 indígenas han retirado escasos beneficios de la ocupación francesa. El abogado L'Admiral, de cuyo discurso sobre la situación de Argelia hemos citado una frase algunas líneas más arriba, dijo también lo siguiente: «Cuando llegamos á Argelia, los árabes eran felices. Hoy no ocurre lo mismo. Ese pueblo expoliado se ha entregado al vagabundaje. Y como necesita vivir, se ve obligado á recurrir al robo cuando el trabajo falta.» Lo cierto es que el indígena no goza en Argelia de una situación privilegiada. El señor Demontés, en un estudio publicado en el *Boletín* de la Sociedad Geográfica de Argel, constataba que la propiedad pasa cada vez con más rapidez, de las manos de los indígenas á las manos de los europeos. Según él, en un cercano porvenir, toda la tierra pertenecerá á los europeos, y los indígenas acabarán por constituir un inmenso proletariado al servicio de la colonización. El autor del artículo insiste sobre la gravedad del hecho. Es evidente, que en caso de una guerra entre Francia y otra nación, esas multitudes desposeídas intentarían libertarse. La rudeza de que hace gala el francés, tiende á aumentar todos los días ese antagonismo. Un colono refería hace poco lo siguiente, en *L'Echo d'Orán:* «Mientras contaba el dinero de la paga mensual, mi criado me devoraba con los ojos. Las monedas se alineaban en pilas irregulares... Mi criado no pudo contenerse, y me dijo: «No muestres nunca tu dinero á un árabe.» «Pero de ti —repuse—, ¿qué tengo que temer? No importa —replicó—, sé prudente.» Yo no tenía necesidad

de sus consejos. Mientras contaba las monedas, le vigilaba disimuladamente, y si hubiese hecho un movimiento sospechoso, no habría tardado yo en desnudar el revólver que llevo en el bolsillo.» El colono refiere esta escena, pretendiendo probar la predisposición del árabe hacia el robo, pero sólo consigue poner de manifiesto la dureza del civilizador. Y aquí cabe recordar una frase de Feuillade: «Si el árabe obra mal, tiene á nuestros ojos la excusa de su civilización inferior. El francés, por el contrario, basa su torpeza sobre la civilización superior de que se vanagloria. Al ver al indígena burlado casi siempre por el europeo, está uno á punto de pensar que la civilización no es más que un medio de perfeccionar la inmoralidad; pero á Dios gracias, la civilización nada tiene que ver con ello, y no puede ser responsable del partido que de ella sacan algunos para llegar á satisfacer más fácilmente sus malas pasiones.»

Sobre el árabe pesa otra tiranía, aun más dura que la del europeo, y es la tiranía de sus propios jefes. En un libro curioso publicado en Argelia hace algunos años, encontramos muchos ejemplos que podríamos citar, pero que nada añadirían á lo que dejamos dicho. Los abusos que en él se señalan, han sido quizá corregidos ó atenuados en estos últimos tiempos. Pero la impresión general que nos dejan nuestras lecturas y nuestras observaciones personales, es la de una población indígena tiranizada por el elemento europeo.



En cuanto se refiere á progresos materiales, los realizados en Argel son maravillosos. El antiguo refugio de los piratas que devastaban las

flotas europeas, se ha convertido en una ciudad alegre y modernísima, llena de vigor y de esperanza, que improvisa todos los años un barrio nuevo y se extiende sin cesar á lo largo de la costa, hasta Mustafá. Con sus casas monumentales, sus tiendas, sus cafés, sus teatros, su animación meridional y sus tranvías eléctricos, parece una gran ciudad de Europa. Del viejo caserío árabe sólo queda en la altura un núcleo de construcciones ruinosas que se apiñan, separadas apenas por estrechos callejones empinados. Pero el empuje y la iniciativa de los europeos gana terreno diariamente, y no tardará en tragarse también ese último refugio pintoresco de las costumbres del país.

En Orán encontramos parecidos progresos. Sobre las tierras antes abadonadas se han abierto bulevares, se han instalado grandes hoteles y se han levantado hileras de casas uniformes de cuatro pisos.

El colonizador ha vertido sobre las comarcas nuevas todos sus progresos con una largueza de gran señor. Y no sólo lo ha hecho en los centros principales, sino también en los campos donde los ferrocarriles, el telégrafo, los puentes y los canales atestiguan el espíritu atrevido y emprendedor de los recién llegados. El progreso moderno ha operado con mayor holgura en estas tierras nuevas donde todo estaba por hacer, que en las viejas ciudades de Europa, donde tiene que luchar con los mil impedimentos que le opone la tradición. De ahí que encontremos una frescura de iniciativa, una resolución para crear, que sólo hemos visto en algunas ciudades de América. Hay exuberancia de vida. Y no será difícil, dada la rapidez con que evoluciona todo, que alcanzase

Argel dentro de pocos años mayor importancia que cualquier otro puerto francés. Si ese caso llega, no podrá asombrarnos que ocurra en estas regiones lo que ocurrió hace un siglo con las regiones de América colonizadas por Inglaterra y por España.

*
* *

No es la animosidad contra los indígenas el único error de los colonizadores. Enumeremos rápidamente algunos más. En Argelia se nota también ese espíritu centralizador que tantos males ha valido á la metrópoli, y la capital ejerce una especie de dictadura sobre el resto del territorio. Se protege demasiado al comercio francés, olvidando que toda superioridad basada sobre tarifas aduaneras es una superioridad ficticia. Se descuida la verdadera riqueza del país, puesto que sobre 183 yacimientos metalúrgicos conocidos en 1898, sólo 55 estaban en explotación. Y comienza á manifestarse el apoyo más ó menos directo que las autoridades locales prestan á algunas explotaciones, así como el *conservatismo* de los que creen defender la situación adquirida poniendo trabas á las empresas similares que otros pretenden establecer, conservatismo que es el principio de la ruina de toda agrupación, porque vivir es renovarse y todo lo que no evoluciona ha muerto.

Es necesario reconocer que, al lado de tales errores, hay en Argelia mucho vigor acumulado. La facilidad con que se improvisa todo y el bienestar de que disfrutan los colonos franceses, da á esta región un aspecto alegre y sano. El emigrado encuentra en ella una felicidad que pocas veces alcanzó en su país. Pero como tal prosperidad no

alcanza al indígena, como éste sigue estando, por así decirlo, al margen de la vida común, son de temer algunos tropiezos. Por otra parte, la atmósfera de la región, que modifica considerablemente el carácter del francés emigrado, y la naturalización creciente, que introduce en la colectividad todo un fermento cosmopolita, hace creer que, dada la riqueza del país y el carácter que impera en la nueva agrupación, los colonos acabarán por dar forma á su deseo de independencia. Son los dos peligros que amenazan á la colonia: los desórdenes que pueden provocar las exacciones cometidas contra el indígena y el natural deseo de emancipación que fermenta en toda región próspera. Francia conseguirá quizá conservar su situación privilegiada durante largos años, pero es difícil que logre impedir un hecho que se ha producido ya tantas veces en diferentes países y que la historia nos enseña á considerar como fatal. Desde que se pisa suelo argelino, dos verdades saltan á los ojos: que la dominación francesa, lejos de mejorar la situación del indígena, la ha agravado, utilizando para sus fines opresores la docilidad de los *kebiz* y los *caid,* y que no es posible conservar en hombres que viven lejos, librados á todas las influencias, en un país diferente y bajo otro clima, el cariño y el apego hacia una patria nominal.

A nuestro modo de ver, una tentativa separatista sería un error lamentable, puesto que la región tiene los mismos derechos y nombra el mismo número de diputados que cualquier otro departamento francés. Pero en un país tan cosmopolita, nunca falta un hombre impaciente que levante una bandera nueva y reuna una multitud entusiasta que le aclame. Después de lo ocurrido

en Cuba, sería un esfuerzo infantil, porque todas las naciones miran con avidez la hermosa costa africana que se extiende sobre el Mediterráneo, y la independencia duraría lo que tardasen los argelinos en alcanzarla... Sea lo que fuere, Argelia es hoy por hoy una de las colonias más prósperas, y si Francia supiera contemporizar con el indígena y atender más que á la difusión de sus productos á la de su espíritu, podría continuar quizá ejerciendo su dominación durante largos años y en beneficio de todos.

La mujer dentro del siglo

Ciudadanas, ciudadanos:

Mucho agradezco al Centro Socialista Femenino el honor que me ha dispensado al solicitar mi colaboración para su velada. El mejor modo de corresponder á su afectuosa deferencia, será ser breve y conciso.

En una fiesta amable y sonriente como esta, en una reunión en que parece que la primavera salta y bulle en el fondo del corazón de todos, no estaría en su lugar una disertación docta ó un discurso lleno de silogismos y de citas. Dejemos á los graves académicos del capitalismo reinante la ingrata tarea de aburrir á sus contemporáneos y no agitemos en medio de esta juventud más que imágenes de juventud y de vida.

Para disertar diez minutos ante un auditorio donde abundaban los ojos maliciosos y los labios frescos, se hacía necesario, en otras épocas, abordar asuntos de vanidosa superficialidad, trajes, modas, detalles ínfimos, que eran los únicos que podían retener la atención enfermiza é inquieta de aquellas mujercitas frías, educadas en una atmósfera de teatralidades y de apariencias.

Hoy ocurre todo lo contrario.

La mujer, libertada de algunas de las tiranías

que pesaban sobre ella, autorizada á estudiar, á aprender, á evolucionar en el mundo, se interesa por los problemas fundamentales, lucha con nosotros, y en los combates de ideas que libramos á diario contra la sociedad vetusta y retardativa que nos ciñe, ella es también, á nuestro lado, un buen guerrillero del ideal, que forma alegremente en los resueltos batallones, y marcha hacia las vendimias futuras, esgrimiendo, como espada, una guirnalda de rosas.

No se nos tachará de vanidosos si afirmamos que el socialismo ha despertado á la mujer del letargo penoso en que la había mantenido el egoísmo de los hombres. Al proclamar la igualdad de los humanos sin distinción de raza ni de sexo, el socialismo, paladín y libertador de tantos prisioneros sociales, se ha acercado á la mujer y le ha mostrado el campo abierto y los horizontes libres.

No todas han comprendido la palabra emancipadora; no todas se han dado cuenta de la posibilidad de realización de la generosa tentativa, pero ya se ha formado un núcleo poderoso, que se irá aumentando y robusteciendo con el concurso de las que, por sus lecturas ó por sus desengaños, vayan cayendo en la cuenta de que, en la sociedad de hoy, la mujer no es más que un asalariado moral, un proletario del sentimiento, que el hombre oprime y maltrata, apoyado en monstruosas legalidades.

La prensa capitalista, al ocuparse de nuestras reuniones frecuentes, de nuestras asambleas democráticas, no ha dejado de hacer notar el fenómeno de que en un país en que la mujer no se presenta más que en determinados teatros, y no sale á paseo más que á ciertas horas; en una ciudad en que la mitad de la población vive, por así

decirlo, recluída y ajena á todo lo que interesa á la colectividad, haya un núcleo femenino lleno de atrevimiento, de cohesión y de fuerza, que desafía el prejuicio y la costumbre; que asiste á nuestros debates, que toma parte en nuestras discusiones, que reclama su lugar en la lucha, y que se mezcla y se funde con el resto del partido, formando así, dentro de la propia sociedad presente, un comienzo de humanidad serena y reconciliada, en la que todos se conocen y en la que todos se fraternizan.

La mujer es, en el socialismo, algo más que una flor en el ojal de un partido. Es algo más que un timbre de honor y que una vanidad pintoresca. Es todo un porvenir que se abre ante nuestros ojos, un mundo nuevo que surge y que se alza en la claridad de la aurora, como la promesa de días mejores en que todos seremos libres dentro de la naturaleza libertada.

Es necesario confesar que el estado de inferioridad en que se encuentra la mujer dentro de la sociedad presente, no deriva tan sólo de las costumbres y de la legislación que la relegan á un lugar secundario, sino también de la mujer misma, que, apegada á sus tradiciones, aficionada en cierto modo á la esclavitud en que se ha criado, no ha tenido bastante resolución ni bastante audacia para romper de frente con los prejuicios y reclamar su parte de felicidad, su parte de iniciativa, su parte de vida autónoma.

Es necesario que empiece á despojarse de ciertas preocupaciones, como ya se ha despojado de otras. Que no considere todo lo establecido como indispensable y eterno. Que hasta en las cosas que más de cerca la atañen, hasta en aquellas que parecen constituir el eje de su vida, todavía incompleta y mutilada, sepa comprender el enca-

denamiento de las cosas y la filosofía de sus fundamentos. Que no se deje engañar por la tradición, que razone y juzgue ella misma.

El casamiento es una unión sentimental que dura lo que dura el sentimiento. Una vez que éste se ha extinguido, nada es más natural que separarse y seguir cada cual, según sus inspiraciones, el viaje de la vida. No es un sacramento divino no es una función oficial dependiente del Estado: es un acto de iniciativa individual, que á nadie interesa, si no es á aquellos que lo ejecutan, y en el cual no debieran tener parte ni el Estado ni la Iglesia. Y si en la situación social presente parece necesario transigir en algo con los restos de la barbarie primitiva, es indispensable también luchar y tratar de modificar lo existente.

No creemos que sea posible salvar de un salto la distancia que nos separa de nuestra organización deliciente á la organización ideal, y nos guardamos de aconsejar, en cuanto se refiere á estas cuestiones de sentimiento, ninguna resolución brusca; pero debemos hacer cuanto de nosotros dependa, para destruir lo que nos ahoga, y tratar de acercarnos gradualmente al estado de sencillez y de franqueza que todos imaginamos, estado en el cual los seres obrarían en plena independencia, sin tener que sujetarse á reglamentos ni á compromisos.

Es innegable que las cosas van evolucionando y modificándose. Los horizontes cambian día á día. La beata de ojos esquivos, de cara enjuta y de boca temblorosa que, á la sombra de los crepúsculos, cruzaba velozmente el atrio de las iglesias, vestida de merino, cubierta la cabeza con el mantón, en la mano el libro de oraciones, camino de los maitines ó las visperas; la extraña mujer con-

ventual, que se santiguaba á cada instante, que era un pilar de sacristía, que derrochaba su peculio en cera para alumbrar á los santos; que figuraba en todas las procesiones; que se pasaba la vida componiendo casullas y bordando manteles para los altares, ha desaparecido casi de nuestras poblaciones, barrida por la racha de progresos que á todos nos arrebata y nos conmueve.

En contraposición á ella, ha surgido la mujer enérgica, emprendedora y activa, que es obrera, empleada de comercio, estudianta, pintora, médica, propagandista, que no teme abordar ningún asunto, que ríe á boca llena, que practica los deportes, que desdeña los prejuicios, que se apasiona por los problemas sociales, que es musculosa, sana, jovial, conversadora y feliz, que es la naturaleza y la savia, abandonada á su sinceridad y á su triunfo.

Honor á ella, que ha venido á ser como un primer resplandor, como una semilla de humanidad futura que vemos germinar en el presente. No es aventurado afirmar que la mujer será en el porvenir la mejor defensora de la emancipación intelectual de los humanos. A nadie podrá asombrar que se apasione por el ideal quien es ya, de suyo, ideal y poesía.

Y en las consagraciones del pensamiento emancipador, en las victorias de la esperanza realizada, el simbolo de nuestras luchas será quizá una mujer de cabellera flotante y de ademanes solemnes, que pasará sonriendo sobre los altos andamios de la ciudad en construcción, deshojando besos y flores sobre los que trabajan en forjar la humanidad de los futuros siglos.

La verdad y la literatura

No está de más que de tiempo en tiempo abandonemos las generalidades de la propaganda y la doctrina para discutir con los que rebaten nuestras afirmaciones. La esgrima ayuda á mantener el vigor y la flexibilidad de los músculos. Además, conviene que en nuestro tiempo, en que de un modo ó de otro todos contribuímos á forjar el porvenir, se afane cada cual por delimitar su responsabilidad y sus principios. Las objeciones, que sólo irritan á los débiles, tienen á veces la virtud de precisar nuestro propio pensamiento y de facilitar retoques ó confirmar certidumbres, que sin ellas se perderían en la media sombra de los monólogos cerebrales.

Siempre he creído que un libro, después de publicado, pertenece á todos menos al autor, que sujeto al engranaje de su actividad intelectual, corre hacia nuevas realizaciones. Sólo se releen los impotentes, como sólo se contemplan en el espejo los que desconfían de sí mismos. Sin embargo, el que escribe tiene el deber de asumir la responsabilidad de sus ideas y de defender su manera de juzgar, no por mezquino orgullo de

padre susceptible, sino porque al enunciar una verdad contrae con ella, en cierto modo, el compromiso de defenderla en toda circunstancia.

De ahí que tome otra vez la pluma para explicar, ante críticas que juzgo inmerecidas, el espíritu y la letra de esas pobres *Visiones de España*, que me han valido tantos reproches y tantas amistades nuevas. Que los lectores disculpen si vuelvo á insistir sobre el asunto. A ello me obliga el deseo de preservar la verdad.

*
* *

Lo que los amigos de la *Revista Moderna* de Méjico censuran en esas notas de viaje, no es precisamente su matiz político. Valenzuela, Nervo, Urueta y Tablada, son escritores de alma abierta que conciben el progreso y lo saludan. En el fondo de sus conciencias simpatizan quizá con lo que nosotros avanzamos. Pero como entienden que el arte debe ser un refinamiento y un *a coté* de la vida, lamentan que el autor no se haya mantenido siempre en plena zona de literatura. Las disertaciones sociales y los argumentos de partidario disuenan, según ellos, en una obra que debió ser paisaje, color é ideal, sin preocupaciones de política.

La deferencia y el ingenio con que la *Revista Moderna* sostiene su tesis, suscitan mi gratitud, pero no modifican mi opinión. En mi entender, el artista es ante todo un ser humano. Su vista abarca todo el panorama de la existencia, sus sensaciones son múltiples, y no es juicioso exigir que se aisle de las luchas sociales y de las corrientes de ideas que hacen crujir el siglo.

En épocas serenas y acariciadoras, cuando por tiranía aceptada ó por sometimiento ingenuo la vida colectiva no era más que un trasunto de la vida familiar, pudieron existir esos creadores abstraídos que lo ignoraban todo, excepto su divina misión de destilar el cielo en frases. Pero la existencia borbollante y atormentada que hoy llevamos no da lugar á tan altas prescindencias. Y el artista, como los demás hombres, se siente arrebatado y mordido por la formidable ebullición que todo lo sacude y lo transforma.

Reflejar los sentimientos de su generación, descubrir la lucha de los espíritus en estas épocas desmelenadas y febriles sin mostrar sus preferencias y sin tomar posición, es tarea casi irrealizable. Al contacto de los entusiasmos, tiene que incendiarse también el alma vibrátil del escritor. Los odios, los deseos, los ideales de la multitud se le entran á pesar suyo por los poros del alma; la injusticia le arranca una imprecación; la desgracia una frase de solidaridad, y envuelta en una tromba generosa, atraída por la luz, cámbiase la pluma en ariete y se despierta el apóstol.

Algunos dicen que rebajamos nuestro ideal hasta ponerlo al nivel del mundo; la verdad es que nosotros soñamos con elevar el mundo hasta la altura de nuestro ideal. No disminuímos el arte; lo desdoblamos, le damos una actuación histórica, le multiplicamos un público, lo hacemos director de vida y, en contraposición á los tiempos de los reyes poetas, preparamos quizá el siglo del poeta-rey.

Pero como sabemos que el principal encanto de la Naturaleza está en la diversidad, no avanzamos esta concepción con el fin de excluir las otras. Nada es más enojoso que el empeño de los que

se obstinan en vestir á los demás según sus preferencias. Lejos de desdeñar á los escritores fieles á la tradición del arte por el arte, aplaudimos sus realizaciones y reconocemos que sin la preocupación social, que no es á nuestros ojos un fin, sino un complemento, se pueden hacer obras encantadoras y durables. Bastaría citar los versos llenos de sinceridad de Valenzuela, las poesías intensamente delicadas de Nervo, los poemas brillantes de Tablada y los briosos discursos de Urueta, aunque en el jardín de este último resalte á veces la eglantina socialista, que llevamos juntos en París.

***

Si digo que de los cuatro artículos que el señor Llorente ha publicado en *El Diario de la Tarde* no quiero retener más que las pocas ideas que asoman en ellos á pesar del autor, no es por dar forma á una ironía innecesaria, sino porque en realidad, el sistema valbuenesco de la crítica de chascarrillos me inspira un desdén profundo y me parece tan ineficaz para la discusión como para el ataque. Quede, pues, de lado todo lo que esa prosa puede tener de descomedido. No son las personalidades, sino los pensamientos los que interesan al público. Velar por sí, es casi desertar la lucha. Sin contar con que resultaría infantil detenerse á rebatir las imaginaciones de todos los agriados que nos salen al camino. En las marchas alegres de la sana juventud, no debemos advertir más que las rosas.

El patriotismo ha sido siempre la mejor careta de las ideas reaccionarias; pero toda habilidad de que se abusa pierde su virtud, y el autor de los

artículos á que aludo no conseguirá hacer creer á ningún español qne soy un enemigo de su nacionalidad. Justificarse equivaldría á dar alas al despropósito, que ha sido muy poco hábil formular... Decir que es lamentable que los obispos conserven todavía un derecho de inspección sobre la enseñanza oficial, ó que sólo los republicanos pueden determinar un resurgimiento, será, si queréis, dudar de la monarquía, desconfiar de los partidos conservadores, romper con la tradición, nunca insultar á España. Bien sabemos todos que ella no reside en el trono del rey, ni en la mitra de los obispos, ni en el sable de los generales; que es otra cosa más recta, más noble, más universal, que no fué vencida por los Estados Unidos, puesto que lo único derrotado fueron los vicios de la administración y el régimen culpable que persiste.

En más de una ocasión hemos declarado que el atraso del país no es obra de los españoles, sino de los empresarios de muerte que, sin gobernarlo, entorpecen su actividad, y así lo bemos repetido al terminar la obra, cuyos últimos capítulos están llenos de esperanza y de fe en el porvenir.

Que el señor Llorente se haya obstinado en ignorar esas páginas para multiplicar con más deslealtad las citas truncas, no es cosa que pueda sorprendernos. A una mentalidad reaccionaria corresponden los procedimientos de polémica más singulares. Pero escamotear la verdad no es destruirla. Y á todos salta á los ojos que sus artículos no defendían el nombre de España, sino su estancamiento y su inmovilidad; que sus ataques no iban contra el extranjero irreverente, sino contra el hombre de ideas libres, y que en el agua borrosa de sus párrafos sólo sobrenadaba una

irritación contra la posibilidad de la gran patria emancipada y rehecha que nosotros dejábamos entrever.

No han de resultar tan erróneas mis apreciaciones, cuando ellas han sido, así como mi reciente artículo de *La Revue des Revues*, reproducidas y comentadas largamente por *L'Independence Belge*, *La Revue Universelle* y *La Revue Bleue*, donde M. Desdevises du Desert calificaba hace dos semanas de *saisissante* mi síntesis de la vida española. Y no han de ser tampoco tan sangrientos esos pretendidos insultos á España, cuando un gran librero español los ha editado por su cuenta y cuando se han publicado sobre ellos en diarios de Barcelona y de Madrid una veintena de artículos elogiosos. Quizá es por eso por lo que las impetuosas reprobaciones que el discípulo del señor Taboada formula en mi ausencia contra todo lo que yo no he dicho, han venido capitaneadas por tan abundante floración de «Venga usted aquí» y «Oiga usted, hombre». La audacia puede ayudar á disimular la sinrazón...

Todo ello invita á sonreir, porque recuerda el procedimiento de aquel ilustre teólogo de provincia que confeccionaba un muñeco de trapo, lo bautizaba Voltaire, lo ponía sobre un taburete, y comenzaba:

—Ahora nos vamos á explicar, innoble enemigo del Evangelio. ¿Tú has dicho que debemos vivir como animales, que nada es más hermoso que la inmoralidad y que conviene cortar las orejas á todos los niños? Pues yo contesto que tú eres un emisario de Satanás, empeñado en arrastrarnos á sus calderas. Y si no es así, atrévete á desmentirme.

Claro está que como no había dicho ninguna

de esas enormidades, y además era de trapo, el Voltaire en cuestión se encerraba en un mutismo impenetrable.

Entonces nuestro héroe se afirmaba en su victoria:

—¿No ves, condenado, como no puedes discutir con los representantes de la fe?

Y le volvía la espalda, convencido de que había salvado á la humanidad católica.

El señor Llorente ha creído quizá también salvar á España, pero apenas ha conseguido defender á los parásitos que la roen.

Lejos de guardarle rencor por su difuso mosaico de clisés y de chistes de almoneda, nuestro deseo hubiera sido distribuir esas páginas á los amigos y hasta hacerlas imprimir en folleto con un prólogo del general Weyler. Lo que nos disuade, es el nuevo argumento que ellas ofrecerían contra la España vieja. Porque hay cosas que duele tener que repetir. Esa falta de amplitud en las opiniones, ese deseo de reducirlo todo á una conversación de casa de huéspedes, esa trivialidad, ese chabacanismo, son signos de un estado social inferior y de un régimen sofocante que impide la libre floración de los cerebros. Los que así piensan y escriben son una viviente acusación contra el país en que han nacido. No lo decimos con acritud ni lo constatamos con pena, porque felizmente hay dos Españas, y el señor Llorente sólo es representante de la que agoniza.

Algunas bases para una legislación obrera

Las leyes obreras deben ser igualmente aplicables á los nacionales y á los extranjeros. En América, sobre todo, donde la casi totalidad de los trabajadores son inmigrantes. Toda ley que estableciere distinciones entre éstos y aquéllos sería ilusoria.

Nuestra legislación puede y tiene que ser más atrevida que la de cualquier país de Europa, porque en Europa hay que luchar con la tradición y que vencer hábitos arraigados, mientras que en América todo es fresco y maleable todavía. Que sean nuestros ejemplos Nueva Zelanda y Australia.

Toda legislación obrera, todo conjunto de medidas, por más avanzadas que sean, han de ser consideradas como etapa. Ninguna ley es definitiva, todas son transitorias.

La ley ha de ser concebida, más que con la preocupación del interés del comercio, con el de

la justicia. Sería desvirtuarla y anularla de antemano, el dejar entrever la más leve parcialidad en favor de una clase.

La legislación debe tratar de equilibrar las desigualdades sociales, protegiendo más á los que no disponen de ningún poder que á los que todo lo tienen en sus manos.

Hasta ahora sólo hemos tenido leyes atrasadas. Nunca han traducido ellas las aspiraciones del momento. Y es que en el tiempo que necesita el deseo público para traducirse, exclamar, ser oído y llegar hasta los códigos, nacen nuevos deseos y nuevas aspiraciones. De ahí que el legislador deba prever un poco más allá del día en que vive. El buen tirador cuenta con el retroceso del arma.

Si cada partido tiene, en teoría, en el poder, un tanto por ciento de influencia correspondiente á su volumen electoral, cada clase social debe tener en las preocupaciones del gobierno un lugar proporcionado á su importancia numérica.

El precio de las materias indispensables para la subsistencia de un pueblo no puede estar librado al capricho de los particulares.

El derecho que tiene cada hombre de hacer propaganda en el sentido de sus convicciones, no

se interrumpe durante las huelgas. El ciudadano, huelguista ó no, que trata de catequizar á otro durante ó fuera del trabajo, no comete una infracción, ejercita una libertad que le concede la ley.

El salario no puede estar librado á los vaivenes de la oferta y la demanda. Las necesidades humanas no son simplificables hasta el infinito. Después de cierto límite empieza la privación. Los que ofrecen á un hombre por su trabajo de un día menos de lo que ese hombre necesita para su plena vida de veinticuatro horas, cometen un delito. Si se persigue á los usureros, que sólo especulan sobre la vanidad ó la impaciencia de las personas acomodadas, ¿cómo no se ha de perseguir á los que especulan sobre el hambre de los desgraciados?

En justicia, cada hombre debiera dar á la sociedad en su edad madura el equivalente de lo que de ella recibió durante su juventud. El equilibrio se rompe, ó cuando el que recibió ese bien no lo devuelve, ó cuando el que debe darlo no lo da. Lo que el hombre recibe es la instrucción, lo que da es su fuerza productora. Obligar á un niño á que trabaje, es obligarle á devolver más de lo que ha recibido. Permitir que un hombre no lo haga, es autorizarle que se quede con lo que no le pertenece.

El Estado, tal y conforme está organizado hoy, no puede suprimir de una plumada á los negociantes; pero puede favorecer á los productores,

comprándoles directamente lo necesario para los servicios á los trabajos públicos. Evitar intermediarios, es abaratar el artículo.

El derecho á la vida no puede ser una afirmación vaga y quimérica, sin consagración en los hechos. Para un hombre que se mantiene de su trabajo, no darle trabajo es negarle el derecho á la vida. El Estado tiene el deber de garantizar á cada cual la posibilidad de ganarse la subsistencia.

Hemos dicho que el hombre recibe de la sociedad, en su primera juventud, el equivalente de lo que da á esa sociedad en su edad madura. La ancianidad es una nueva niñez, por cuanto imposibilita al hombre para subvenir á sus necesidades. Corramos también en su auxilio. Y completemos la fórmula: el hombre debe vivir en los dos extremos de la vida del reflejo de los otros; en la edad madura es él el que irradia.

Sinceridad

Para los que están seguros de tener razón, la crítica ó el elogio son cosas subalternas que apenas merecen un comentario.

Un hombre que sabe que obrando en una forma determinada, nacida de su convicción, conseguirá beneficiar á la clase ó á la idea que defiende, debe lanzarse resueltamente hacia su fin, sin calcular las críticas á que puede dar lugar su actitud ni rehuir el desprestigio pasajero que le acecha.

Tener razón contra todo y contra todos; ver en el porvenir, descubrir en las tinieblas el lugar de donde arrancarán los caminos que mañana surcará la caravana, y afirmar su fe y comprometerse personalmente y dar la cara sin ambajes, no son tampoco cosas extraordinarias y heroicas; son simples deberes comunes á todos los hombres que trabajan en favor de una idea y no de su encumbramiento.

Claro está que es mucho más fácil componerse una actitud artificial ante las muchedumbres, como se componen los cómicos una fisonomía ante el espejo. Pero esas costumbres de los hombres de ayer, no deben contaminar á los de mañana.

Para ser sinceros ante nosotros mismos, debemos afirmar siempre nuestra opinión lealmente, sin pasar revista antes de hablar á las caras de los que nos rodean, en completa independencia de carácter, como hombres plenos. Los comentarios que provoca nuestra actitud, son la polvareda que levanta el corcel impetuoso al devorar las distancias.

Las caprichosas acusaciones de los enemigos no pueden alcanzarnos. Justificarse es descender. Pero hoy quiero decir en dos líneas lo que pienso sobre la acción de los partidos avanzados.

Limitarse á la afirmación de un ideal y no hacer nada por transportarlo á la vida, es construir en el ensueño lo que debe edificarse en el mundo. Las teorías son ya del dominio de todos, y nuestro esfuerzo debe tender á darles forma tangible en los hechos.

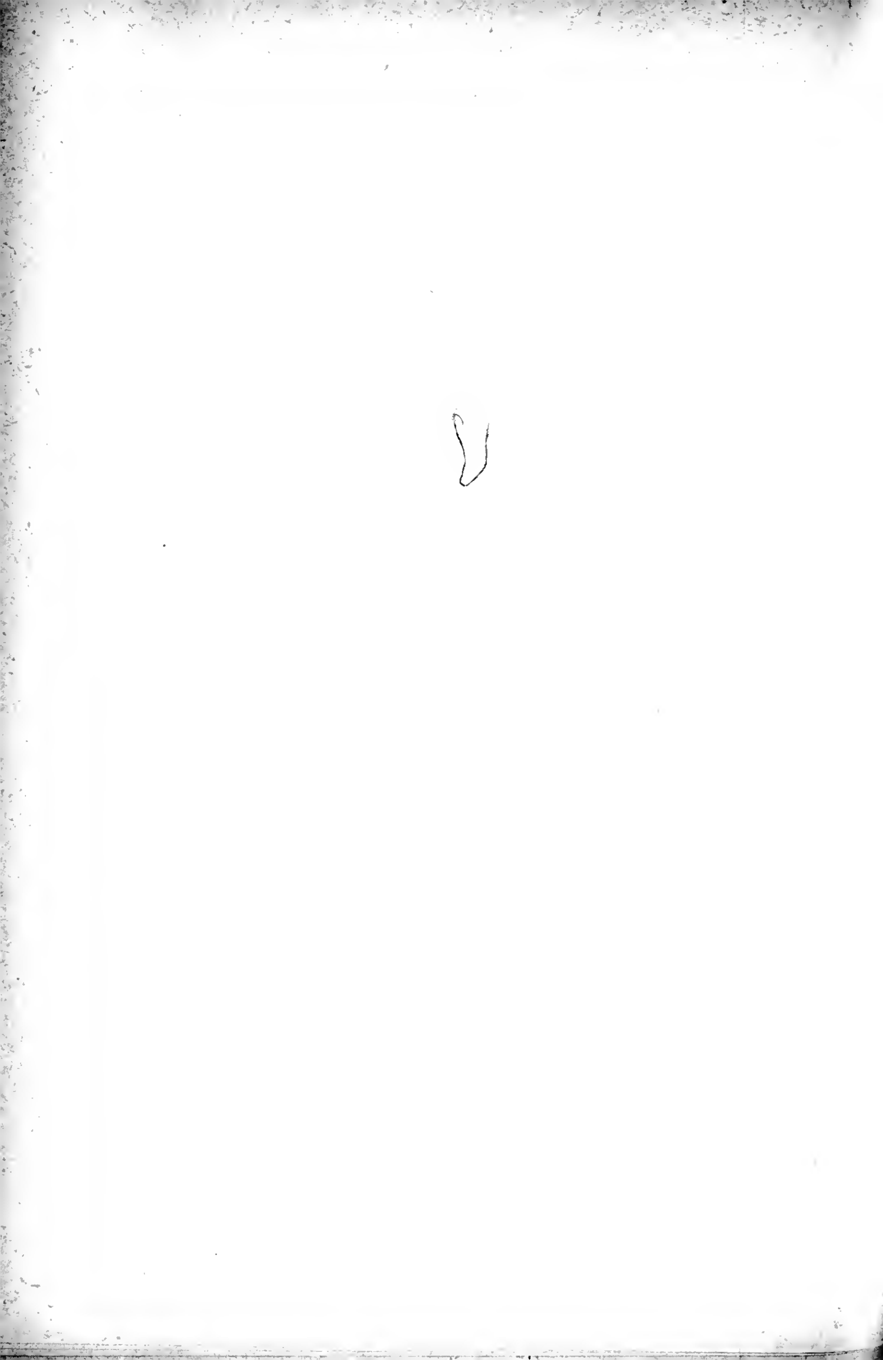
El socialismo no es una decoración de techo, sino uua concepción filasófica, que tiene que irse infiltrando en el organismo de la sociedad presente, hasta apoderarse de ella y transformarla. ¿Cómo operar esa transformación, si nos condenamos á amenazarla desde lejos con los puños? Ese gesto pueril de niños malhumorados no conduce á nada. Hay que ponerse á la obra, arrancarle concesiones, darle jaque todos los días y obligarla á ceder y á abandonar pedazos de su absolutismo.

Si me han dado el encargo de estudiar en Europa la legislación obrera y señalar las medidas que crea necesarias para mejorar la suerte de los trabajadores, lo han hecho cediendo á la presión popular, cada día más poderosa.

Y si he aceptado la misión, ha sido para dar forma práctica á las aspiraciones del proletariado y hacer resonar su palabra en las alturas.

El tiempo y los resultados tangibles de mi intervención, me darán la revancha. Tengo la convicción de estar cumpliendo con mi deber, estoy seguro de tener razón y nada conseguirá apartarme de mi derrotero. Aunque aullaran detrás de mí todas las jaurías, no cedería en mi propósito. Cuando se trata de comprometer á los demás, consulto con los amigos; pero cuando se trata de comprometerme personalmente, sólo consulto con mi conciencia.

Y mi conciencia me dice que por sobre las pobres y bajas mentalidades de hoy, empeñadas en ahogar todo lo que surge y en empañar todo lo que brilla; que por sobre estas miserables cobardías de alma que llevan á los hombres á mentir en detrimento de sus semejantes, surgirá una aurora de sinceridad, de equidad y de reparación. Y que ese mundo nuevo, esa ciudad del porvenir, no será obra de los dispépticos y los agriados, sino de los que, poniendo toda su vida y toda su alma al servicio de la verdad futura, no han omitido ningún sacrificio—ni el de su popularidad—para contribuir á realizarla.



El impuesto progresivo

Muy distinguido señor director:

La Tribuna ha tenido siempre para mí las más afectuosas atenciones, y sé que, dada su nobleza habitual, no me negará una columna para exponer en síntesis varios argumentos en favor de una reforma que algunos juzgan necesaria, que otros conceptúan nociva, y que los más, discuten sin saber exactamente cuál es su alcance.

De acuerdo con muchos de los economistas modernos, y con admirable precisión de dialéctica, *La Tribuna,* cediendo á su concepción filosófica, se ha declarado enemiga del impuesto progresivo. De más está decir que el que estas líneas escribe es partidario de ese género de contribución. Pero en las épocas en que entramos, la política no puede perpetuar las fórmulas intratables de otros tiempos, y en un mismo periódico cabe exponer con cultura el pro y el contra, afirmando así más y más el sentido de nuestra evolución que nos lleva del hervidero primitivo de odios sangrientos é intransigentes á los grandes debates, razonados y tranquilos, que son la esencia y el nervio de las democracias.

Puesto que hemos salido de la oligarquía para entrar en la República, y puesto que hemos reaccionado contra ese tradicionalismo agudo que nos hacía ver novedades en lo que era cosa corriente para los otros pueblos, nada resulta más natural que discutir fórmulas nuevas que pueden resultar aventuradas para algunos, como resultan tímidas para otros, pero que son, por así decirlo, una consecuencia de algo que está en el ambiente.

La iniciativa de *La Nación* no fué, ni con mucho, revolucionaria. El impuesto progresivo, sancionado ya en algunas naciones de Europa, es una reforma que, en buena sinceridad, sólo tiene enemigos por las consecuencias probables que trae en sí para el porvenir. Los conservadores que hoy le hacen la guerra en Francia, no le hacen la guerra á causa del perjuicio inmediato que puede importar para una clase social la exención ó la disminución de impuestos á las otras. El recargo no sería precisamente considerable... Lo que les alarma es la sospecha de que los partidos avanzados, armados de ese precedente, pueden ceder al deseo de utilizarlo y robustecerlo después hasta la expropiación. Tales son los términos en que se presenta el asunto, con tenues diferencias de comarca y de clima, para las agrupaciones que representan el pensamiento de la clase dominante.

No abriremos opinión sobre si el impuesto progresivo puede ser ó no una base para transformaciones más vastas. Lo que se discute es la excelencia misma de ese impuesto, su «legalidad» y no el partido que de él puedan sacar, en uso de su derecho, determinadas agrupaciones políticas.

Examinemos el problema.

No hay un solo grupo electoral, ni un solo hombre público, que no admita la necesidad de

aligerar las cargas excesivas que pesan sobre el pobre, Todos están de acuerdo en reconocer que la situación del trabajador manual es penosa y que—constatando que lo que gana no alcanza para facilitar la plena vida, y no atreviéndose á fijar en bloque un mínimum de salario—el Estado se verá en la obligación de ensayar combinaciones inéditas que permitan satisfacer mejor las aspiraciones de la mayoría.

Ahora bien; á la mayoría no se la puede favorecer más que de dos maneras: redimiéndola del pago de ciertas contribuciones, ó ayudándola por medio de obras de asistencia social. Si el Estado la redime del pago de ciertas contribuciones, perderá una parte de sus recursos, y se vería obligado á solicitar el déficit de las clases favorecidas. Y si prefiere ayudarla por medio de obras de asistencia social, como ellas recargarán considerablemente el presupuesto, y como no es posible pedir los nuevos recursos á los mismos á quienes se trata de socorrer, el Estado se verá, llevado otra vez por la insobornable lógica de las cosas, en la inevitabilidad de sancionar ese mismo impuesto. De suerte que se trata de una reforma que es la base fundamental, la condición primera de toda tentativa para mejorar la situación de la clase trabajadora y atenuar esos conflictos que desde hace largo tiempo vienen entorpeciendo la actividad de nuestras ciudades y perjudicando el progreso de la nación.

Si no se quiere exasperar hasta el límite las reyertas sociales, habrá que admitir la necesidad de tender la mano al trabajador. Y para hacerlo, fuerza será recurrir al impuesto progresivo. A menos, naturalmente, de entrar en otro orden de ideas y emprender, con la separación de la Iglesia

y del Estado, la confiscación de los bienes de las congregaciones, cosa que levantaría aún mayores resistencias.

Por eso tengo para mí que ese sistema de contribución acabará siendo aceptado complacientemente por los mismos que lo combaten, porque en él está el germen de la evolución pacífica é imprescindible. No es posible detener la vida en torno nuestro, y las sociedades tendrán que ceder á las solicitaciones de la justicia, no como el navío que arroja lastre para escapar al naufragio, sino como la conciencia que se va abriendo á la luz y depurándose.

Le saluda con la mayor consideración y la más viva simpatía...

La Revolución francesa y el Socialismo

Después de la Revolución de 1789, que fué como un terremoto moral, como una tromba de ideas que desbarató las perspectivas y las tradiciones vetustas; después del heroico empuje de esa humanidad en delirio, que ardiendo en olímpicas cóleras ensordeció al mundo con el clamor de sus muchedumbres desgreñadas; después de la epopeya de luz y de sangre, de ferocidad y de altruísmo, de ciclópeas aventuras y de derrumbes vastos, que fué el epílogo de un régimen y el desenlace de una tragedia de la historia; cuando sobre el territorio en combustión, la muerte y la gloria, unidas en un vértigo, levantaban y derribaban cadalsos y pedestales; cuando el huracán igualitario encorvaba las cabezas y ennoblecía á los hombres hasta hacerlos fraternizar en el ensueño, en el deslumbramiento y el pavor de la prole en apariencia regenerada, las injusticias, los privilegios y los que de ellos beneficiaban, como pájaros obscuros heridos por la tempestad, tuvieron que refugiarse en las cavernas, cegados por la luz de la verdad que resplandecía.

No el temor personal de perecer en la deman-

da, no el miedo de desaparecer uno á uno en el despeñadero de la Revolución, no la timidez fué lo que los contuvo, sino el pánico que sembró en ellos la desaparición de lo que creían invulnerable, el asombro supremo que difundió en sus huestes aquel portentoso despertar de las conciencias, la consternación con que vieron desmoronarse y hundirse sus enseñanzas y sus principios, como una flota fantasmal tripulada por abstracciones y cargada de quimeras, que el mar envuelve y cubre con su verdad en movimiento.

Les pareció que todo había concluído, que la dominación se les escapaba, que la humanidad se había libertado para siempre, y en el mareo y el horror de la espantosa realidad, sintieron como la angustia de un hombre aislado y medroso que ve agrietarse el planeta y desaparecer las montañas y retemblar la creación, y que, de pie en un último peñasco, ve que se acerca el instante en que todo rodará al vacío...

¡Ah! Si en aquellas horas mortales les hubieran dicho á los privilegiados que debían reconstruir su predominio y reconquistar su poder, lo hubieran creído una burla. Su influencia y su prestigio habían muerto.

Pero hay en el fondo de cada hombre una tendencia al descuido y á la pereza. Las colectividades son capaces de grandes ímpetus, de gestos heroicos, de sacudidas incontrarrestables, pero lo que es difícil es mantener en ellas la tensión, la perseverancia, la firmeza en las resoluciones. En un momento dado, cualquier pueblo es capaz de derribar cualquier tiranía; de lo que ninguno ha sido capaz hasta ahora, ha sido de preservarse de ellas en toda circunstancia, de tener en jaque al mal y de conservar las ventajas obtenidas en mo-

mentos de heroísmo. Parece que una vez que ha probado su empuje, una vez que ha dispersado á sus enemigos y ha hecho reconocer su triunfo, siente la necesidad de caer de nuevo en su adormecimiento, y de dejar hacer, y de cerrar los ojos, hasta que nuevas injusticias flagrantes, nuevos atentados y nuevas provocaciones le obligan á otra embestida formidable, seguida á su vez de lamentables apatías.

El pueblo francés, jadeante, orgulloso de su triunfo, seguro de su victoria, después de haber recorrido en tres años el camino de un siglo, empezó á decrecer en sus ímpetus y á retrogradar por las etapas del Imperio y del Directorio, camino de la monarquía. La nación que en un empuje maravilloso y casi sobrenatural había hecho un paréntesis de porvenir en el pasado, sintió la fatiga de su esfuerzo, sin comprender que al detenerse se declaraba vencida. El espíritu moderno, encarnado en los habitantes de aquella maravillosa región, creyó poder trazar, contemporizar, compartir con el antiguo el predominio en la vida. Y su primera debilidad fué su derrota. Más ó menos decisivas, más ó menos valiosas, la democracia había alcanzado en aquellos años una serie de victorias que la colocaban en excepcionales condiciones para realizar buena parte de sus anhelos. Sólo faltaba delimitar el ideal, concretar las reivindicaciones, ensayar un poco de aritmética social y hacer de las grandes generalizaciones algo preciso y tangible. Babeuf presentía el socialismo, pero no alcanzaba á condensarlo en una fórmula. Fué quizá también esa incertidumbre la que impidió que la masa se posesionara más resueltamente del momento histórico, y consiguiese imponer y afianzar su predominio...

En la reacción se ahogaron, naturalmente, todas las esperanzas del proletariado. Los años que siguieron fueron agitados y portentosos. Un general de leyenda fascinó al país con su epopeya de victorias. Todas las fuerzas y toda la atención de la colectividad, fueron reconcentradas y absorbidas por aquel hombre raro, que apenas cabía dentro del siglo. El pueblo hambriento se alimentó de laureles. El alma latina, niño terrible de las épocas, se dejó fascinar de nuevo por el oropel. Y apenas quedó, entre hordas de recuerdos sangrientos y entre visiones delirantes de crimen y de sacrificio, la imagen borrada, indecisa y quimérica de la república democrática entrevista por Robespierre.

Los cambios se sucedieron. Volvió la monarquía y hasta reapareció la república. Pero no se reanudó aquella atrevida y fantástica empresa de emancipación. El pueblo se agitaba, es verdad. Pero se agitaba en la sombra, trabajado por doctrinas que, expuestas en una forma inútilmente agresiva, no alcanzaban á abrirse paso. Y los poderes públicos, molestados por ese brillar de puñales en la noche, combatían á los propagandistas y desbarataban los primeros núcleos de los reformadores.

La Revolución no había sido hecha completamente en beneficio de una casta, como han afirmado después algunos. Había sido un movimiento confuso, donde coexistieron todos los matices. La clase más preparada se apoderó después de él. Pero en su origen y en algunas de sus fases, fué ampliamente libertador. En la Convención se habló á menudo contra las grandes fortunas, y se dijo en muchos casos algo de lo que dicen hoy en los parlamentos los diputados socialistas. Sólo

que, por entonces, todo se reducía á palabras. Se constataban los males, pero se ignoraban los remedios. Se echaba mano más frecuentemente de la poesía que de la economía política. Y no tenían los hombres esa certidumbre que nos mueve á nosotros los socialistas de hoy á defender un ideal creador, que ya sabemos cómo se ha de realizar. A los tanteos y á las indecisiones de antaño, hemos sustituído una serie ordenada de constataciones y de axiomas. De ahí nuestra fuerza. Pero ellos estaban todavía en la prehistoria de la emancipación social.

Elecciones legislativas

Compañeros:

Dentro del socialismo, sólo las ideas tienen importancia. Sin embargo, los convencidos que difunden la doctrina, merecen un homenaje.

No son hábiles contemporizadores, de esos que creen que, para estar bien con todos, basta no ser sincero con ninguno; no son tímidos esclavos de la evasiva, que fingen ignorar lo que ocurre para no exponerse á confesar su pensamiento; no son politicastros ambiciones, de esos que han dormido en el lecho de todos los partidos y se entregan al que más da, haciendo de su inconsecuencia una bandera y un programa; son, por el contrario, hombres firmes, francos y resueltos, que exteriorizan su convicción, que afrontan la hostilidad general, que toman posición y partido en las luchas del momento, y que, con la frente alta y los ojos clavados en el sol, avanzan resueltamente, entre el tumulto de las pasiones, seguros de la verdad, convencidos de su doctrina.

Audaces mosqueteros del bien, forjadores de encantados porvenires, luchadores, propagandis-

tas y poetas, hemos visto más de una vez en las plazas donde se reunen las muchedumbres, ó en las vastas salas oleosas donde se congrega el pueblo, alzarse esas siluetas sugestivas, que, ora con las manos crispadas, como si arrugaran y desmenuzaran un mundo viejo, ora con ademanes pausados, como si acallasen las cóleras de un mar embravecido, dominaban sobre el conjunto y se erguían, como si fueran el cerebro de ese tropel de miseria y de dolor, de ingenuidad y de franqueza, que es el ejército de los trabajadores.

Sus voces poderosas y seguras, cortaban el viento como espadas justicieras. Sus ademanes se destacaban sobre el fondo gris, como llamados á la verdad. Y en la atmósfera caldeada del mitin, arrebatados en el ímpetu de sus palabras, dueños del auditorio y del momento, esos hombres que clamaban contra la injusticia presente, contra la arbitrariedad reinante y que llamaban á los postergados y á los oprimidos al gran congreso de la justicia, á la asamblea final de las responsabilidades, parecían brazos del porvenir en lucha con lo existente.

¿Es necesario decir los nombres de esos obreros de la propaganda?

Uno de ellos es Alfredo Palacios, cuya candidatura apoyamos hoy ante los electores de esta circunscripción.

Impondré silencio á mi amistad y no diré sobre él todos los elogios que quisiera, porque —hombres nuevos y partidarios de doctrinas nuevas—pretendemos reaccionar contra las funestas costumbres del país y tratamos de reunir á los electores sobre un programa más que sobre un nombre.

Sin embargo, ¿cómo callar los méritos del lu-

chador, del amigo del pueblo, del tribuno elocuente, del consejero de los débiles, que en todas las circunstancias ha levantado su voz contra la injusticia y contra la superstición?

¿Qué mejor bandera que su nombre para luchar contra las arbitrariedades del régimen?

Todos los socialistas, todos los librepensadores, todos los emancipados, todos los enemigos del obscurantismo y del sistema autoritario, todos los hombres de razón y de sentimiento, deben votar por Alfredo Palacios, que no irá á la Cámara, como tantos otros, á librarse á pequeñas combinaciones de cocina ultrapersonal, sino á defender los intereses de los trabajadores, á proponer reformas que mejorarán la situación del pobre, á combatir el clericalismo, cada vez más prepotente, y á levantar á cada instante, en aquel recinto que parecía cerrado á la razón y á la vida, la voz sincera de un convencido, la protesta de un rebelde.

La elección de Palacios será un mentís á los que aseguran que el pueblo no está preparado para el sufragio libre.

¿Será verdad que cualquier capitalista ambicioso puede pagarse la diputación con un puñado de dinero?

Vosotros sois los que debéis contestar.

Es necesario hacer ver á los poderosos que no es así, que los proletarios comprenden sus intereses y que no venden sus derechos políticos, su dignidad de hombres, por una limosna miserable.

La candidatura de Palacios no es sólo la candidatura de un amigo de los trabajadores, es también la candidatura de un enemigo del clericalismo, de un enemigo de ese clericalismo que es

hoy un verdadero peligro para la comunidad, y que cada día se nos presenta más poderoso y más absorbente. En vez de perder terreno, avanza á pasos de gigante. Empieza á apoderarse de los puntos estratégicos de la vida nacional. Llegará un momento en que el Estado mismo será una dependencia de los clériguillos y los monagos. Hay que reaccionar contra esa tendencia. Hay que emprender la lucha...

Mientras nosotros nos congregamos en este teatro, donde parecen haberse dado cita todos los elementos emancipados de la circunscripción, mientras conversamos sobre lo que conviene hacer y nos pronunciamos en favor de una candidatura liberal, por las calles centrales de Buenos Aires, de la catedral al Socorro, bajo los balcones atestados de fanáticos, entre dos hileras de gentes que se descubran, desfilan con gravedad, en procesión, con sus cirios, sus banderas y sus incensarios, largas hileras de religiosos y de curas, compactos grupos de devotas y de pobres de espíritu que entonan oraciones y salmos en honor de no sé qué virgen, y que la autoridad, el gobierno, la policía, esa misma policía, gobierno y autoridad que disuelven nuestras manifestaciones, protege y acompaña, para mayor escarnio de la razón.

El miércoles, al salir del Operai Italiani, después de una conferencia mía, centenares de ciudadanos pacíficos fueron atropellados brutalmente porque cantaban en las calles un himno de redención. ¿Cómo se tolera que millares de hombres que por sus costumbres viven al margen de la sociedad, que por su vestimenta se singularizan y atraen las miradas, puedan desafiar el buen sentido é interrumpir el tráfico de una ciudad mo-

derna, imponiéndonos á todos el espectáculo de su miseria intelectual?

Contra todo eso se levanta la candidatura Palacios.

Contra todo eso dirige su empuje.

Organicémonos, tengamos audacia y vamos al triunfo.

Una aventura policial [1]

Nada más pintoresco que el calabozo obscuro donde nos han encerrado, en esta comisaría semi-colonial, en que los agentes de tez bruñida y sables corvos conversan y beben *mate*, sentados en grupos, en torno de los fusiles dispuestos en pabellones. Mi impresión, al entrar, se ha traducido en una sonrisa. Los muros, acribillados de inscripciones confusas y superpuestas, las rejas de barrotes gruesos y el centinela adusto que nos vigila cautelosamente, dan no sé qué perfil grotesco á nuestra juvenil aventura.

Nos han dejado en el calabozo, le han echado doble llave al candado y nos han abandonado á meditaciones que no teníamos necesidad de hacer.

Personalmente, no lamento lo ocurrido.

Conocer un medio nuevo, estar en trato con gentes desconocidas, penetrar el misterio de estas fortalezas vetustas, cuyos tres patios, separados por zaguanes, hemos observado en perspectiva

---

(1) El autor fué arrestado en Buenos Aires, en Octubre de 1903, á causa de sus opiniones políticas.

más de una vez desde la acera, apreciar algo más que la fachada, ver por encima del caballo inmóvil y del guardia inabodable, no deja de ser empresa tentadora para quien observa, juzga y refleja lo que mira. Pero, á pesar de todo diletantismo, no es posible asistir con indiferencia al atropello tosco y burdo, de mano pesada, de conciencia primitiva.

Las cosas han pasado así:

Desde un balcón vemos pasar á Palacios, rodeado de un grupo de agentes. Bajamos con del Valle Iberlucea, López y otros, corremos al lugar en que se produce el incidente, nos encontramos envueltos en un remolino, nos atropellan y nos empujan hasta una sala exigua, donde se nos obliga á depositar el dinero y el reloj y á declarar nombre, profesión y edad, bajo la recelosa vigilancia de los genízaros, que todavía tienen la mano en el revólver. Todo esto, que parece medioeval, ha ocurrido á las cuatro de la tarde, en una calle central de nuestra villa. No protestamos por el hecho personal, sino por el sistema que denuncia.

Sin embargo, no deja de ser penoso regresar al país en que se ha nacido, después de seis años de ausencia, para ser alojado en las comisarías. Es una nueva manera de practicar la hospitalidad. ¡Bien venidos sean los compatriotas que después de haber hecho flamear el nombre argentino en Europa, regresan al terruño, porque así podremos azotarlos y recluirlos como nos convenga!

Pero lo que duele, por sobre todas las desventuras personales, es ver que la arbitrariedad ha echado raíces entre nosotros.

El sistema no ha cambiado. Y para el que esto escribe es tanto más triste comprobarlo, cuanto

que durante largos años, cuando se hallaba en país extranjero, ha podido exponer y defender todas sus ideas, sin que nadie le ponga obstáculos. Sólo en el propio país le está vedado salir á la calle para acompañar á un amigo.

Pero no tratemos de explicar lo que no tiene explicación. En grandes apuros se verían los que han cometido el atentado si tuvieran que justificar su acción.

Claro está que no tienen la culpa los ejecutores inmediatos. El mal viene del sistema y de las malas costumbres que persisten. De lo que nos felicitamos, es de que el hecho haya sido cometido en detrimento de quienes pueden defenderse.

Por causas más inverosímiles aún, entran diariamente á las comisarías docenas y docenas de pobres diablos que tienen que soportar la injusticia y callar. Nos agrada que estos golpes, al caer una vez sobre nosotros, sirvan para denunciar los vicios de la organización policial y la concepción curiosa que tienen algunos de la libertad del ciudadano. A los compañeros de la prensa les toca ahora levantar la voz y decir lo que crean pertinente. Les saludamos desde este domicilio accidental, y sin pretender imitar á Silvio Pellico, esperamos poder seguir conversando con ellos mañana sobre el mismo tópico en otro artículo.

Hay que fijar las responsabilidades, sin dejar de encarar el asunto con el consiguiente buen humor...

***

Señor director de *La Tribuna.*

Muy estimado señor director: A propósito del artículo que publiqué ayer en *La Nación* sobre el

atropello de que fuí víctima conjuntamente con otros amigos, *La Tribuna,* en un artículo mitad irónico, mitad amable, me critica y me ensalza, poniendo de una parte la estimación personal, y de otra los naturales intereses de partido. Lejos de criticar esa actitud, la encuentro lógica y agradezco las palabras deferentes y las salvedades amables de la crónica, en la que creo reconocer la pluma de un amigo. Sin embargo, séame permitido añadir algunos comentarios á los comentarios ya hechos, y decir en pocas líneas lo que pienso sobre el particular.

Aun suponiendo que la comisaría de que se ha hablado estuviese instalada en una casa moderna, que los sables de los agentes no fuesen corvos, y que en las escenas de *espíritu* medioeval no pueda nunca nadie empuñar un revólver, la filosofía de los hechos sigue siendo la misma. La policía, mal encaminada, no por su jefe, que es un perfecto caballero á quien estimo, sino por un secretario nervioso y mal preparado, se ha dejado llevar á excesos lamentables que podrían atestiguar gentes de todos los partidos. Constatar estos hechos en un artículo apacible y sonriente, no significa condenar la civilización del país, que, afortunadamente, no depende de la mayor ó menor cultura de un empleado subalterno.

Mis «cualidades de observador» que, según *La Tribuna,* se han desmentido en esta emergencia, siguen siendo las mismas que los amigos de ese diario me han hecho el honor de aplaudir á raíz de la aparición de algunos libros. Si no he precisado más detalles y no he dado más color local á ciertas escenas, ha sido por el temor de herir la susceptibilidad de la región. Pero en una serie de artículos que me propongo escribir sobre el inte-

rior de las comisarías, haré obra más nacional, ya que este asunto, pasado el natural descontento de la primera hora, se va transformando en amable literatura.

Pero la predisposición que tengan los hombres al optimismo y á la sonrisa, su tendencia á no recordar más que los agasajos y las rosas, no puede impedirnos señalar los vicios de un sistema, protestar por otros, constatar el mal y pedir el remedio. Es lo que he hecho, y los amigos con quienes converso saben bien que pude decir en el artículo á que se ha hecho referencia mucho más. Sólo que como los apasionamientos nos parecen antiestéticos é ineficaces, y como el mal personal que recibimos sólo nos duele por el mal general que nos hace sospechar, hemos preferido mantenernos dentro de ciertos límites.

Después de todo, la vida nos tiene acostumbrados al error, y la injusticia es tan frecuente, que no hay quien no esté familiarizado con ella. Todo lo cual no impide que la ataquemos sin descanso.

Le saluda afectuosamente, etc...

España y los sudamericanos

Á propósito de un artículo mío titulado *L'Ame espagnole* y publicado en el número del 15 de Enero de *La Revue* (antigua *Revue des Revues)* de París, he recibido varias cartas en que amigos y desconocidos me reprochan la rudeza de algunas apreciaciones.

De más está que diga cuán poco justificadas resultan á mi juicio esas suceptibilidades. Para mí, como para todos los sudamericanos de origen español, España es una segunda patria, España es algo *mío*, que quiero y que defiendo como si hubiera nacido en la Península. Lo he probado en diversas ocasiones. Todavía andan por ahí las crónicas que, adolescente casi, escribí á raíz de la guerra con los Estados Unidos. Contra la opinión de algunos mal llamados «americanistas», sostuve que debíamos hacer votos por el triunfo de España y por el mantenimiento de su hegemonía moral, que ha contribuído poderosamente á formarnos y que es la única valla opuesta á la infiltración anglosajona, incompatible con nuestro carácter. No agito ahora el recuerdo para envanecerme, que es deber elemental afirmar las convicciones; pero aunque es tarea inútil refutar la acu-

sación de ser hostil á España, dado que toda mi labor está ahí para desmentirla, no quiero renunciar á la respuesta, porque ella me ofrece una nueva ocasión de afirmar mi cariño á la madre patria.

El mejor indicio de que al hablar de España, hablo como de mi propio país, es la misma libertad con que me expreso. La distintiva del extraño es ensayar eufemismos, equilibrar frases dudosas y hacer elogios para «quedar bien». Sólo los *de casa* hablan en alta voz y dicen su opinión sin ambajes. Porque así como los españoles no pueden ser extranjeros en América, los sudamericanos no queremos ser extranjeros en España. Reclamamos nuestra parte en la derrota. Y si nuestras frases sinceras lastiman á veces el amor propio regional, los españoles no pueden formular un reproche, porque de ellos precisamente hemos heredado esa franqueza, ruda en el cariño. Hasta nuestra tendencia á criticar las cosas de España es un nuevo rasgo que nos acredita como fundamentalmente españoles; porque ¿en qué se conoce al español, sino en su costumbre de encontrarlo todo mal en el país que ha nacido?

No negamos que el espíritu peninsular se ha modificado y rejuvenecido en cierto modo en América. Acaso es esa la causa de la mayor vivacidad de nuestras críticas. Diferencias de educación, de medio y de temperatura, han dado al español del Nuevo Mundo una flexibilidad nerviosa que le hace percibir las cosas más rápidamente, y expresarlas con más violencia penetrante. Pero en el fondo nos gobiernan las mismas cualidades y defectos. De uno y otro lado del Océano tenemos más aptitudes para derribar que para construir. Y confieso que al hacer la síntesis del alma espa-

ñola, le hallo muchos rasgos qne coinciden con los del alma de Sud América.

Claro está que del artículo en cuestión no rectifico ni una coma. Podrá la traducción ser deficiente y dar á ciertas frases un alcance que no tenían en el original, podrá haber en ella algunas palabras de más ó de menos: mi deber es asumir honrada y pacíficamente la responsabilidad de todo lo que he firmado, que no puede obrar de otro modo quien cuenta entre sus abuelos algunos vascos y andaluces. Para tranquilizar á los amigos que han parecido alarmarse, recordaré que lo que hay en el artículo de más duro para España, no lo he dicho yo; lo han dicho Galdós, Sales y Ferré y Angel Guerra á quienes cito. Por lo demás, ¿cómo puede haber imaginado algo hiriente para España quien empieza por confesar en ese mismo trabajo las grandes «afinidades de sangre y de amistad que le unen á este hermoso país»?

Es tiempo de que los españoles renuncien á ver enemistad en las críticas de los sudamericanos. Ya he tenido ocasión de decir que hay más simpatía en la ruda franqueza que en la hipocresía amable. El que dice en toda ocasión su pensamiento, aun á riesgo de hacerse antipático, realiza una acción encomiable y cumple con un deber. Porque la pluma no es expediente para fabricar popularidades, sino instrumento para obrar sobre la vida. Los sudamericanos que critican las cosas de España sólo desean contribuir á corregir y á enderezar los errores que advierten. Se equivocan ó no. Es asunto aparte. Pero sólo les guía una intención afectuosa y fraternal. Que un extraño ataque, manche á España ó la denigre, y les veréis levantarse airados. Yo el primero.

Del cuaderno de notas

I

Cosmopolitismo literario

La curiosidad que se manifiesta ahora en Francia por todas las cosas españolas no es el resultado del capricho de media docena de gacetilleros: es una corriente definida que responde á causas más serias. El francés empieza á convencerse de que, en nuestro siglo multiforme, todos tienen algo que aprender de cada uno. De ahí los largos estudios que vienen apareciendo en las revistas de París sobre la actividad intelectual, política ó económica de los demás países, entre ellos España, cuya historia y cuya leyenda cautivan los espíritus.

Si el artículo que la *Revue Universelle* acaba de publicar no es un cuadro completo de la literatura española contemporánea, es por lo menos una síntesis feliz. Su autor, Mr. Desdevises du Desert, nos habla, ante todo, de los muertos: Campoamor, Núñez de Arce, Mosén Jacinto Verdaguer y *Clarín*. Los cuatro le merecen admiración,

así como Pí y Margall, al cual dedica varios párrafos. Según él, la falta de aficion á la lectura que se nota en España deriva de la educación irregular y deficiente que recibe el pueblo. Los alumnos salen de los institutos con una cultura incompleta, habituados á la improvisación y á resolverlo todo sin saber nada. «Las universidades—añade—están llenas de profesores de indiscutible talento; pero los alumnos llegan á ellas mal preparados y se limitan á aprender de coro los textos oficiales.» Mr. Desdevises du Desert concluye que «si no se escribe más, es porque no se lee»; cosa que no se aventuró á afirmar el innolvidable Larra.

Después de pasar revista á los poetas y prosistas más notables, el articulista nos habla del teatro. Y en ese capítulo está toda la filosofía de su estudio. La evolución del arte le inspira críticas acerbas y elogios desmesurados. Afirma que el tradicionalismo dramático español ha cedido el campo «al espíritu evolutivo», y que el teatro de nuestros días se inspira indirectamente del teatro extranjero.

Yo tuve ocasión de señalar algo semejante en *La Revue* de París, y me place coincidir con tan distinguido crítico en una afirmación que algunos juzgaron por entonces aventurada. Pero Mr. Desdevises du Desert pudo decir mucho más.

No sólo el teatro, sino la literatura toda, sufre en España la influencia del pensamiento, no diremos francés, sino universal. Porque se trata de una nación que vive como las demás naciones y que está sujeta á los mismos fenómenos de infiltración. En nuestro siglo de intercambio febril y de cosmopolitismo creciente, todo se mezcla y se confunde. Y España, que no está tan fuera del mundo como algunos se complacen en afirmar,

tiene que respirar la atmósfera común á todos los pueblos.

Esto nos recuerda la aventura de cierto propietario original, que había dividido su jardín en tres partes y las había confiado á tres jardineros, con orden de cultivar en la primera rosas; en la segunda, claveles, y en la tercera, jazmines. Los jazmines se extendían en grandes almácigas delante del palacio, los claveles ocupaban una vasta extensión á la derecha, y las rosas se amontonaban á la izquierda en bosquecillos caprichosos. Nuestro original había hecho su cálculo; desde las ventanas del salón, que estaba al frente del edificio, esperaba respirar la fragancia de los jazmines; desde las de la sala del billar, á la derecha, el perfume de los claveles, y á la izquierda, desde su dormitorio, la embriagadora esencia de las rosas. De más está decir que la Naturaleza no se prestó á secundar sus deseos. Un excéntrico puede separar las flores y encerrarlas en espacios diferentes, pero nadie puede poner límite á los perfumes que se reconcilian y se funden en el espacio, á pesar de todo. El alma de los hombres, como la de las flores, pasa por encima de las fronteras, para formar en la altura el espíritu de la humanidad.

II

La escuela de la felicidad

El parisiense no ha parecido asombrarse. Pero no deja de ser curiosa la fundación de esta escuela, cuyo manifiesto y programa tengo á la vista.

No se trata de una de las tantas empresas de moralidad dudosa, que se abren diariamente para sorprender la confianza de los incautos, sino de una institución importante, de una serie de cursos dictados por gentes conocidas y de responsabilidad, como el doctor Paúl Valentín, director de una notable revista de estudios psicológicos, *La Vie Normale;* Mad. Geneviève Lanzy, una de las novelistas á la moda; Mad. María Verone, autora de interesantes estudios pedagógicos, y monsieur Eugène Borrel, músico distinguidísimo.

La felicidad se enseña—nos dicen estos apóstoles de la nueva doctrina—, pero no se enseña como el abecedario. Se obtiene combatiendo los errores evitables que nos hacen ser débiles, cobardes, desequilibrados ó pesimistas. Nuestra enseñanza tiende á rarificar los dolores humanos por medio de una educación mejor comprendida de nuestras tendencias y una utilización más prudente de nuestras energías. Responde á una de las necesidades más imperiosas de nuestra época: la necesidad de equilibrio y de salud. Y es, en

resumen, un curso teórico y práctico de vida normal.

Yo he asistido á las diez y seis conferencias que han dado hasta ahora en el Instituto Rudy los asociados de la *Ecole du Bonheur*. El título tentador atrae un público cada vez más numeroso de señoras, escritores, hombres de mundo, estudiantes y artistas... Estas reuniones, al propio tiempo literarias y mundanas, donde casi todos se saludan y se conocen, han sido en París, este invierno, uno de los *coins á la mode* de la gente intelectual.

El doctor Valentín nos ha hablado de las enfermedades ó aberraciones que hacen imposible la felicidad, de los que se extravían con ayuda del opio ó la morfina, en parásitos artificiales, de los utopistas enamorados de la quimera, de los místicos y los suicidas, de los envidiosos y los calumniadores, de todos los atacados de alguna de esas enfermedades del cuerpo ó del espíritu, que son en nuestra sociedad agentes de dolor ó de tristeza. Según él, es necesario oponer á la acción de los desequilibrados una liga de gentes normales.

Mad. Geneviève Lanzy se ha ocupado de la influencia de la lectura en la mujer, de cómo deben las madres «graduar» la libertad de sus hijas, de los libros perniciosos que alucinan y encienden la imaginación, de la felicidad que procura la página impresa y del consuelo que ofrece á la mujer en toda circunstancia.

Con Mr. Eugène Borrel asistimos á las evoluciones del gusto musical. Nos ha hablado de la música malsana, que excita los nervios; de la música del porvenir y de su influencia sobre el progreso mental de las razas.

Mad. María Verone ha estudiado la educación

en lo que tiene de contrario ó de favorable á la felicidad. Según ella, la educación del niño requiere una educación previa de los padres, que facilite su tarea de conductores. Es necesario desarrollar en ellos el sentimiento de la justicia y darles la noción de la responsabilidad.

De más está decir que las conferencias han sido muy aplaudidas. Este público está sediento de sinceridad, de salud, de fuerza. Cuanto se le brinde en ese sentido será aceptado con entusiasmo. Las monstruosidades y los decadentismos han pasado á la historia. Y hoy podemos ser normales sin que se nos califique de analfabetos.

III

El proceso del doctor Doyen

Los 100.000 francos que un médico ha hecho pagar á un cliente por un tratamiento de algunos días, son hoy el tema de las conversaciones del bulevar. Como Mr. Crocker es uno de los banqueros más conocidos de Nueva York y el doctor Doyen pasa por una celebridad europea, todo concurre á hacer de este pequeño proceso uno de esos castillos de espuma que entretienen y apasionan al público cosmopolita de la gran ciudad.

Los diarios amontonan los detalles y las aclaraciones sobre el asunto. Desde luego, casi todos aprueban la resolución de Mr. Crocker, quien, constatando la agravación del estado de su esposa, exige la devolución de los 100.000 francos que el doctor Doyen le hizo pagar antes de asistirla. La reclamación es atendible. Parece evidente que habiendo mediado una promesa de curación, y no habiéndose realizado esa promesa, el cliente está autorizado á reclamar su dinero.

Pero este asunto, como todos los que remueven los periódicos en esta época de generalizaciones y resultados, se diluye en consideraciones comunes y en filosofías de aplicación universal. Es lo que constituye la especialidad del periodis-

mo contemporáneo. Sin dejar de ser espejo, es un crisol y un proyector. El asunto, en sí, sólo ha servido á los *chroniqueurs* de punto de partida. Lo que se discute es la posibilidad de limitar ó tarifar los honorarios de los médicos; las razones que pueden tener éstos para hacerse pagar antes de atender al paciente, y lo que podría llamarse la moralidad de la aventura: el derecho á comerciar con la vida de nuestros conciudadanos y á practicar ese *chantage* fúnebre, que consiste en decir: «Puedo curar esa enfermedad con un medicamento de mi invención, que ningún otro conoce; si me da usted una fortuna, le devuelvo la vida; si no, se muere usted como un perro.»

Esta manera de exigir la bolsa ó la vida, en el cuarto mismo del agonizante, no es más que una consecuencia de la organización social existente.

El médico es un comerciante que especula con su título y con sus estudios, tratando de hacer fortuna lo más pronto posible. El enfermo sólo resulta un cliente, á quien se cura ó no según lo que traiga en el bolsillo. La salud se compra. Para vivir es necesario ser rico. Y el honor consiste en hacer producir al capital los mejores intereses.

Si no es una hipocresía de la barbarie, esta manera de razonar, es por lo menos un zarpazo del egoísmo. La civilización nos ha acostumbrado á muchas crueldades, pero ninguna tan triste. Ella nos hace pensar con emoción en los abnegados médicos de provincia, que todavía conservan su carácter casi sacerdotal; en los modestos discípulos de Hipócrates, un poco anticuados, un tanto ingenuos, pero capaces de andar muchas leguas en mula para curar á un indigente; capaces de ver en el enfermo un ser humano; capaces de creer

todavía en el deber, en la conciencia y en el altruísmo. «Son los rezagados de la civilización», dirán los ultramodernos. «Son los precursores del porvenir», decimos nosotros. Porque el utilitarismo egoísta tiene que ser transitorio, y tras los médicos que sólo ven en el enfermo su fortuna, han de venir, en épocas de luz, los que sólo vean su sufrimiento.

El mundo literario en Francia

Todo arte que se convierte en oficio pierde fatalmente las alas. La fortuna es la guadaña de la gloria. Mientras se persigue el ideal por el ideal mismo, mientras se alimentan propósitos desinteresados, mientras se trabaja y se lucha sin más fin que la verdad y la belleza, las obras florecen admirablemente. Pero así que asoma la preocupación del negocio, aparece el arte inferior, desteñido y forzado. La literatura francesa nos ofrece millares de ejemplos que corroboran esta afirmación. Si hay dentro de ella muchos escritores austeros y concienzudos que comprenden y aceptan su misión, abundan también los que, transformados en industriales avariciosos, hacen con las bellas letras un comercio inadmisible.

No pretendemos que el artista busque en la miseria sus inspiraciones, ni pedimos que se resigne á una vida precaria y dolorosa. Por la sociedad, tal y como la imaginamos para el porvenir, el productor de belleza pasará sin inquietudes...

Lo que resulta condenable, es la fiebre que devasta las literaturas y las transforma en mercado, donde se expende, con una docilidad pueril,

lo que prefiere el comprador. Entendemos que la palabra escrita puede educar al público sin dejarse guiar por él, reflejar la época sin someterse á sus errores. La fórmula sería esta: el arte debe dar con qué vivir, pero nadie puede especular con el arte.

La tendencia á *faire fortune* ha dado origen á un atropello de apetitos hoscos. Si el alto y legítimo deseo de la gloria siembra entre los hombres rivalidades tan subalternas, discordias tan absurdas, y tan pobres envidias, ¿qué será cuando ese mismo deseo se vulgariza y degenera en afán de conquistar caudales?

De ahí que exista entre los hombres de letras de Francia, más que entre los de ningún otro país, ese lamentable entrevero de maldades, insinuaciones, desdenes, calumnias, odios y venganzas que dan al campo de las letras el aspecto cómicamente trágico de las ilustraciones de Doré en los *Contes Drolatiques,* de Balzac: los combatientes se parten, se aniquilan y se ensartan entre sí, como si se ahogara el mundo en un reflujo de atavismos ancestrales.

Todo ello está muy lejos del arte puro y su serenidad salvadora. Porque siendo la página escrita un trasunto del hombre, ¿cómo han de producir belleza esos seres agriados, torturados y venenosos, cuya preocupación no es avanzar, sino impedir que los otros lleguen? Sólo nos pueden brindar repeticiones. Nunca nos mostrarán el fondo de su alma, porque no les tiene cuenta hacerlo. Y aunque lo hicieran, ¿qué ganaría la literatura con una exhibición de hospital?

Felizmennte, estas costumbres no son las de todos los escritores franceses. Hay muha gente sana que, individualmente ó en grupos, defiende

los derechos del ideal. Hasta parece inútil decirlo, porque no comprobaríamos la hegemonía del pensamiento y del arte francés, si no existiesen esas almas grandes. Sólo ellas son fecundas. Todo lo demás se borra y se desvanece. Si tuviéramos que guiar á un joven, le diríamos: «Obsérvate cuando emprendas la ascensión; la envidia significa fatiga é impotencia; si las notas en ti, renuncia á subir á la montaña.»

***

Esto era para dejar sospechar la atmósfera en que se mueven aquí los escritores. Claro está que no todos evolucionan en el mismo plano. En nuestras ciudades subdivididas y complicadas, como un mueble japonés, hay cien círculos concéntricos dentro de cada cosa. No son jerarquías, ni escalonamientos: son atracciones moleculares. Los grupos simpáticos no se forman por identidad de situación, sino por similitud de propósitos. Así vemos á Anatole France fraternizar en los periódicos avanzados con muchos escritores desconocidos. También es verdad que el arte y la política se han entremezclado singularmente en estos últimos tiempos, y ello ha contribuído á desmigajar más aún el núcleo de las letras.

Cada matiz de opinión tiene su literato preferido, cada hoja su *leader* de arte. *L'Echo de París*, á Jules Lemaitre; *La Libre Parole*, á León Daudet; *Le Figaro*, á Jules Claretie; *L'Humanité*, á Anatole France; *L'Aurore*, á Gustave Geffroy; *Le Journal*, á Jean Lorrain... Son nombres que sirven de bandera á pequeños grupos. Después vienen los cenáculos de las revistas, las *coteries* de salones, las peñas de los cafés, los miembros de

las sociedades artísticas, y por fin, los *sauvages*, que no pertenecen á ningún credo y se desarrollan solos, librados á su sinceridad, como las plantas y como la vida.

Los grandes escritores colaboran en los periódicos, porque ser periodista es aquí un honor que todos se disputan; se muestran de cuatro á seis en las *petites chapelles*, á fin de no perder contacto con los enemigos peligrosos; frecuentan los salones aristocráticos, obedeciendo al prejuicio de que *on arrive á tout par la femme*, y aparecen en las reuniones de café, cediendo á la tentación de respirar los olores acres del arroyo. Porque los grandes escritores son nómadas por definición. Viven en todos los mundos, por lo mismo que viven en un mundo aparte. Y hasta cuando se aislan, poseen el don de la ubicuidad. Sin embargo, su paso es discreto y mesurado. ¿Quién no ha visto á Catulle Mendés arrinconado modestamente en un ángulo obscuro del café Napolitain?

Los que hablan muy alto y reinan sobre el acatamiento de los impresionables, son casi siempre medianías. Vestir trajes estrafalarios, hacer profesión de fe de extravagancia y situar la celebridad en las sortijas, son cosas relativamente fáciles, al alcance de todos los aventureros. ¡Cuántos ha visto pasar París, que deslumbraron un instante y se perdieron después en la noche!

François de Nion, el ilustre autor de *Les Facades*, me contaba un día la historia de cierto revelador supraterrestre, que apareció hace diez años en el Barrio Latino, amotinó á la juventud, se improvisó una inmortalidad de apóstol, prometió derramar á puñados las bellezas extrahumanas de que traía llenos los bolsillos, y gozó durante cinco años de una fama portentosa. «Cuando Menga-

no publique su libro—se decían las gentes—cuando dé á luz su obra extraordinaria, habrá nacido una nueva literatura.» Pero como Mengano no hizo imprimir jamás una cuartilla, los mirones acabaron por desengañarse y el genio inaccesible peregrina hoy de taberna en taberna, sin encontrar quien le preste cinco francos y sin decidirse á publicar aún el volumen que debe servirnos de evangelio.

No diré que estos productos abundan en Francia, porque por más incurable que sea la credulidad de los pueblos, llega un instante en que se vuelven cautelosos y examinan la moneda antes de metérsela en el bolsillo. Pero, así y todo, se filtran aún buen número de *fumistes* en el mundo de las letras.

Entre los grupos que se reunen con el crepúsculo alrededor de las mesas de mármol para perorar, saboreando el mortal aperitivo, no falta nunca un ejemplear del género. Son los sobrevivientes de una modalidad literaria que pasó. Todos ellos efectan el mismo desdén por los talentos consagrados, todos fingen no tener en cuenta la opinión del público. «El arte es para una *élite*», dicen. Se burlan de los plebeyos Víctor Hugo y Zola. La aristocracia consiste en admirar á los escritores desconocidos. La superioridad estriba en negar toda superioridad. Sus distintivas son la embriaguez, la atrofia del sentido moral, la paradoja, y una enfermiza tendencia á imaginar obras que no realizarán nunca. Derrochan sus vidas en comentarios. Viven de la ilusión de la ilusión. Y generalmente, acaban por morir en una guardilla, royendo la angustia amarga de los *ratés*.

Las nuevas generaciones han reaccionado fe-

lizmente contra esta enfermedad del espíritu. Los jóvenes de hoy sólo creen en la eficacia del esfuerzo, en el triunfo de la labor tenaz y bien encaminada. Son laboriosos y austeros. Tienen fe en la verdad y en la justicia. Lentamente, como una torre en construcción, que surge por sobre los tejados y va aumentando y creciendo hasta rozar las nubes, levantan la obra que será consuelo en la vejez. Cada volumen es una piedra. Llegan á tener una especie de misticismo sin religión, una ciega confianza en el porvenir. Saben que son la savia que bulle bajo el organismo social, preparando las cosechas próximas.

Porque esta literatura francesa, tan calumniada á veces en el extranjero, ofrece grandes ejemplos de laboriosidad inteligente. Remy de Gourmont es uno. Recuerdo que hace algunos meses, cuando fuí á visitarle á su departamento de la rue des Saints-Pères, no pude contener mi admiración ante su fecundidad victoriosa. Estaba corrigiendo las pruebas de la *Physique de l'Amour,* preparaba una edición de sus *Epílogos*, daba la última mano á una crónica para el *Mercure de France* y tomaba nota para dos libros más. En la media luz del gabinete de trabajo, aquel hombre incansable parecía un alquimista empeñado en extraer y condensar el oro de las ideas.

Como él, hay otros que luchan sin tregua, y sólo viven intelectualmente. Jules Claretie, que publica dos libros al año, escribe para los periódicos tres ó cuatro crónicas semanales, y encuentra tiempo todavía para dirigir el Teatro Francés, no es una excepción entre tantos infatigables. Balzac y Zola dieron un ejemplo sano.

Tras ellos ha seguido la falange luminosa de los caballeros de la celebridad. También es cierto

que resulta imposible descollar de otro modo. En esta vorágine de autores y de libros, es necesario insistir á cada instante para mantener la vibración de un nombre. Sólo se consigue el éxito á condición de ocupar todas las avenidas y aparecer en todos los recodos. Los autores no lo ignoran. De ahí nace esa producción insistente que, dado el primer envión, se transforma en ejercicio necesario y en costumbre. De más está decir que no hablamos de los folletinistas profesionales que publican simultáneamente tres novelas y anuncian una cuarta «con más crímenes». Todo eso está fuera de la literatura. Nos referimos á los productores de belleza, á los artistas concienzudos que, sin descender, desarrollan una acción múltiple, sostenida y extrañamente fecunda; á los manipuladores de ideal, que se transforman en ideal ellos mismos.



Los banquetes de la *Societé des Gens de Lettres,* los *diners* de *La Plume* y las reuniones de cenáculo en el restaurant Foyos, agrupan un público heterogéneo donde domina la mujer. Es una de las distintivas de la literatura parisiense. En cualquier desierto en que acampen tres escritores, hay un sombrero con rosas. Y no se trata de *bas-bleus* hipotéticas, sino de verdaderas intelectuales, que compiten con el hombre y le disputan la primacía.

Camille Pert, la condesa de Noailles, Severine, Gyp, Marni, Marguerite Durand, etc., son escritoras de cuerpo entero. Pueden competir con los autores de cartel. Aunque la literatura femenina tiene un matiz especial que la distingue. Es más

outrée, como dicen aquí; más nerviosa. Sea ella atrevida ó casta, siempre se acerca más á los extremos que la de los hombres. De ahí la reputación de Jane de la Vandère, cuyas obras *(Les Courtissannes de Brahma, Les Demi-Sexe, L'Amazone du Roi de Siam, Le droit d'aimer,* etc.) llegan al límite de lo que se puede arriesgar dentro del arte. Debido acaso á esa particularidad, su nombre levanta polvareda de comentarios. Y como todo lo que se discute merece ser oído, hemos aprovechado la circunstancia de un encuentro inesperado, para pedir á la notable novelista sus opiniones sobre la novela contemporánea y el feminismo en el arte. He aquí lo que nos ha contestado:

«La mujer ha escrito siempre, pero nunca tanto como ahora. Su talento, antes flotante y sin gran originalidad, comienza á salir de la crisálida y cobra un vigor y una autoridad sigulares, mientras que el del hombre, haciendo una evolución en sentido inverso, parece debilitarse, enervarse, desdeñar las grandes y hermosas líneas, para entretenerse con nimiedades de forma y de matiz ó rebuscamientos de expresión casi mórbidos. Ningún novelista ha reemplazado á Zola, ningún poeta á Víctor Hugo. Todos escriben, pero nadie se toma el trabajo de pensar. De la literatura actual no quedará nada, porque las obras de las mujeres serán puestas de lado y condenadas sistemáticamente, como lo han sido siempre en la historia literaria de los pueblos. El antagonismo moral de los sexos es el único que no desarma. Sólo podemos hablar, pues, de la obra masculina, que será la única tomada en cuenta. Esta obra está en una época de transición; no decae, pero sigue siendo lamentablemente vacía. Los cerebros callan, quizá porque elaboran obras maestras, quizá porque no

tienen nada que decir. A pesar de su esfuerzo y su labor perseverante, la influencia de la mujer es hoy por hoy casi nula en las letras. La leerán, alcanzará éxitos de librería, ganará dinero (sobre todo, si se presenta con un seudónimo masculino), pero sus colegas, los que hacen las reputaciones, no le reconocerán jamás una superioridad real. La novela de mañana será la novela de ayer. Nos serviremos solamente de otras palabras para expresar las mismas cosas. Si la moda cambia en el estilo y en el traje, la naturaleza humana es fatalmente la misma.»

Las opiniones que acabamos de escuchar dejan adivinar la irritación de algunas escritoras francesas contra sus colegas masculinos. Estos no parecen concederles toda la atención que ellas creen merecer. Y si es así, hacen mal; porque las de hoy no son simples «aficionadas» como las de antaño, sino verdaderas profesionales de talento.

Geneviève Lanzy, á quien por representar un matiz completamente opuesto al de Jane de la Vandère he pedido después, como contrapeso, su opinión sobre las mismas cuestiones, ha publicado muchos libros *(Recits et legendes d'Alsace, Au pays jaune*, etc.), pero sólo alcanzó la celebridad con su novela *Vers l'amant*, que hizo sensación hace algunos meses. Aunque el título engañe, es una de las obras más castas que se han publicado en París. Es sabido que toda la literatura moderna gira en Francia alrededor del adulterio. Geneviève Lanzy ha reaccionado contra esa enojosa tendencia y ha celebrado los goces del hogar y de la vida tranquila. Al referir la historia de una mujer que, engañada por su marido y á punto de vengarse, renuncia á la aventura que la acecha para reconquistar al infiel por la resignación y el

sacrificio. Geneviève Lanzy ha hecho una obra singularmente natural y humana. Este país ha sido ya demasiado desprestigiado por novelistas poco escrupulosos. Era necesario que alguien viniese á mostrarnos el reverso de la medalla. Contestando á mis preguntas, Geneviève Lanzy ha sintetizado la filosofía de su libro:

«Personalmente, yo no he tenido más que el mérito, bastante raro, es verdad, en una mujer, de saber escuchar. Lo que tengo de salud y de verdad en mi cerebro, se lo debo á mi marido. Mi marido es, entre los médicos, el primero que ha comprendido el papel de la sociología en terapéutica. Yo soy, dentro de la literatura, lo que es mi marido dentro de la ciencia: una optimista, á pesar de todo. Creo que el libro, como la palabra y el ejemplo, puede y debe hacer mucho bien, si refleja un alto ideal de vida en vez de limitarse á escarbar los bajofondos del alma. Habrá una literatura positiva, como hay una psicología positiva. Positivo no quiere decir fatalmente realista. Ver y describir las cosas desde el punto de vista positivo, es verlas y describirlas tales como son, bajo todos sus aspectos, evitando generalizar inprudentemente las observaciones hechas sobre modelos inferiores de humanidad. Si todas las nobles tendencias de la mujer fueran cultivadas por una educación bien comprendida, el germen de sus defectos y sus vicios no se desarrollaría tan fácilmente. La mujer llegaría así á tener sobre su época una influencia benefactora. Cuando uno es feliz, tiene el deber de difundir sus ideas de felicidad en torno. ¡Cuántas existencias devastadas hubieran podido ser encaminadas al bien si en un momento preciso una frase clarividente les hubiese abierto los ojos! La novela del porvenir

deberá ser una escuela de felicidad, una enseñanza atrayente de la vida verdadera, un medio de regenerar, de corregir.»

***

Sea ella de autores masculinos ó femeninos, la producción literaria resulta cada vez más copiosa. Es incalculable el número de novelas que se publican todos los años. Los escaparates de las librerías están atestados de volúmenes, sobre los cuales resalta la consabida faja azul: *Vient de paraître*. Se renuevan todos los días y nos sorprenden á cada instante con nombres desconocidos... ¿Cuántos hombres de letras hay en Francia? ¿De qué viven? ¿Tienen salida todos esos tomos flamantes que brotan sin cesar de las prensas?... Preguntas difíciles de contestar. Lo único que sabemos es que la exportación literaria es importantísima. Buena parte de ese papel impreso atraviesa las fronteras y va á llevar pensamiento y luz á otras regiones. Pero ¿se consume todo lo que queda en el país? Fuerza es admitirlo, porque si asi no fuera se produciría menos. A pesar de cuanto digan los editores, en Francia se lee extraordinariamente. Los autores preferidos, según una *enquête* que ha hecho *L'Informateur des gens de lettres* en los gabinetes de lectura, son George Ohnet, Octave Feuillet, Víctor Hugo, George Sand, Marcel Prévost, Paul Bourget, Emile Zola, Anatole France, Willy, Paul Adam, Pierre Loti, Octave Mirbeau, Maurice Barrés y Alejandro Dumas. Esta lista refleja el gusto caprichoso y elemental del público modesto. La *petite bourgeoisie* no conoce ni á Flaubert, ni á Stendhal, ni á Rosny.

Quiere novelas muy sentimentales, ó quiere novelas de aventuras. Entre los autores que merecen su aprobación hay de todo, desde los simples gacetilleros, hasta los poetas geniales. Pero se adivina que lo que prefiere de estos últimos es lo menos bueno. Sin embargo, no hay que dar á la averiguación más importancia de la que tiene. Ella no abarca más que una categoría limitadísima de lectores: la que alquila el libro. Los que lo compran tienen otros gustos, y otros los que lo leen en las bibliotecas. Quizá es esta última fracción la que está más preparada para juzgar, porque se compone en su mayoría de literatos y estudiantes. Pero nadie ha hecho una investigación sobre sus preferencias. No es difícil que hubieran respondido esos lectores que todos los autores son buenos, con tal que los sepamos leer, porque unos nos enseñan lo que hay que perseguir, y otros lo que conviene evitar, unos nos llevan á la belleza por la belleza misma y otros por la reacción que provoca en nosotros lo irremediablemente malo.

El número de ediciones indica muy poca cosa. George Ohnet se vende tanto como Zola, y Willy más que Anatole France. Son preferencias independientes de la literatura. Y no es prudente basarse en ellas para abrir juicio.

Lo que hay en Francia digno de ser imitado, es el entusiasmo ciego con que se dan los hombres á la obra. Los diletantes que toman la pluma de una manera intermitente son aquí flores de salón que apenas atraen las miradas de un pequeño círculo. Para llegar al público y retener su atención es necesario darle grandes tajadas de carne intelectual, substanciosa y abundante. Se acabaron las *mièvreries* y los folletos en bastardi-

lla. Lo que los autores tienen delante es un monstruo voraz que les obliga á exprimirse el cerebro y á dar toda el alma... Á ese peligro van alegremente los guerreros intelectuales, como los coraceros del 70 iban á la carga trágica. Cuando encontremos en las calles uno de esos hombres pálidos y escuetos, que llevan luto en el traje y en el alma, que traen el gesto tardo y los ojos de crepúsculo, no le preguntemos de qué proviene su fatiga. Dejémosle pasar. Es uno de los héroes que están alimentando á su generación.

Cuatro siluetas

I

JEAN JAURÉS

Jean Jaurés es un hombre pequeño, robusto y macizo, de piernas cortas, pescuezo de hércules y ojos muy vivos y muy dulces, que revelan firmeza y bondad, ternura y energía. Su cara redonda, envuelta en una barba cortada en punta, tiene algo de un Cristo de Guido Reni y mucho del obrero que vemos al anochecer en la sombra de los arrabales, con su martillo bajo el brazo. No afecta un *deshabillé* de bohemio como otros revolucionarios. Su aspecto es el de un modesto burgués ó un artesano en traje de domingo. Lleva el pelo corto, el *jaquet* con todos sus botones y las uñas limpias. En conjunto tiene un aspecto pesado de auvernés que está en contradicción con la flexibilidad y la viveza de su talento.

Sin exageración, se le puede llamar el primer orador de Francia. Es sobrio, arrebatador y tiene arranques líricos de tan alto vuelo, que á veces,

iluminado por su entusiasmo, cobra perfiles de profeta. La concisión de Robespierre, el desborde de Mirabeau y la reserva de Barnave, se han fundido y se han reconciliado en él, dando nacimiento á una elocuencia mixta, hecha de destreza y de pasión. En las luchas parlamentarias, donde el terreno está minado de tal suerte que el menor desvío es una derrota, Jaurés es un campeón formidable, porque fortifica su elocuencia y su empuje con una suprema habilidad de hombre público, que saca de las palabras todo el partido que éstas pueden darle. En las reuniones populares, nadie ha sabido como él apoderarse de la multitud y arrastrarla, imponiéndole el aplauso y obligándola á apasionarse por lo que aborrecía. En la célebre conferencia contradictoria de Lille, cuando Jaurés y Guesde defendieron ante un público, que era enteramente favorable á este último, las dos concepciones tácticas del partido socialista, Juarés comenzó á hablar entre murmullos y terminó en medio de una ovación. El auditorio cambió de doctrina en media hora. Y Guesde, que es también un orador de talento, sufrió ese día una derrota memorable. La característica de la elocuencia de Jaurés, es la exactitud. Reduce su pensamiento á frases precisas que ponen las ideas al alcance de todos. Pero á veces se apasiona y se entrega á uno de esos períodos inverosímiles, que se escalonan en un florecimiento de colores brillantes y de imágenes nuevas, que suben, abriendo perspectivas y paisajes, hasta acabar en un estallido cubierto por los aplausos. El público sigue al orador con ansiedad y le acompaña jadeante en su carrera portentosa, con el deseo vehemente de gritar: «¡Basta!» El ejercicio es tan maravilloso, que el auditorio experimenta algo así como un remordi-

miento de que se haga en su honor tanto derroche de inteligencia. Se siente mordido por una angustia indefinible, como ante un espectáculo sobrenatural, y sufre un goce mezclado de dolor, porque cree asistir á la tortura de un cerebro que se exprime y da todo su jugo. Ignora que el orador saldrá de la sala para entrar á otro mitin y pronunciar otro discurso.

Como escritor, Jaurés es también uno de los más notables de la Francia contemporánea. Sus artículos en defensa de Dreyfus, reunidos después en un volumen, bajo el título de *Las Pruebas*, bastarían para consagrarle escritor brillantísimo y supremo polemista. Es uno de los pocos hombres públicos que siguen siendo literatos, enamorados de la forma y de la imagen. Sin mengua de la precisión y el laconismo, Jaurés encuentra medio de embellecer los temas más áridos. No hay actualmente en París otro escritor tan uniformemente cuidado y tan fecundo. Sus artículos diarios en la *Petite Republique* y en *La Dèpêche* de Tolosa, su colaboración en una docena de revistas, su colosal *Historia del Socialismo* y su correspondencia, le dejan tiempo todavía para pronunciar diez discursos por semana.

Personalmente, Jaurés es un hombre afable y modesto, un «convencido» capaz de todas las proezas, un generoso obstinado y un gran corazón. Hijo de padres burgueses, heredero de un nombre ilustre (es descendiente del célebre almirante), y propietario de una fortuna regular, abandonó todas sus ventajas personales para ponerse al servicio de todos los desgraciados. Pudo ser ministro cien veces, pero ha preferido ser amigo de los mineros de Carmeaux. Ha hecho siempre su deber y ha sido consecuente consigo mismo. Su rectitud

le ha sido á veces perjudicial. Su sinceridad en el asunto Dreyfus, le hizo perder su banco de diputado. Pero, según Jaurés, «la popularidad, como la fortuna, sólo es excusable, á condición de que siempre estemos dispuestos á gastarla».

II

AMILCARE CIPRIANI

De regreso de Amsterdán, en el tren Cosmopolita, ensordecido por las conversaciones de los delegados belgas, ingleses, franceses y norteamericanos que volvían del Congreso Internacional, con el entusiasmo á flor de adjetivos, comentando las resoluciones y los discursos, me deparó el azar la buena suerte de una vecindad interesantísima.

Junto á mí se sentó un anciano venerable, de ojos enérgicos y barba con punta. Su traje de luto, su corbata descuidada y su chambergo altivo, le daban cierto aspecto singular. Hablaba en francés correctamente, pero con cierto matiz melodioso, con cierto exotismo y cierta bizarría en las expresiones. Alguien le preguntó su opinión sobre los resultados de la gran asamblea.

—*Ce n'est plus l' atmosphère de notre première Internationale*—dijo con tristeza.

Y luego, como si tratara de atenuar su reproche:

—*Sono vecchio!*

Un amigo común nos presentó:

—Amilcare Cipriani, uno de nuestros primeros luchadores.

Aquel nombre era toda una historia.

Desde mi niñez he oído ó leído los hechos y las proezas de ese italiano indómito que, desinteresado hasta el sacrificio, ha luchado por tantas causas justas y ha derramado su sangre en tantas ocasiones. Nosotros los recién llegados, los que venimos, por así decirlo, á recoger las rosas en una época en que el desarrollo del partido hace imposible las persecucioues, tenemos que mirar con admiración y con respeto á estos precursores atrevidos.

De más está decir que conversamos durante todo el viaje. Pero fué una conversación general, en que tomaban parte muchas personas. Yo hubiera querido solicitar confidencias, pedir anécdotas y recuerdos, remover ese pasado de rebeldías.

Cuando llegamos á París, al despedirnos en la estación, le manifeste mi deseo.

—Venga usted á verme una mañana á las nueve á la *Petite Republique.*

Dos días después estábamos fumando un cigarrillo, con los codos sobre la mesa, en la pequeña sala de redacción, donde trabaja el antiguo garibaldino.

El corresponsal del diario italiano *Avanti!* asiste á la interviú y sustituye su admiración á la modestia de Cipriani.

—Nacido en Rívoli en 1844, le ve usted llenar una vida en poco tiempo. Voluntario en Solferino, desertor con Garibaldi, heroico en Aspromonte, emigrado en Grecia, jefe de barricadas atenienses, expulsado, explorador científico en Egipto, enfermero durante el cólera, perseguido por la monarquía italiana, refugiado en Creta, jefe de regimiento en la guerra franco-prusiana, insurrecto con la Comuna, condenado á muerte y deportado á Caledonia, regresa á Francia después de diez

años de destierro, para ser expulsado otra vez. De nuevo en Italia contribuye á preparar un movimiento revolucionario; es detenido y condenado á 25 años de presidio. La circunscripción de Forli y Rávena, le elige diputado nueve veces. Después de ocho años de prisión obtiene, por fin, su gracia. Vuelve á Francia. Funda la *Unión de los pueblos latinos* y un semanario: *Guerra á la guerra.* Toma parte en la campaña contra Boulanger. En 1891 está en Sicilia. Su propaganda inquieta á las autoridades. Un asesino misterioso le hiere gravemente. Nueva condena á tres años de prisión. Se evade, y organiza una legión italiana para ir á combatir en favor de Grecia, donde toma parte en diez combates y pierde el 43 por 100 de sus hombres. Una vida laboriosa, como usted ve—concluye el corresponsal del *Avanti!*—; pero durante la paz, en la tranquila labor diaria, ha hecho Cipriani más grandes cosas.

Y me cuenta el desprendimiento y la generosidad de este gran iluso, que no ha tenido nunca dinero, pero que ha hecho el bien en todas las ocasiones.

Cipriani interrumpe el elogio:

—No he sido más que un hombre sano.

Y en la frase está su más gloriosa biografía.

III

LUISA MICHEL

Flaca, envejecida, momificada casi, pero con un incendio de pasión en los ojos, la gran visionaria recorría aún, á pesar de sus setenta años, las ciudades y las aldeas, predicando su hosco evangelio de rebeliones.

En la resplandeciente Niza, abriendo un paréntesis de sombra en la vida elegante de la Costa Azul, apareció hace pocas semanas la silueta de la *vierge rouge*, y ante un público de sectarios y de curiosos pertenecientes á todas las clases sociales, reanudó su incansable apostolado.

Como la conferencia había sido anunciada por todos los periódicos, la sala se llenó de un público heterogéneo, en el que abundaban los *snobs* sedientos de novedades, y aun recuerdo la emoción de una dama distinguida, que, después de oir aquel requisitorio contra la riqueza y aquella apelación á la solidaridad, ganada á pesar suyo por un vértigo, dejó al salir una sortija en la bandeja donde se recogía el óbolo para los revolucionarios rusos.

Sin compartir completamente las ideas de Luisa Michel y sin aprobar su violenta propaganda, fuerza es reconocer el desinterés prodigio-

so, casi místico, con que esta extraña mujer dió en vida su actividad, su pensamiento y su salud á la causa que creyó justa. Las persecuciones, los contrastes, la misma ingratitud de aquellos á quienes trataba de favorecer, no consiguieron doblar ese carácter, minar esa fe, vencer esa voluntad.

Los diarios de París han venido llenos de comentarios sobre su muerte, porque Luisa Michel era en Francia tan popular como M. Loubet.

En el fondo de mis recuerdos sobre París, la veo todavía, hace dos años, en la *Salle des millie colonne*, en pleno arrabal obrero, desafiando la barbarie de las hordas antisemitas, que trataban de cubrir su voz, desmoralizadas por la locura del antidreyfusismo. Un fanático trepó á la tribuna y pugnó por imponerse. Pero la calma de Luisa Michel fué tan desdeñosa, tan desconcertante, que salvó la situación y venció las pasiones de la asamblea irritada. Era una mujer nacida para el motín y para la plaza pública. Sus gestos tenían no sé qué extraña solemnidad, que contenía el grito hostil en las gargantas. Aquella noche logró gobernar y dirigir los odios de tal suerte, que al cabo de media hora la multitud aplaudía lo que silbaba momentos antes...

A la salida, un anarquista español, que no puedo nombrar, me presentó á Luisa Michel. En su apretón de manos sorprendí una reserva fría. A pesar de mis ideas avanzadas, yo no era, naturalmente, para ella más que un simple «burgués». Pero después de conversar un instante, se desvanecieron las prevenciones y fraternizamos.

Luisa Michel me pareció un temperamento noble y altruísta, aunque unilateral. Sus convicciones libertarias la llevaban á menudo á ser in-

justa con los enemigos. No tenía esa flexibilidad de carácter, ese espíritu crítico despierto que nos permite penetrar la mentalidad del adversario y desentrañar la lógica de sus aptitudes. Sin embargo, con todos sus defectos, era una personalidad rara.

Un amigo le dijo cierta vez:

—Ha llegado la hora de descansar.

—¿De descansar?—repuso inquieta la propagandista—. Todavía no he muerto.

La previsión se ha realizado.

La incansable se extingue en plena jira de conferencias.

IV

MILLERAND

Millerand es sobrio de palabras, pero es comunicativo.

Cuando le hablaron por teléfono desde la redacción de la *Petite Republique*, haciéndole presente mi deseo de conversar con él, contestó lacónicamente indicando el día y la hora en que podía presentarme en su casa. «El jueves á las 10 a. m.» Es decir, al día siguiente.

Aquella mañana llovió torrencialmente, y mi fiacre, pesado y lastimoso, atravesó las calles casi desiertas, entre una trabazón de hilos de plata. Los escasos transeuntes, calados hasta los huesos, huían por las aceras rozándose con los muros, ó se refugiaban en los portales, sacudiendo los paraguas, que goteaban sobre las piedras...

Millerand vive cerca del cuartel de los Inválidos, en una casa nueva de un barrio tranquilo. Pregunto á la portera al entrar. *Cinquiéme étage á droite*—me dice sonriendo. Los personajes importantes no tienen por costumbre vivir en el quinto piso. Y las porteras saben lo que conviene á los personajes importantes. De ahí la malicia. Malicia que se justifica quizá si recordamos que en el mismo inmueble vive en el primer piso un

antiguo subordinado de Millerand: el subsecretario del ministerio de Comercio, M. Fontaine.

Un criado sencillo y correcto me hace entrar á una sala pequeña y bien alhajada, en cuya mesa de centro hay una bandeja con bombones. ¿Será porque, como la música pacifica á las fieras, los bombones calman á los diputados de la oposición?

De ahí pasamos á un gabinete de trabajo, donde, detrás de una mesa de cedro cubierta de papeles, se destaca el busto tranquilo del ex ministro de la combinación Waldek Rousseau.

Macizo, con cierta amargura desdeñosa en la comisura de los labios, Millerand es, por su solidez y su imperturbabilidad, un bloque de piedra. Los ojos francos, ahondan y escudriñan. Pero la investigación está llena de indulgencia. Más que un político, parece un filósofo que asiste á los apasionamientos, los errores y las debilidades de los humanos, con una sonrisa ingenuamente paternal. En ese hombre que ha domado los instintos, sólo subsiste una vanidad: la de ser práctico. Tanto, que á fuerza de ser práctico, acaba por ser soñador; porque los verdaderos soñadores son los que ante la vida múltiple y oleosa no cuentan con lo improbable y con lo imprevisto.

Para la concepción de Millerand, la existencia resulta dirigible como los automóviles. Es el gran reproche que se le puede hacer: haber olvidado que en la realidad entra por mucho la fantasía. Pero él está tan seguro, tan confiado en la infalibilidad de su visión, que llega en ciertos momentos á irradiar esa confianza y á convencer á los demás. Lo que es innegable, es su vigor de carácter. Como energía sólo hay una en Francia que compita con la suya: la de Waldek-Rousseau.

Como lealtad moral, nadie puede poner en duda la de un hombre que sacrificó su popularidad á sus convicciones. Lo que Millerand quiere, por sobre todas las cosas, es aparecer ante el Parlamento como hombre de Estado. Más que por ambición, por doctrina; para acallar las resistencias de los partidos conservadores y llevar hasta el gobierno algunos jirones del ideal de la democracia.

La tendencia es plausible. Lo que sus correligionarios no pueden naturalmente admitir es la serie de abdicaciones que ha consentido para conservar en el campo enemigo esa reputación de hombre práctico. Bien está que los partidos populares acepten las responsabilidades del gobierno, se infiltren por todas las grietas del edificio social y compartan, en determinadas ocasiones, el poder con las agrupaciones democráticas, pero han de entrar con la bandera desplegada, en plena luz, sin sacrificar un ápice de su ideal.

El ex ministro de Comercio no lo cree así. Y ese es su lamentable error.

Pero en su acción razonada y tenaz, hay un esfuerzo digno de estudio. Millerand se ha impuesto una obra ingrata, que hace de él un blanco donde convergen las flechas de todos. Para los conservadoras es un revolucionario; para los revolucionarios es un conservador. Aquéllos le reprochan su audacia; éstos su tibieza. Quizá en las vueltas y las modificaciones del tiempo, dentro de algunos años, cuando la clase dominante se resigne á inevitables contemporizaciones, llegue por un momento á ser el eje de la política francesa y el punto de equilibrio de dos bandos. Quizá alcance á erigirse en árbitro que dé á cada cual su parte y apacigüe transitoriamente las cosas.

Pero el error, á nuestro modo de ver, ha sido atenuar el programa y enajenarse las simpatías de su partido. Su moderación es una garantía que le coloca naturalmente en excepcionales condiciones para ser aceptado en un momento de apuro por los partidos burgueses; su reputación de hombre práctico le facilita el acceso al poder... Pero no contando con el apoyo de su partido, ¿podrá hacer obra útil en las alturas?... Mucho me temo que llegado el caso sólo resulte un hombre más, que la opinión confundirá con los que ya están en el gobiernc. ¿Cómo podrá arrancar concesiones, si no dispone de la presión que ejerce en esos casos una fracción de pueblo organizada? ¿Y qué ventajas podrá ofrecer á los dueños de la situación el apoyo de un hombre que al ocupar el sillón ministerial no desarma la hostilidad de ningún partido?

Pero volvamos á nuestra visita.

Sereno, reflexivo y pausado, Millerand, me habla de sus proyectos de ley, muchos de los cuales se quedaron sin aprobar porque cayó el ministerio. Su palabra clara y resuelta hace desfilar, como en un cinematógrafo, las reformas que se deben á su iniciativa. Y como ve que escucho la enumeración con interés, se interrumpe para decirme que, á su juicio, tambien allá, en América, habrá que hacer cosas semejantes. Todo esto fluido, sin apasionamiento, como si hablara de historia antigua. Una de las características de este hombre es la templanza. No se crispa ante la contradicción como tantos otros; examina y expone sus argumentos fríamente. Se diría que ha extirpado los atavismos y se ha hecho un alma de razón. Para Millerand todo se resuelve por ecuaciones algebraicas. «Dada tal situación y

tales fuerzas», etc. Pero la vida, que no obedece á la lógica como los números, crece al capricho de la buena naturaleza...

Lo que le falta á Millerand para acertar en el porvenir es un poco de imprevisión. Lo que le sobra para errar en el presente, es la meticulosidad. Nó tiene uno de esos caracteres audaces y desmelenados que sospechan más de lo que saben, y adivinan más de lo que deducen. Hombre de biblioteca y de laboratorio, ignora el supremo impulso indispensable para guiar á las multitudes á la victoria y dominar la vida.

Tiene, en cambio, un envidiable instinto para conocer y graduar los matices. Como talento parlamentario es, sin disputa, uno de los más grandes de su época. Como orador, resulta terrible con su lógica irrefutable. Como hombre, todos convienen que es uno de los más sinceros y leales entre los que figuran en el país. En el ministerio ha sido un administrador excepcional, en la Cámara un *leader* victorioso, y en las reuniones públicas un orador aclamado. ¿Que de dónde viene entonces su impopularidad? De su concepción un tanto estrecha del socialismo y de su deseo desmesurado de conciliación.

Es verdad que estos defectos resultan cualidades desde otro punto de vista. Millerand está indicado para figurar en otro ministerio Waldek-Rousseau. Pero ¿volverá otro Waldek-Rousseau al poder? No es el caso tan fácil como algunos imaginan. El movimiento iniciado ha ido más lejos que las previsiones. Ha rebasado el programa. Tal reaparición marcaría, en cierto modo, un retroceso. Y dada la velocidad adquirida en este gran empuje que arrebata hoy al pueblo francés, resulta casi imposible la aventura. ¿Los girondi-

nos volvieron al gobierno después de haber sido eclipsados por los dantonistas?

Todo ello está todavía en las tinieblas, porque del porvenir sólo sabemos que trabajamos en forjarlo sin sospechar lo que será. Lo que es seguro, es que al salir de casa de Millerand seguía lloviendo torrencialmente, y que como me detuve algunos pasos más lejos por entrar en una cigarrería, le vi salir á su vez y atravesar la calle con el paraguas abierto y los pantalones remangados

Entonces comprendí la inutilidad del coche de alquiler que me esperaba al borde de la acera. La comodidad es un lujo mientras no se extienda á todos los hombres... Pagué al cochero... y me alejé también bajo la lluvia, como un ex ministro.

La inmortalidad y las pasiones

La muerte del diputado Syveton, que levanta hoy en París tan tumultuosos comentarios, sugiere algunas consideraciones interesantes. Crimen ó suicidio, el drama de Neuilly pone de relieve un conflicto curioso entre el hombre que piensa y el que *vive*.

Cuando se suicidó Boulanger en Bruselas, sobre la tumba de Mad. X, trocando un porvenir por un recuerdo, el antagonismo que apuntamos no resultaba tan evidente como en esta circunstancia. Boulanger, después de perder su popularidad, había malgastado sus fuerzas y era, en política, un cadáver.

Su vehemencia sentimental no fué quizá más que una puerta de escape, que le sirvió para salir, á su juicio, airosamente del atolladero.

El caso que nos ocupa es diferente. Imaginaos un Syveton profundamente ambicioso, de innegable inteligencia, de energía probada, que despues de largas luchas en la sombra, consigue surgir, labrarse una situación, hacerse una fisonomía, ser rey en la escena, y que en el instante mismo en que iba á alcanzar su apoteosis, se ve derribado y

empujado hasta el sepulcro por el otro Syveton, el de la vida íntima.

Tal es la áspera claridad con que se presentan los hechos en este drama penoso, que los periódicos llevan y traen ahora con excesiva crudeza, olvidando el indulgente respeto que debieran merecernos los cadáveres.

Los episodios vergonzosos é inconcebibles, las suposiciones ignominiosas, los actos bestiales, la amoralidad desconsoladora de cuantos han intervenido en el asunto y el realismo asfixiante de esa vida que se revela de pronto á los transeuntes escandalizados, ha servido de pretexto á más de un complaciente comentador para deleitarse en la pintura de las peores monstruosidades.

Los que así han obrado se parecen á los que aprovechan la confusión de una catástrofe para ultrajar á las señoras. Y no merecen los delincuentes que nos detengamos á condenarlos.

Lo que importa no es detallar las escenas, sino extraer la filosofía de los hechos.

Abstengámonos de estudiar á M. Syveton en sus incalificables fantasías, y contentémonos con apuntar las generalizaciones que el caso trae en sí.

Esa dualidad del hombre, ese equilibrio que tan á menudo se destruye entre su ambición y sus pasiones, ha sembrado en la historia los peores fracasos. En cada página hay un ejemplo, y las situaciones son las mismas... La aspiración superior, el ímpetu grande de orgullo, la ambición de la estatua, dan nacimiento á muchas heroicidades; pero, al mismo tiempo, una fuerza irresistible, una atracción de abismo, mina esa gloria naciente y la derriba.

Aquí la concupiscencia, allá el alcohol, más le-

jos la lujuria; casi siempre hay una llaga que roe á los que, sin ella, hubieran podido descollar completamente y entrar en el porvenir.

Parece que, así como cada ser humano lleva en su propio peso la imposibilidad de elevarse sin ayudar á los espacios, cada vanidad lleva en sus propios vicios el adversario que debe refrenarla.

Syveton aspiraba á las más altas situaciones, á la más vasta popularidad, á la gloria, acaso. No discutiremos sus ideas políticas; pero es evidente que se proponía realizar, en plena tormenta, una obra que estimaba importante. Erigirse en defensor del ejército, poner á raya á los demócratas, levantar barreras ante lo desconocido y dar jaque á todas las revoluciones, era, más que un programa, una bandera.

Su actitud de jefe le hacía centro de millares de esperanzas y de apetitos. Todo un grupo comenzaba á girar alrededor del diputado convertido en guía. Pero el valor moral, que alcanzaba á dominar los acontecimientos, no conseguía acallar las propias inclinaciones. Aquel hombre, audaz ante las multitudes, abría en la intimidad, y á sabiendas, la sepultura de su prestigio. La precipitación por gozar, el deseo de vivir, el ansia subalterna de sensaciones y de cambios, llevan á menudo, á los que no saben gobernarse, de caída en caída. Y Syveton, armado ante sus semejantes, pero indefenso ante sí mismo, rodó por su propio impulso.

Lo que traemos dentro es quizá la prueba á que nos somete la eternidad. Vencer á solas las solicitudes del mal, es el más alto testimonio de energía y el mejor presagio de victoria. Las cabezas sobre las cuales se acumulan grandes desti-

nos, saben evitar los golpes en las tinieblas, y hay cierta adivinación que preserva de todo á los señalados como vencedores. Pero no es por eso menos grandiosa la lucha entre lo que intentan ciertos hombres, de divino, y lo que conservan de humano, entre la inmortalidad y las pasiones.

La ciudad envenenada

Nadie ignora que París es una de las ciudades donde las gentes mueren más jóvenes. El término medio de la duración de la vida del hombre es aqui inferior al de cualquiera otra capital. Unos explican esta circunstancia argumentando la multiplicidad de emociones y la facilidad del placer. Otros afirman que una aglomeración tan populosa es fatalmente antihigiénica. Pero muy pocos advierten la verdadera causa, la causa mezquina que sorbe la savia de la colectividad y debilita el empuje de la raza.

Está muy lejos la hora en que sobre la muerte vencida se alzará el hombre, triunfante y dueño de las hegemonías del futuro. La especie no se ha posesionado aún de la Naturaleza; hay muchos resortes que nos escapan, y probablemente ignoramos mil cosas, cuyo descubrimiento puede cambiar la faz del mundo. Pero en lo que sabemos, hay ya elementos sobrados para preservarnos y defendernos parcialmente. Muchas enfermedades, que antes devastaban y consumían ciudades enteras, están hoy reducidas y ahogadas. El hombre, indefenso en otros tiempos, ha comenzado á ver en la sombra lo desconocido y á

parar los golpes. Los progresos de la higiene y el triunfo de la química nos autorizan á afirmar que, teóricamente, estamos armados para la lucha contra los enemigos invisibles.

Siendo así, ¿por qué aumenta aquí la mortalidad, por qué se consume el parisiense como un cirio que estuviera dando las últimas claridades? Es innegable que el vigoroso pueblo de otros tiempos se anemia, languidece y se dobla, como una planta enferma. Las caras pálidas, los músculos flojos, la estatura mezquina y hasta la falta de resolución en todas las cosas, están denunciando una laxitud universal y una falta de empuje incomprensibles en una raza antes tan vivaz y tan heroica, que escaló en quiméricas cabalgatas todas las cimas y llegó hasta hundir las manos en el sol.

¿Cuál es la causa de este desmayo? se preguntan los viajeros... Porque es difícil ver, bajo la superficie brillante y seductora, la llaga mortal.

Sin embargo, creemos poderla distinguir. La causa consiste en que si «en teoría» se sabe lo suficiente para salvaguardar un tanto la existencia, en la práctica se obra como si no supiese absolutamente nada.

No nos referimos á la negligencia, á la falta de ilustración y al espíritu de rutina de la mayoría de las gentes. Tampoco hacemos referencia á la absurda distribución de los presupuestos públicos, que conceden sumas enormes para cosas inútiles y limitan las cantidades necesarias para proteger á la colectividad. Todo ello contribuye, indudablemente; pero tales errores, comunes á todos los pueblos, no han podido colocar al país en estado de inferioridad. Ha sido necesaria otra cosa más local, más típica, más francesa. Digá-

moslo en una frase: «La ciudad está envenenada por una alimentación nociva.»

Aquí cabe repetir que nuestra sociedad, basada en la competencia, es un peligro para el hombre. En el «sálvese quien pueda» de la ebullición cotidiana, sólo se atiende á ganar dinero. La lucha es tan recia y dolorosa, que la mitad de la población vive, no diremos de matar á la otra mitad, pero sí de acortarle la vida, vendiéndole productos antihigiénicos, incompletos ó adulterados. Es un vicio tan arraigado en París, que toma las proporciones de una verdadera catástrofe nacional. De más está decir que la vigilancia intermitente y caprichosa de las autoridades hace muy poco para corregirlo. Se ha establecido común convenio tácito entre las gentes. Nadie se asombra. Nadie protesta. Burlar al consumidor es una cosa que ha entrado en las costumbres, como el *pourboire*.

Si se tratase de engañarle en el peso, en la cantidad ó en el valor de las mercaderías, no ensayaríamos un comentario. Esas nimias indelicadezas son como un corolario de la profesión y hasta es una mezquindad mencionarlas. Pero se trata de manejos, falsificaciones y engaños que atentan á la vida, á lo único irreemplazable que existe. Se trata de un sistema de envenenamiento progresivo, que extiende sus tentáculos sobre la ciudad y la anemia y la marchita toda, encerrándola en un arco iris de muerte. El atentado es tan grave, tan peligroso, tan trascendental, que puede poner en peligro la suerte del país y el porvenir de toda una civilización.

El prejuicio corriente de que la prosperidad individual de una minoría comerciante significa prosperidad y grandeza para los connacionales

todos, ha hecho ya muchos estragos en el mundo. La mayoría, la masa, ha sido sacrificada sistemáticamente al bienestar y á la conveniencia de una fracción de clase que no hace más que servir de intermediaria entre el productor y el consumidor, y que vive parasitariamente de un injusto *prèlevement* sobre las necesidades comunes. Todo esto podría ser tolerado y explicado, dada la anarquía social que nos empeñamos en mantener. (La libertad de comercio, tal y como se entiende hoy, no es más que la legalización del desorden.) Pero lo que resulta inexplicable es que una sociedad consciente, que una colectividad pensante, se resigne á debilitarse y á acortar su hegemonía, para respetar el derecho al engaño de un reducido número de comerciantes al menudeo, ávidos de hacer fortuna. La funesta falta de iniciativa que causa en Francia tantos estragos (falta de iniciativa, de la cual nos ocuparemos en otro artículo), hace que todos se resignen y soporten la desgraciada situación. El optimismo popular atenúa la importancia del asunto. Algunos llegan hasta sostener que ciertos productos adulterados son más sabrosos que los auténticos. Y en la atmósfera amable del indiferentismo general, pasa cortando flores la muerte, una muerte elegante y llena de sonrisas, una muerte de dedos afilados y uñas de color de rosa, pero una muerte implacable, que se lo va comiendo todo con sus hermosos dientes de marfil.

***

Las personas de fortuna que pueden hacer sus provisiones en casas especiales ó en almacenes de lujo, consiguen atenuar los efectos de esta enfermedad nacional. Pero no todos tienen recursos

para hàcerse traer el pan de casa de Gayet, la leche del jardín de Aclimatación, la carne de la rue Trouchet, la fruta *de chez Potet et Chabot,* el azúcar del hotel Terminus, y los vinos directamente del país de origen. La casi totalidad de los habitantes compra los alimentos en los almacenes de barrio y entra de lleno en la zona peligrosa de la alimentación parisiense.

¿Sabéis lo que es una carnicería en la capital del mundo? Una carnicería es un pequeño salón muy limpio, donde un hombre rojo corta los pedazos de carne con una minuciosidad de orfebre, mientras la cajera, sentada detrás de un alto escritorio, recibe el dinero de los clientes y escribe las cuentas en pequeños rectángulos de papel glacé.

Esta es la visión exterior, la *mise en scène* que el extranjero admira al llegar y ofrece después como ejemplo á sus compatriotas, haciendo gala de cierta pueril vanidad de turista bien informado. Pero, en realidad, una carnicería es una fábrica de dinero donde el mismo trozo de carne, expuesto al aire y al polvo durante el día, entra al anochecer al frigorífico, para salir de nuevo al siguiente, volver á recibir las salpicaduras del arroyo, y recomenzar indefinidamente el ejercicio hasta encontrar comprador. Representa una cifra, y aunque huela mal es necesario hacerle producir lo que vale. La putrefacción, que comienza en el día, se detiene durante la noche bajo la influencia del hielo, pero recomienza al volver á la luz. Se va descomponiendo *par petites poussèes,* como avanzan las enfermedades. A esto se unen los diferentes roces, la desecación ocasionada por el viento y cien otros males, de los cuales resulta que nuestro prosaico bisteck de todas las maña-

nas sólo es una cosa neutra, sin sabor y sin eficacia nutritiva. Menos mal cuando sólo es así. A menudo ocurre que es parte de un animal roído por una enfermedad contagiosa. Y no son raros los casos en que proviene de un viejo caballo de ómnibus que ha muerto de fatiga en el trayecto accidentado que va del Panteón hasta la plaza de Courcelles. La nativa habilidad para presentar las cosas lo disimula todo. Con sus *papillotes* rizadas y su orla de perejil, el trozo de carne dura es una tentación para el transeunte. Pero, *in cauda venenum*. Los estómagos pagan los éxitos comerciales del vendedor.

Que no se nos interrumpa... «Son preocupaciones inferiores que no caben en la letra impresa», murmurará alguno. Pero la vida de todos y hasta el arte dependen de estas minucias. La alimentación tiene innegable influencia, no ya sobre la salud y la longevidad, sino sobre el carácter y los sentimientos. Si la sensibilidad no está en el estómago, éste contribuye por lo menos á modificarla. El pesimismo no es á menudo más que una forma de la dispepsia. Los hombres sanos y vigorosos producen obras á su imagen. Los débiles y los enfermos se encastillan en «originalismos» y perversidades que son los tumores blancos de la literatura. De suerte que las «preocupaciones materiales indignas de los escritores» tienen más importancia de la que suponen los simuladores hábiles que creen vivir fuera de la vida porque se niegan á comprenderla. Los hombres que están bien á plomo sobre el mundo, con las garras hundidas en la verdad, saben que el ser humano es ante todo «humano», es decir, fruto del medio en que se desarrolla. De ahí que abordemos este capítulo sin atenuaciones, convenci-

dos de que si es fácil, según la frase de Zola, comer sin pensar, no está en lo humano hacer, ni aun en sueños, el imposible de pensar sin haber comido. Marivaux y Dumas (padre), Balzac y Flaubert, cuyos retratos adornan mi gabinete de trabajo, sonríen ante la hipótesis de que la alimentación pueda ser antiliteraria. Y uno de ellos, el autor de la *Reine Margot*, parece adelantarse para ofrecerme su libro de comentarios á la Brillat-Savarin. Porque no es indispensable ser consejero de la corte de casación para ocuparse de gastronomía. Y el novelista más popular del siglo XIX supo escribir con gracia sobre el tema.

Por otra parte, en lo que decimos hay algo más que arabescos de aficionado. Porque no sólo se adulteran ciertos productos, sino todo cuanto consume la colectividad. Para ganar en el peso nos dan la sal mojada, el pan con serrín y el azúcar con raspaduras de mármol; para sisar en la medida nos venden en vez de vino un agua coloreada con curiosos ingredientes; para asegurar la ganancia egoísta y personal nos enferman con pescados putrefactos, con carnes averiadas y con agrias cervezas. Casi todos los días señalan los periódicos un caso de intoxicación causado por la mala calidad de los alimentos. Hoy es un pato que envenena á varias personas, mañana una crema que pone en peligro la existencia de una familia. Pero el prejuicio de la libertad de comercio («todo engañado es legítimo, porque se supone que el comprador sabe lo que compra») lo justifica todo. Cuando es notorio que hubo un muerto, se levanta un sumario *pour la galerie*, y casi siempre quedan las cosas como estaban. Tampoco pueden las autoridades formalizarse contra gentes que no hacen más que ejercer los derechos que les con-

cede el régimen establecido. El individualismo y la lucha por la vida tienen consecuencias inevitables. Además, es una cuestión de lógica. Mientras nuestra alimentación esté librada al capricho de los especuladores y dependa de la mayor ó menor sed de lucro de particulares para quienes no somos un grupo de semejantes, sino un grifo de riqueza; mientras la ley reconozca á cierto número de individuos el derecho á no dar de comer, ó á dar mal de comer á sus conciudadanos, haciéndoles así dueños en cierto modo del porvenir y otorgándoles un poder enorme, desproporcionado con su preparación y sus condiciones morales; mientras subsista la organización actual que sacrifica á los ingenuos y á los débiles en beneficio de los hábiles y de los fuertes, perdurará esta especulación sobre la vida, este atentado múltiple de todas las horas, este envenenamiento sistemático. Sobre todo en las ciudades populosas, donde la responsabilidad se desvanece en el anónimo.



París es la aglomeración fúnebre por excelencia entre las grandes ciudades. El apresuramiento por vivir, la ansiedad de llegar, la sed de dinero, las mismas dificultades que se encuentran al pretender realizar ese propósito, hacen que el comerciante al menudeo se deje llevar por la impaciencia y por la tentación, primero á engañar en el peso, después en la calidad, más tarde á adulterar los artículos y por fin á retardar su descomposición ó á esconder su insuficiencia con ayuda de drogas cuyas propiedades conoce vagamente, pero cuyos efectos sobre el organismo no sabe ó no puede precisar.

La psicología del mercader es interesante. En el mundo no hay para él más que tres cosas: él, la mercadería y el cliente. Vivir, es hacer que el cliente deje al llevarse la mercadería el mayor beneficio posible. A fuerza de tener que contar con el cliente, el mercader acaba por imaginar que ser cliente es una ocupación, un oficio, un estado social, como ser comerciante. En el mareo monótono de su vida, supone que quien se niega á favorecer sus intereses falta á algo estipulado y subvierte la organización de las cosas, Juzga legítimo que el cliente dé mucho más de lo que recibe. Si así no lo hace, el mercader se «siente» robado, como esos removedores de ajedrez, ingenuos dentro de su irascibilidad, que protestan porque el adversario más hábil evita hacer la jugada con que ellos contaban para vencerle. Todo aquel que se muestra reacio, rompe, en el sentir del mercader, el pacto social.

A partir de ese instante, se le declara la guerra. Y como entre dos que mal se quieren no hay armas prohibidas, comienza el extraño ejercicio de que venimos hablando. El espíritu guerrero de la Edad Media, vencido por la civilización creciente, no se ha resignado á desaparecer del mundo, y como todo poder en agonía, se ha encarnado en otra forma para hacer sobrevivir su concepción. Nuestra sociedad, donde hasta la vida de los hombres depende de la competencia, es sólo una traslación ó adaptación del alma sanguinaria de otros tiempos. Y esa vasta empresa de enervamiento nacional y de muerte colectiva que llevan sistemáticamente casi todos los traficantes del comercio al menudeo, acumula quizá más cadáveres que aquellas hecatombes francas en que se complacían nuestros antepasados. La

mortalidad infantil es desconcertante. El término medio de la vida de los que logran escapar á ese peligro es cada vez más bajo. Sin embargo, Francia continúa dejándose mecer por la confianza y el descuido que la agotan. Todos los días pierde un poco de su vigor por las heridas que le han hecho los que viven de su savia. *C'est un pays devoré par le petit commerce.* Y como la marea sube, va resultando difícil que se opere una reacción eficaz en la brillante ciudad envenenada.



Es evidente que para nosotros, que hemos llegado de afuera y hemos aprendido de golpe toda la civilización que los europeos han acumulado lentamente, resulta más fácil independizarnos y concebir cosas mejores. No estamos arraigados. Todavía no tenemos costumbres. De ahí que nos hallemos en mejores condiciones para soñar nuevos adelantos y percibir los vicios de lo existente. Si los civilizadores se han modificado, nosotros, civilizados por ellos, tenemos otra libertad de espíritu.

Esto explicaría la resistencia que declaramos á ciertas costumbres y la sonrisa con que acogemos determinadas modalidades de carácter. También es verdad que á veces se presentan casos cómicos. Nunca olvidaré el diálogo que entablé, en cierto hotel de Caen, con una maritornes normanda, que parecía estar en todo su juicio.

—¿Puede usted traerme un vaso de leche caliente?

—Voy á preguntar, señor.

(Se oye el taconeo en la escalera. Sube el ru-

mor confuso de una conversación en el patio. Al cabo de diez minutos, reaparece la maritornes.)

—Aquí está el vaso de leche, señor. Pero es fría. No podemos calentarla.

—¿No hay fuego?

—Sí señor.

—¿Entonces?...

—No podemos calentarla.

—¿Por qué?

—Porque, como hace calor y la leche es de ayer, se cortaría si la ponemos al fuego. Es casi seguro. Pero así, fría, resulta excelente. Tómela usted con toda confianza.

En vano traté de hacerle comprender que el hecho de cortarse no era más que la resultante de un estado de descomposición, y que lo malo no era que se cortase, sino que estuviese en condiciones favorables para determinar ese fenómeno. Mi buena maritornes siguió confundiendo el efecto con la causa. Y al hacerlo, dió prueba de ser fundamentalmente francesa. Este pueblo está tan acostumbrado á sacrificar la solidez interior al *coup d'œuil*, que una cosa puede seguir siendo excelente aunque haya perdido su frescura, sus virtudes, su utilidad, aunque de agradable se haya transformado en desagradable, aunque de nutritiva se haya trocado en tóxica, con tal de que conserve inmaculado su natural aspecto exterior.

Los que esperamos vastos derrumbamientos de prejuicios, que nos permitan seguir andando hacia el porvenir, tenemos que asistir con dolor á esta perdurabilidad del prestigio de las apariencias.

Las cosas se corresponden en la vida de una manera curiosa. Hacer residir todo el mérito en la fachada, ya se trate de asuntos individuales ó

colectivos, y posponer la razón al golpe de vista, es retrogradar hacia el pasado y volver á empezar la historia. Nuestro entusiasmo por el arte no debe llevarnos hasta preferir la mentira dorada á la verdad sobria y severa. Los acróbatas de la literatura que se pretenden fascinados por el ideal y afectan desdeñar todas las certidumbres, para refugiarse en un misticismo absurdo de lo imposible y lo desconocido, son simples *poseurs* que sólo llevan en público sus trajes de astrólogos, y que, en cuanto se hallan en la intimidad, se apresuran á vestir la cómoda y prosaica americana. De ellos provienen en parte las enfermedades colectivas y los manejos que envenenan á la ciudad. Una filosofía y una literatura se reflejan fatalmente en síntesis sobre la vida entera. La concepción de arriba se vulgariza abajo. Porque aunque es evidente que la literatura es, en principio, una resultante del espíritu que predomina en la colectividad, también es innegable que al expandirse y llenar la atmósfera ese producto del medio, cobra á su vez influencia sobre el medio mismo, por cuanto resulta un conquistador de disidentes, un anulador de minorías, un unificador poderoso que difunde el pensamiento dominante y crea el mal de la época. En este sentido, ha contribuído la falsa literatura á dar á las gentes de la comarca no sé qué gusto enfermizo por la decoración y la superficie. Pocos son los que se inquietan por saber qué es lo que hay bajo el papel dorado. Les basta que sea reluciente la envoltura. Y en esa modalidad de carácter está la explicación de muchas de las anormalidades francesas. Porque lo que comprobamos en la alimentación existe en todas las otras manifestaciones de la vida. Pero aquí debemos limitarnos á la cuestión que nos ocupa.

Los que tienen la costumbre de ir todas las tardes de seis á siete al café á beber un poco de muerte y á saborear el ajenjo en la terraza, contemplando la ciudad lívida del atardecer, no son sólo los desilusionados que ocupan la vida en esperar el fin de ella; hay muchas gentes normales y sanas de espíritu que se dejan arrastrar por el ejemplo y se unen inconscientemente á la brumosa caravana. Lo que asombra no es que sobre diez consumidores, nueve reclamen su *Pernod sacré*, sino que las autoridades, que conocen los efectos y las consecuencias del aperitivo á la moda, consientan ese fúnebre comercio y permitan que se expendan públicamente la locura, los instintos criminales y el suicidio.

De las terrazas que desbordan sobre las aceras, se escapa el olor particular de lo que los aficionados llaman *la verte*. Los ojos vidriosos, las caras congestionadas, y las manos temblorosas de los clientes, exhibidos así, en la mitad del arroyo, en estos crepúsculos estivales, cuya claridad lánguida se prolonga hasta las nueve de la noche; esa pública incitación á la peor de las embriagueces, consentida y autorizada por el acatamiento general, es una inmoralidad lamentable. Bien sabemos que en todos los países hay cafés y que en todos florece el alcoholismo. No ignoramos que los crepúsculos explican la tristeza de los hombres, y les incitan á aturdirse y á olvidar. Pero disculpar individualmente á los humanos no es disculpar á las colectividades... Un novelista, cuya obra literaria deja que desear, M. George Ohnet, ha presentado, en un libro titulado *L'empoisonneur de París*, la silueta de M. Pernod, el famoso fabricante de ajenjo. Si la obra es subalterna, la caricatura es exactísima. Por la primera vez me

siento inclinado á defender á M. Ohnet. Cuando el «envenenador de París» intentó un proceso, hice votos por que el autor de tantos tristes novelones se alzara, al fin, triunfante, como un nuevo San Miguel, con el pie apoyado sobre una botella rota. Pero en la cámara obscura de los jueces siempre hay manera de aderezar un fallo conciliante. Y el proceso acabó desgraciadamente como acaban casi todos. M. Pernod siguió envenenando á sus contemporáneos con ajenjo y M. Ohnet con folletines.

El París multicolor y desconcertante que todos conocemos no se inmutó por la aventura. ¡Morir! Morir es aquí una palabra que no amedrenta á nadie. Lo que las gentes quieren es gozar, disfrutar, exprimirle á la vida todo su jugo de sensaciones. «¿Quién sueña con longevidades, quién ansía perdurar? ¿De qué nos vale vivir parcialmente?», se dicen todos.

Mientras dura la juventud, mientras dominamos lo que nos rodea, mientras subsiste el hombre integral, la vida merece ser vivida. Después, ¡viva la muerte! Y en estos razonamientos perniciosos se ahoga la energía nacional. ¿Quién sospecharía que en la metrópoli resplandeciente y tentadora, por cuyas calles, espesas de muchedumbre, pasan los extranjeros atónitos, entre dos hileras de vitrinas, donde se ostenta cuanto puede imaginar el capricho de los hombres; quién sospecharía que en esa ciudad, nido de victorias, de donde irradian la ciencia y el arte y donde se dan cita las mejores inteligencias y las mejores energías, ronda sin tregua una muerte sutil, alimentada por el descuido y por la voluntad de los mismos habitantes? Los almacenes, tachonados de luces, las *brasseries* de cuento de hadas, donde se

vende ensueño al compás de la orquesta, los feéricos *music halls* y cuanto la vista alcanza, es como una antesala de cementerio.

Y en la calle solitaria, por donde regreso al amanecer, acumulando estas reflexiones, me parece ver un esqueleto, vestido de Pierrot, que hace piruetas bajo la luna.

La representación obrera

Muy estimado compañero:

Agradezco profundamente el honor que me hace el centro Socialista de la circunscripción 20.ª al elegirme como candidato para las próximas elecciones legislativas, y aprecio en lo que vale la nueva prueba de estimación que me dan los correligionarios. Enemigo de la injusticia social, estoy dispuesto á ser útil al proletariado en todas las circunstancias, pero por razones que voy á exponer sucintamente, me veo obligado á rogar á ustedes que renuncien á sostener mi candidatura.

Cuando un hombre nacido dentro de la burguesía se apercibe de que son abusivos los privilegios de su clase, y comprendiendo los dolores de la masa popular, va hacia ella, atraído por un gran ideal de reparación y de concordia igualitaria, debe hacerlo como simple soldado, y no como jefe.

Al renunciar á los beneficios que le procura una organización social caprichosa, renuncia también al privilegio de gobernar y vuelve á entrar en las filas.

Si conservase, aunque de una manera indirec-

ta, sus prerrogativas de clase, y siguiese siendo director en el nuevo medio elegido por él, los malintencionados podrían hacerle el reproche de que su conversión no fué leal y de que la consumó con el fin ambicioso de apoderarse de una fuerza inexplotada y abrirse ruta al abrigo de la competencia.

Además, los obreros deben defenderse de la excesiva bondad que les mueve á colmar de favores á los recién llegados y á seguir confiando sistemáticamente la dirección de sus asuntos á hombres nacidos fuera de su clase social, cuando ya tienen ellos la preparación y la responsabilidad necesarias para conocer sus exigencias y traducirlas.

El socialismo sería una ficción si, bajo otro nombre y con modificaciones de lenguaje, el poder y la influencia siguieran en manos de una minoría, y si, con pretexto de aptitud, continuaran presidiendo los mismos.

Claro está que se hallan más preparados para gobernar los que han gobernado siempre; pero si el proletariado abriga el propósito irreductible de emanciparse, sólo lo conseguirá afrontando al fin la responsabilidad de conducir sus propios asuntos.

Bien sé que hay hombres valiosos por su habilidad y su resolución, y desde aquí aplaudo y sostengo sus candidaturas. Pero al lado de esos intelectuales, deben figurar algunos proletarios, iniciando así su aprendizaje político.

Mi deseo sería que nuestra circunscripción fuese representada en la Cámara por un obrero que, sencillamente, con la fresca audacia de la sinceridad, revelase á los pudientes los sufrimientos y las aspiraciones de sus compañeros.

Los desertores de la burguesía no deben ser el lujo del partido, sino sus servidores más humildes, y yo tengo placer y orgullo en ceder el puesto de honor á uno de esos héroes de la labor diaria.

Como escritor y como ciudadano, he dicho cuanto he podido en favor de la causa que creo justa; pero cumplir con un deber no es hacerse acreedor á una recompensa.

Cuando haya una dificultad que vencer, una opinión que dar, una fatiga, un conflicto, acuérdense ustedes de mí; pero olvídenme en los honores.

Convencido de que el escritor debe ser un ciudadano, continuaré difundiendo en mis crónicas, en mis libros, en mi labor tenaz de publicista y de poeta nuestro alto programa de transformación social, y difundiendo las verdades que deben hacer de nuestra vida torpe el alegre jardín de todos los sueños. Aunque pueda parecer ambicioso, sólo aspiro á una alta recompensa: ver en torno menos desigualdad y menos injusticias dolorosas.

Sea usted, mi estimado compañero, el intérprete de mis sentimientos de fraternidad social, y diga á los amigos de la circunscripción que les acompaña en sus luchas, y que dispongan de mí en cuanto pueda serles útil.

FIN

INDICE



MANUEL UGARTE



El Arte y la Democracia

CUATRO REALES

F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES

Calle del Palomar, número 10
VALENCIA

Sucursal: Mesonero Romanos, 42
MADRID